Colón llegó después

Jacques de Mahieu

Colón llegó después

Colección Enigmas de la Historia

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de F. García-Prieto

Título original: *Les Templiers en Amérique*,
publicado por Éditions Robert Laffont, París

Gran Via, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1202-0
Depósito legal B. 15.724-1988
Impreso por Libergraf, S. A., Constitució 19, 08014 Barcelona

Impreso en España – Printed in Spain

Índice

I

El secreto del Temple

1. Mística y política

Nos hallamos en el siglo XII, en el corazón de la cristiandad. Primero romanizada, germanizada después, la Iglesia no tiene ya gran cosa que ver con la pequeña secta judía de la que ha nacido. La tradición del Occidente se ha impuesto al espíritu del desierto en todos los aspectos. Nos encontramos, pues, muy lejos de ese oscurantismo que la época de las luces reprochará a la Edad Media. El papa no es todavía infalible, y su poder temporal le convierte en un jefe de Estado prácticamente igual a los demás, sometido a las exigencias y a las consecuencias de la diplomacia y de la guerra. Las ideas se agitan y se expresan libremente en el pequeño círculo del clero, tras la simple cobertura de una ortodoxia, sincera o no, que se reduce a pura fachada. Sin embargo, el realismo aristotélico no ha conquistado todavía la Universidad, cosa que no hará hasta el siglo siguiente. No se conoce apenas nada del Estagirita, a excepción de sus tratados de lógica. En cambio, el idealismo platónico domina las mentes, un platonismo visto en la mayoría de los casos a través del prisma deformante del esoterismo plotínico y gnóstico, que encuentra en el Evangelio de san Juan una base doctrinal inobjetable y al que san Agustín ha proporcionado sus cartas credenciales ante el mundo cristiano. Asistimos así a un rebrote del misticismo, cuyo principal centro de irradiación se sitúa en el Císter. No obstante, ese impulso no se debe únicamente al aire del tiempo. Un hombre lo suscita y lo orienta con un talento fuera de lo común.

Abad de Clairvaux, la segunda casa de la orden contemplativa fundada en 1098 según la regla de san Benito y conforme al espíritu de san Agustín, el futuro san Bernardo domina la primera mitad de su siglo. Escritor místico que llega a la conclusión de que la salvación puede obtenerse mediante el éxtasis, orador sagrado capaz de pronunciar unos ciente veinte sermones sobre el *Cantar de los cantares* del rey Salomón, pero también de predicar a los señores y a las multitudes la se-

gunda cruzada, superior intransigente de una orden que, en treinta años, se extiende por todo el Occidente, es también el consejero de los papas, a uno de los cuales, Eugenio III, dedica sus *Consideraciones* sobre los males de la Iglesia y los deberes del soberano pontífice. Los príncipes le temen, ya que no ignoran el odio que le inspira el feudalismo y conocen su influencia sobre las poblaciones. En una Edad Media en que la querella entre el sacerdocio y el Imperio domina toda actividad política, cuando Roma hace todo cuanto está en su mano para imponerse a los soberanos, y éstos, a su vez, se esfuerzan por afirmar su autonomía temporal frente al poder espiritual, Bernardo es el hombre de la Iglesia universal y teocrática.

Por ello aplaude la idea de las cruzadas. Constituyen un medio eficaz, por una parte —y así lo dice—, para debilitar a los feudales, y por otra, para frenar el avance de los turcos. Ofrecen además la ventaja de restablecer el contacto entre el Occidente y Bizancio, indispensable para la reunificación del mundo cristiano. Permiten también remontarse a las fuentes de la espiritualidad oriental, de la que surgió el cristianismo. ¿Acaso el futuro san Esteban, abad de Cîteaux, no había ordenado a todos sus monjes, tan pronto como fue tomada Jerusalén, que se dedicasen al estudio de los textos hebraicos, con ayuda de un grupo de rabinos? ¿No mantuvo el mismo Bernardo las relaciones más cordiales con las comunidades judías de Europa, hasta el punto de precipitarse al otro lado del Rin para poner fin a un pogrom? Por último, las cruzadas proporcionan un pretexto excelente para la creación de una milicia, factor esencial de poder del que carecía el papado.

Un buen día del año 1118, nueve caballeros franceses llegan a Jerusalén y se presentan al rey Balduino II. Su jefe, Hugues de Payns, natural de la Champagne, está emparentado con la casa condal. Tres de sus hombres son flamencos como el rey, el cual, evidentemente, no puede dejar de conocerles. El cuarto, el borgoñón André de Montbard, es tío de Bernardo. No se sabe nada de los otros cuatro, salvo sus nombres propios y el apellido de dos de ellos. Balduino, al que sin duda fueron calurosamente recomendados con toda probabilidad por el abad, acoge con benevolencia a este grupo extraño, que no viene ni para combatir, ni para incorporarse a los hospitalarios de san Juan de Jerusalén, que tienen a su cargo la asistencia y la protección de los peregrinos. Hugues expone su intención de crear una comunidad de monjes soldados, cuya misión consistirá en «guardar los caminos públicos». Balduino le concede la autorización y le instala en un ala de su palacio, construido sobre el emplazamiento del Templo de Salomón, donde se alza en la actualidad la mezquita de El Aqsâ. Incluso desalo-

ja para hacerlo a los canónigos del Santo Sepulcro. Un poco más tarde, el rey le cede el palacio entero. Aunque siguen siendo laicos, los caballeros pronuncian ante el patriarca de Jerusalén los tres votos monásticos de obediencia, castidad y pobreza.

Durante diez años, Hugues de Payns y sus compañeros permanecen en Palestina, sin que se hable para nada de ellos. Aunque ocupan un edificio en el que vivían antes cómodamente el rey, su corte y los canónigos, rechazan todo reclutamiento. Sólo un décimo caballero viene en el año 1125 a reunirse con ellos: Hugues, conde de Champagne, un señor casi tan poderoso como el rey de Francia. Para hacerlo, repudia a su mujer y abandona a sus hijos. ¿Están verdaderamente allí para guardar los caminos? Existen buenas razones para dudarlo, más aún si se tiene en cuenta que la fuerza militar de un grupo tan pequeño resulta insignificante. Por lo demás, los cronistas no señalan su participación en ningún combate. ¿Entonces? Entonces podemos dar rienda suelta a la imaginación. Se ha dicho, sin presentar la sombra de una prueba, que los nueve caballeros estaban encargados de buscar el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley —se ha insinuado incluso que las habían encontrado al limpiar los establos del Templo—, o de recoger, mediante una iniciación esotérica, algún «Saber Antiguo». La verdad es que lo ignoramos todo sobre la actividad de Hugues de Payns en Palestina. En efecto, diez años parecen muy largos si se trata únicamente de preparar el terreno para la orden de caballería que iba a fundar.

En 1127, Hugues y cinco de sus compañeros regresan a Europa. Balduino II les encarga una doble misión ante el papa Honorato II y Bernardo: obtener de ellos la predicación de una segunda cruzada, que proporcionará al rey los refuerzos que necesita con toda urgencia. Pero ése no es el verdadero objetivo de su viaje. En efecto, tan pronto como llegan, Bernardo les entrega la regla que ha redactado, conforme al espíritu del Císter, para la nueva orden de la que constituyen el núcleo, y preside en Troyes, en enero de 1128, el concilio que la ratifica. Acaba de nacer la *Ordo Pauperum Commilitonum Christi Templique Salomonici* (Orden de los Pobres Hermanos de Armas de Cristo y del Templo de Salomón). Se dará a sus miembros los nombres de *Milites Templi* (caballeros del Templo o del Temple, por influencia francesa), *Fratres Militiae Templi* (hermanos de la Milicia del Temple), *Commilitones Christi* (hermanos de armas de Cristo) o, más corrientemente, *Templarii* (templarios). Hay que reconocer que esta referencia directa al Templo de Salomón resulta extraña, puesto que la Edad Media no siente gran aprecio por el Antiguo Testamento. Nos está permitido dudar de que el nombre de la Orden se refiera

simplemente al edificio en que estaban instalados sus fundadores. ¿Hay que ver en él una consecuencia del interés muy especial que inspiraba a Bernardo el *Cantar de los cantares*, ese poema ligeramente erótico que la exégesis de Bernardo consideraba como el cántico de amor esotérico y profético de la Iglesia, esposa de Cristo? ¿O bien la señal de una intención de retorno a las fuentes orientales del cristianismo?

En cualquier caso, la Orden toma impulso de inmediato y se desarrolla con una rapidez sorprendente. Se abre el reclutamiento. Los caballeros afluyen, además de otros muchos voluntarios —¿o hay que decir novicios?— que no lo son. Durante unos cien años, los templarios guardarán quizá las rutas de Palestina y Siria, pero, sobre todo, proporcionarán a los reyes francos de Jerusalén unas tropas aguerridas, que participarán hasta el final en todas las batallas. Al mismo tiempo, ya desde su origen, la Orden se implanta sólidamente en Europa, dividida en nueve provincias: Francia, Portugal, Castilla y León, Aragón, Mallorca, Alemania, Italia, Apulia y Sicilia, Inglaterra e Irlanda. Cierto que en Europa no hay infieles a los que combatir, pero sí un poder que establecer y un plan que realizar. Las encomiendas se multiplican, y sus dominios aumentan de día en día. El proceso se acelera tras el abandono del Oriente Medio, cuando el gran maestre se instala en París. A principios del siglo XIV, los templarios disponen en todo el Occidente de unas diez mil encomiendas, cerca de mil de las cuales se encuentran en Francia.

Diez mil encomiendas, pero también bailíos —o puestos militares—, que dependen de ellas, y granjas o bastidas, en general fortificadas. La Orden propiamente dicha está formada por tres categorías de hermanos:[1]* los caballeros (*milites* o *equites*), todos ellos nobles de nacimiento o, más raramente, ennoblecidos, a los que corresponden por derecho las funciones de mando; los capellanes (*clerici*), que están vinculados a los *magistri* (maestros) o que sirven en las iglesias; los sargentos (*servientes*), divididos en dos clases, los *servientes armigeri*, que proporcionan a los caballeros sus escuderos, sus servidores de armas y sus infantes de acompañamiento, pero que están también encargados de la administración de los bienes del Temple y de todas sus actividades económicas —hablaremos de ellas más adelante—, y los *servientes famuli*, que comprenden los hermanos casaleros, o conversos (*fratres conventuales*), y los hermanos residentes (*fratres residentes*), algunos de los cuales se llaman también hermanos de oficio (*fratres officii*). Vienen después los huéspedes del Temple (*hospites* o

* Los números remiten a la nota bibliográfica incluida al final del volumen.

mansionarii Templi), que prestan servicio a título temporal. Los huéspedes (por lo menos los que no son sacerdotes) y, al parecer, algunos de los residentes, pueden ser casados. Por último, la Orden concede su protección a afiliados de todo tipo: señores que le prestan juramento de fidelidad, mercaderes que recurren a sus servicios comerciales, artesanos que se establecen en sus tierras, y muchos otros más. En el nivel más bajo de la escala encontramos a los siervos, vinculados a la gleba de acuerdo con las costumbres feudales, e incluso esclavos negros, traídos de Palestina. En el ápice de la pirámide jerárquica reina el gran maestre, elegido por un capítulo de caballeros que representan a las nueve provincias y soberano absoluto, a excepción de algunas atribuciones que reserva el capítulo (recepción de nuevos caballeros, venta de bienes de la Orden, nombramiento de los grandes comendadores de las provincias).

El término de soberano debe ser tomado en su sentido más amplio. En efecto, el Temple no acepta más autoridad que la de su gran maestre. Escapa a toda jurisdicción temporal, y sus dominios gozan en todas partes de derecho de extraterritorialidad. Los hermanos y los afiliados están sometidos exclusivamente a sus tribunales. La Orden —la única en este caso, dejando aparte al Císter— está exenta de todo impuesto, incluido el diezmo del clero. Escapa igualmente a la jurisdicción eclesiástica ordinaria, la de los obispos. Gracias a una bula de 1162, sus capellanes y los sacerdotes afiliados, que poseen el poder de la absolución reservada al arzobispo y que son los únicos con que pueden confesarse los miembros de la Orden, dependen sólo del gran maestre, el cual, a su vez, depende sólo del papa, que le teme. Estado soberano por encima de los Estados temporales, Iglesia independiente en el seno de la Iglesia, el Temple hace sólo su santa voluntad. Hasta el día de 1307 en que Felipe el Hermoso, tomando el toro por los cuernos, se apodera *manu militari* de las encomiendas, encarcela a los hermanos, envía a la hoguera al gran maestre Jacques de Molay y obtiene del papa Clemente V la disolución «provisional» de la Orden.

En el curso del proceso, llueven las acusaciones. Los templarios confiesan. Confiesan bajo tortura, durante los interrogatorios dirigidos por el prebostazgo y la inquisición reales. Confiesan en Gran Bretaña, donde no se les aplica la tortura. Confiesan también cuando la inquisición eclesiástica, siguiendo las instrucciones expresas del papa, que asiste y participa personalmente en las audiencias, escucha a setenta y dos caballeros y sargentos, «un interrogatorio que fue llevado lentamente y con mucha consideración y suavidad por altos dignatarios de la Iglesia, un arzobispo, varios obispos, etc. [...]. Las decla-

raciones así obtenidas merecen más confianza que las confesiones, por lo demás breves, uniformes y poco instructivas, que los inquisidores y los hombres del rey les habían arrancado mediante tortura inmediatamente después de su detención».[2] Cierto que, a pesar de todo, los acusados no estaban libres y eran de temer represalias en caso de que se retractaran.

¿Se habían relajado las costumbres de los templarios? Puede creerse así, ya que la regla monástica resultaba sin duda demasiado dura para hombres de armas impregnados de las costumbres orientales. ¿No se dice todavía en Francia «jurar como un templario»? ¿Practicaban los hermanos la sodomía y estaban obligados, el día de su recepción, a besar «la boca, el ombligo, el ano y las partes viriles»[2] del maestro oficiante? No hay que excluirlo en esos monjes soldados, a quienes estaba prohibido todo contacto con las mujeres y la presencia de muchachos en las encomiendas parece un poco sospechosa. Quizá en este aspecto se dejaron influir por las costumbres del mundo musulmán y, al fin y al cabo, no ha pasado tanto tiempo desde que la homosexualidad dejó de ser admitida oficialmente en la marina. ¿Se entregaban a la brujería y sacrificaban niños durante sus ceremonias? Es más difícil de creer, pero no imposible. La alquimia estaba de moda en la Edad Media, y de la alquimia a la brujería no había más que un paso. Pero siempre se ha acusado de infanticidio a las religiones impopulares. De todos modos, los hermanos inspiraban poca confianza, a juzgar por la expresión entonces corriente: *custodiatis vobis ab osculo Templariorum*, guardaos del beso de los templarios. Por lo demás, éstos no se mostraban muy difíciles en cuanto al reclutamiento, puesto que la regla les permitía aceptar a los caballeros excomulgados (sacrílegos, perjuros, ladrones, asesinos), a quienes los capellanes de la Orden absolvían previamente sin ninguna dificultad.

Lo que parece casi seguro es que el Temple había introducido en la doctrina católica algunas variantes poco ortodoxas. Dejemos a un lado el problema del famoso Bafomet, el ídolo luciferino o gnóstico al que, según se dice, rindieron culto y del que no se sabe con certeza lo que representaba para la Orden. Pero apenas se puede poner en duda el hecho de que el futuro caballero tenía que pisotear el crucifijo antes de pronunciar sus votos. Naturalmente, no se trataba de renegar de Cristo, sino, al contrario, de afirmar su gloria sin tacha. No fue el Hijo de Dios el que murió en la cruz, sino un agitador político cualquiera por el que le habían sustituido. ¿Los templarios habían recogido en Palestina datos nuevos sobre la cuestión? ¿O bien trataban de liberar a los judíos de la acusación de deicidio y eliminar así un obstáculo para «la conciliación o [para] la reconciliación del pasado con el pre-

sente y con el porvenir, dentro del gran pensamiento de la unidad divina»,[3] según la frase de John Charpentier?

No hay que rechazar *a priori* esta última explicación, por muy hipotética que parezca. El platonismo de Bernardo, alejandrino y juanista y, por lo tanto, un tanto teñido de gnosis, tuvo que verse reforzado en los templarios por sus contactos no sólo con Bizancio, sino también con los cabalistas judíos y los sufíes musulmanes, sin hablar de los *assacis* (*haschichi*), orden mística del Islam cuya organización e incluso cuyo hábito coincidían curiosamente con los de los hermanos del Temple. Michelet no vacila en atribuirles una intención ecuménica totalmente extraña al espíritu del catolicismo medieval: «La idea del Temple, más elevada y más general incluso que la de la Iglesia, se hallaba en cierto modo por encima de toda religión. La Iglesia periclitaba, pero el Temple no periclitaba. Contemporáneo de todas las edades, era como un símbolo de la perpetuidad religiosa».[4] Esa intención ecuménica explicaría no sólo la benévola neutralidad de la Orden frente a los cátaros durante la expedición efectuada contra ellos por los barones del Norte, con la bendición de Arnaud-Amaury, abad de Cîteaux —el Temple tomó distancias frente a los sucesores de Bernardo, estrictamente ortodoxos—, sino también, unos treinta años antes, su aprobación apenas disimulada del proyecto de Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra, es decir, la repartición de la Tierra Santa con los musulmanes, que, en 1180, se aprestaban a dar el asalto final y victorioso contra la Jerusalén franca, lo que hicieron siete años más tarde. Un proyecto que recibe el apreciable apoyo del conde de Toulouse, Raimundo V, protector de los albigenses y... cuñado de Saladino, que se había casado con su hermana. El Temple, que sueña con una monarquía universal bajo su control, no ve con malos ojos una posible alianza entre la cristiandad y el Islam, ese Islam al que se pasarán muchos de los hermanos tras la disolución de la Orden.[5] Es el momento que elige su capítulo para nombrar gran maestre a un languedociano, Robert de Sablé, cuyas simpatías no son un secreto para nadie. El rey de Francia se inquieta, como se inquietaba ya el papa. Ahora bien, el papa y el rey se entienden todo lo mal que cabe imaginar, y las querellas entre Roma y París dominarán todo el siglo XIII, incluso, y sobre todo, durante el reinado del futuro san Luis. Hasta que un día, gracias a Felipe el Hermoso, Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, ocupa el trono pontifical con el nombre de Clemente V. Eso supondrá el fin de la orden del Temple.

2. Los bienes de los templarios

Cierto que el poderío militar de la Orden no es nada despreciable. Se le atribuyen —no se conocen las cifras exactas a causa de la desaparición de los archivos, una cuestión de la que volveremos a hablar— quince mil caballeros y cuarenta y cinco mil sargentos, sin contar los conventuales, los residentes, los huéspedes y los vasallos. Sin embargo, este ejército no es operacional, ya que se halla disperso por toda la Europa occidental. Por lo tanto, será incapaz de ofrecer la menor resistencia a los gendarmes del rey de Francia. Y, no obstante, es esta dispersión la que proporciona al Temple su fuerza, ya que gracias a ella la Orden puede administrar los bienes que adquiere con increíble rapacidad y que hace fructificar empleando métodos que el Occidente no había vuelto a conocer desde la decadencia romana. Porque, si bien el Temple es una orden religiosa y una milicia, constituye igualmente un gigantesco *trust*, en el sentido más capitalista del término.

En el origen de esta fortuna están, desde luego, las limosnas y la guerra. Como todos los religiosos, los templarios hacen voto individual de pobreza, pero la Orden, como todas las órdenes, posee el derecho de adquirir. Incluso su regla le impone la obligación de conservarlo todo, sin vender jamás nada, «ni un trozo de pared ni una pulgada de tierra», a no ser con la autorización del capítulo. Lleva su avidez hasta negarse, contra las costumbres de la época, a pagar rescate por aquellos de sus hombres que caen prisioneros, incluso a aportar su parte para el rescate del rey Luis IX, hecho prisionero por los sarracenas en Mansurah. Se puede dudar de que los peregrinos de Tierra Santa hayan contribuido voluntariamente y de manera apreciable a su enriquecimiento. Pero los caballeros y algunos de los sargentos —ricos burgueses— que recibe en sus filas aportan todos una dote. Otros cruzados, preocupados por la salvación de su alma o deseosos de conciliarse un apoyo decisivo en los innumerables conflictos feudales que dividen sin cesar a las fuerzas francas, hacen donación «a Dios, a la bienaventurada María y a los hermanos de la milicia del Temple» de bienes o de beneficios que sólo disfrutan estos últimos. Se roba y se pide rescate por el infiel, y tal vez se trafique un poco con él durante los largos períodos de calma que separan las batallas.

El Temple, además, arma una flota que, en primer lugar, rivaliza con Venecia y luego tiende a conquistar el monopolio de los transportes entre Europa y el Oriente Medio. Dispone de puertos privados en Mallorca, en Colliure, en Saint-Raphaël y en Mónaco. Sin embargo, no le bastan. Por lo tanto, utiliza también el de Marsella, la principal ciudad comercial de la Provenza, beneficiaria de franquicias en el rei-

no franco de Jerusalén. Y lo utiliza hasta el punto de que los cónsules marselleses se inquietan y exigen una justa repartición del flete entre los barcos de la Orden y los pertenecientes a los armadores locales.[6] Se trata del transporte de tropas, que los soberanos participantes en las cruzadas y los príncipes asentados en Tierra Santa pagan muy caro, y del transporte de los peregrinos, que no era gratuito. Pero también y sobre todo del tráfico de mercancías. Se embarcan en Europa armas, caballos y víveres; se traen de Palestina vinos del país, especias y azúcar de las Indias, sedas y tapices de Persia, tejidos de Damasco, perfumes de Arabia. Un fructífero comercio, en que los templarios se aseguran muy pronto la parte del león.

No obstante, lo que la Orden acumula en Tierra Santa no es nada comparado con los bienes que reúne en Europa. La piedad y la prudencia hacen que soberanos y grandes feudatarios soliciten las oraciones de los caballeros y el apoyo de su milicia, donando al Temple —ya desde 1128, en Portugal— templos y fortalezas. Ciertos señores, grandes y pequeños, le ceden graciosamente o le dejan en herencia su feudo o una parte él. Otros, derechos de pasto, derechos consuetudinarios, derechos de molienda, derechos sobre los ríos, es decir, derecho a tomar «de cada gabarra, barca o chalana cargadas de leños, un leño, y de cada una de dichas embarcaciones cargadas de haces de leña, un haz de leña». La Orden no desdeña nada, ni los cinco feudos que le regalan de una vez, en 1205, en Courbepine, Normandía, ni el mejor traje del muerto o cinco sueldos en moneda, a su conveniencia, a los que tiene derecho cada vez que se produce un fallecimiento en Moulin-Robert, Bretaña. Compra también, «por caridad», como aparece especificado en numerosas actas notariales, inmensos dominios. Y Felipe el Hermoso intentará en vano impedírselo, antes de tomar medidas más expeditivas. Incluso impugna el discutible testamento de Alfonso de Aragón, reivindicando todo su reino. No se lo adjudican, pero obtiene «tierras, bienes en fondos y rentas». Así consigue, de una manera u otra, poseer comarcas enteras, con sus castillos, sus aldeas, sus bosques, sus tierras laborables y sus siervos. Tiene además vasallos, que pagan en rentas una protección muy útil en estos tiempos inestables y la exención de los impuestos reales de que disfruta el Temple.

Si la Orden no pasase de ahí, no haría más que seguir, con algunos privilegios complementarios, el ejemplo de todas las demás comunidades religiosas de la Edad Media, que vivían de las limosnas, sin duda, pero sobre todo de la explotación de sus tierras. Apenas se podría señalar que sus granjas —varios miles sólo en Francia—, vinculadas a las encomiendas y cultivadas por la «mesnada del Temple» —te-

rrazgueros y siervos—, están magníficamente administradas. En las regiones cerealeras, algunas cuentan incluso con un granero. ¿Los templarios almacenan en ellos el trigo para revenderlo, en épocas de penuria, a precios abusivos? Po lo menos así se les reprocha. «La calumnia se desvanece por sí misma —escribe Louis Charpentier— desde el momento en que la regla prohibía a todo templario, aunque fuese dignatario, vender ninguna pertenencia de la Orden sin la decisión del capítulo. Y el trigo comprado pertenecía a la Orden. Y no hubo mercaderes en el Temple.»[7] Es posible, en efecto, que la acusación de especular con el grano no sea más que una calumnia, ya que no puede negarse que los graneros en cuestión contribuyen en grado sumo, durante los siglos XI y XII, a evitar las hambres que anteriormente asolaban Europa. Se sabe incluso que, en períodos de penuria, el Temple procede a distribuciones gratuitas de comuña, esa mezcla de trigo y centeno que constituye la base de la alimentación medieval. La regla le impone la obligación de la limosna, pero, además, ésta supone una buena política. No obstante, sigue siendo cierto que la Orden se dedica plenamente al comercio y que un gran número de encomiendas tienen almacenes anexos. Por lo demás, las encomiendas protegen los mercados, a cambio de un pago, claro está. Para demostrarlo, basta una prueba: en Nantes, el Temple se niega a pagar al obispo los derechos que le corresponden sobre la venta de los vinos.[8]

Sin embargo, los graneros y, de manera general, los almacenes que poseen las encomiendas no sirven sólo, ni siquiera principalmente, para el almacenamiento de los productos agrícolas que pertenecen a la Orden. Son sobre todo depósitos en que los campesinos libres y los mercaderes guardan sus bienes —a cambio de una retribución—, al abrigo del pillaje y de las tasas señoriales. En realidad, se trata únicamente de un aspecto secundario de una de las actividades del Temple, la protección de los caminos.

Las rutas son muy poco seguras en la Edad Media. Bandas de ladrones despojan con frecuencia a los viajeros, a los que, durante el invierno, los lobos no vacilan en atacar. Por otra parte, el transporte de mercancías está gravado por innumerables peajes señoriales y comunales, semejantes a los que existen aún en la actualidad, en provecho del Estado, sobre ciertas autopistas y ciertos puentes. Ahora bien, sin caminos seguros ni transporte barato, el comercio languidece, ya que los precios aumentan vertiginosamente de una región a otra. No es raro que una aldea sufra los efectos de una cruel penuria provocada por el granizo o por una epidemia bovina, al mismo tiempo que la comuna o el feudo vecino rebosan de grano o de ganado, cuyo coste de transporte hace los precios inasequibles para los hambrientos. El Tem-

ple se preocupa con éxito de resolver este problema. Sus encomiendas están unidas por carreteras que cubren todo el Occidente con una estrecha red y por las cuales patrullan los caballeros. Ofrecen a los viajeros albergues de etapa —los *hospitots*—, donde pueden pasar la noche con sus animales de carga y sus mercancías. Ningún peaje en estas «rutas templarias». La Orden ha exigido su supresión, y nadie, ni señor ni magistrado comunal, osaría oponerse a ella. Aunque las rentas que percibe son mínimas, el aumento del tráfico hace que sus beneficios sean apreciables.

Pero las dificultades de transporte no son las únicas que obstaculizan el comercio. El numerario escasea muchísimo en la Edad Media, y se reserva generalmente para el pago de los impuestos. En las aldeas, el trueque es la regla. Ahora bien, los intercambios a una escala mayor son difíciles sin moneda. Por ello el Temple funda una banca. Y cada una de las encomiendas constituye una sucursal de la misma. Los comerciantes depositan en ellas su oro, cuando lo tienen, contra el cual la orden emite letras de cambio. Cuando carecen de valores monetarios, dejan mercancías en garantía —el *warrant* actual— y reciben su valor en letras. Todo esto, claro está, contra pago de un agio. La banca templaria recibe además en depósito los tesoros de los señores y de los obispos, incluso el del rey de Francia, en cuyo nombre, por lo demás, se encarga de la percepción de ciertos impuestos, representando así el papel que corresponderá, unos siglos más tarde, a los *fermiers généraux*.

El Temple no deja dormir en los sótanos de sus fortalezas el metal que se le confía ni el que le pertenece enteramente, que aumenta sin cesar. Lo presta a los príncipes, a los grandes y pequeños señores, a los obispos, a las comunas, a simples particulares, a veces bajo hipoteca. Organiza incluso en sus encomiendas montes de piedad que practican el préstamo bajo fianza. Ahora bien, la usura —y todo interés es usurario, de acuerdo con las normas de la época— está estrictamente prohibida, tanto por las autoridades eclesiásticas como por los poderes seculares. Sólo los judíos, que, al disfrutar de un estatuto especial, no están sometidos en lo que se refiere a sus usos y costumbres ni a las unas ni a los otros, pueden entregarse a la usura, no sin provocar periódicamente el pillaje de sus bienes por parte del pueblo y su confiscación por parte del soberano. Ya lo hemos dicho, el Temple es extraterritorial. Nada le prohíbe hacerle la competencia a los judíos. Aprovecha esta ventaja y abusa de ella. Por no citar más que un ejemplo, presta cincuenta sueldos torneses a una cierta Peronnelle de la Gouberge, de la parroquia de Ormes, Normandía, a cambio de la cesión de una renta de veinticuatro sueldos torneses, cuatro capones y una

gallina con cuarenta y un huevos.[9] ¡Más del cincuenta por ciento de interés al año!

3. La financiación de las catedrales

Hay buenas razones para incluir entre los «beneficiarios» de los créditos templarios a los obispos y las comunas, que, a partir de 1140, empiezan a construir iglesias góticas bajo la inspiración de los monjes del Císter. No existe ninguna prueba documental, puesto que los archivos de la Orden han desaparecido, pero Louis Charpentier lo ha demostrado sólidamente en una obra en que, por desgracia, lo peor —una visión esotérica del mundo medieval— se mezcla con lo mejor.[7]

«Hay que ver las cosas como son —escribe—. La mayoría de las ciudades de Francia, sobre todo al norte del Loira, se reducen a pequeñas aglomeraciones, con unos medios extremadamente limitados. El dinero es raro y no circula. Cuando una comuna posee algún haber, o puede procurárselo, las construcciones que emprende conciernen en primer lugar a las murallas que la ponen —relativamente— al abrigo de las guerras incesantes y de las bandas de saqueadores, que no respetan más las ciudades abiertas de lo que lo hacen las tropas regulares.

»Las ciudades no tienen, por lo tanto, más que iglesias pequeñas, y no disponen de los medios necesarios para construirlas grandes. Todo lo más, en las ciudades ricas, como Ruán —la segunda ciudad del reino—, se multiplica el número de parroquias, gracias a los donativos de unos o de otros.

»¿Cómo se pudo entonces, en unos años y en todas partes a la vez, desde París a las pequeñas aglomeraciones de unos miles de habitantes, encontrar el dinero necesario para emprender esas enormes construcciones? Para situar el problema diremos que, prácticamente, no existe una aglomeración con una importancia semejante a la de Chartres en la Edad Media, equivalente a una población actual de unos diez mil habitantes, capaz de construirse una simple piscina, lo que no es, al fin y al cabo, más que un agujero excavado en la tierra. Y esas aglomeraciones (Amiens y Reims son apenas mayores que Chartres) pueden de pronto ofrecerse el lujo de catedrales capaces de contener un estadio...»

Y Louis Charpentier concluye: «Una sola organización era entonces capaz de asumir ese papel de banquero-tesorero, de aportar una ayuda eficaz y continuada y de organizar el trabajo, la orden del Temple. Pero es evidente que los caballeros del Temple no podían enjugar

la carga de la construcción. Sus riquezas, por muy grandes que fuesen, no bastarían. Sólo podían prestar».

Lo que refuerza este razonamiento es el hecho de que la Orden tiene bajo su patronazgo una fraternidad de capataces, canteros, albañiles e imagineros. Hace falta mucha gente, además de una ciencia extraordinaria, que, como sabemos, proviene del Císter, para construir en menos de cien años más de ochenta inmensas catedrales, sin hablar de unas setenta iglesias de menor importancia. Ahora bien, existen en la Edad Media tres cofradías de constructores, cuyos miembros, jerarquizados en cuatro grados —iniciados, oficiales cumplidos, oficiales recibidos y afiliados— y sometidos a una disciplina estricta, conservan celosamente el secreto de su arte, transmitido en sus residencias-escuelas, las *cayennes*, sin hablar del secreto del «gran código», asociado a las ceremonias reservadas a los iniciados y sobre el cual nada sabemos.[10] Los Hijos del Padre Soubise, fundados por un benedictino legendario, dependen de la orden de San Benito y se dedican exclusivamente a la construcción de las iglesias romanas. Los Hijos de Maître Jacques, cuya actividad nos es menos conocida, sólo trabajan en el sur de Francia, sobre todo en el camino de Santiago de Compostela. Los Hijos de Salomón están vinculados al Temple, como indica su nombre. ¿Forman parte de él como hermanos de oficio o como afiliados, o constituyen una especie de orden menor laica, puesta por el Císter bajo la protección de los caballeros? Lo ignoramos. Pero sí sabemos que, gracias a la intervención de los templarios, Luis IX concede a las cofradías franquicias que Felipe el Hermoso anulará al mismo tiempo que suprime la Orden. Lejos de obedecer, los Hijos de Salomón entran entonces en la clandestinidad. Muchos de ellos eligen el exilio, donde toman el nombre de *Compagnons Étrangers du Devoir de Salomon*. Reaparecen en 1790, cuando se disuelven las corporaciones, y son misteriosamente tolerados, a pesar de que la ley Le Chapelier prohíbe toda asociación obrera. No se debe al azar el que la francmasonería, que preparó la Revolución francesa, siga reivindicando en la actualidad la «herencia iniciática» del Temple...

La financiación de las catedrales plantea a pesar de todo un problema. No se pueden pagar los salarios en letras de cambio. Por consiguiente, los préstamos concedidos a los obispos y a las comunas tuvieron que ser pagados en metálico. Ahora bien, como hemos dicho, la moneda —exclusivamente metálica, claro está— es muy rara en la Edad Media. La de plata no existe, prácticamente. Las piezas que datan de la época romana se han desgastado hace mucho tiempo. Los cruzados traen algunas de Palestina, donde tienen mayor valor que

las de oro, pero las cantidades son mínimas. Piénsese que el tesoro del Temple en Tierra Santa, en el momento de la evacuación, no ocupó más que diez cargas de mula, o sea, menos de una tonelada, lo que no significa gran cosa. En Europa, no hay ninguna mina de plata en explotación. Las de Alemania no se han abierto todavía; las de Rusia ni siquiera se conocen. Queda el oro. No estoy en condiciones de calcular el coste de la construcción en cien años de ciento cincuenta iglesias góticas, ochenta de las cuales son catedrales. Pero no creo equivocarme al decir que todo el numerario de las encomiendas y todos los depósitos de sus clientes no hubieran bastado, ni con mucho, para hacer frente a ese coste. Cierto que los templarios vuelven a abrir en la región de Toulouse algunas viejas minas, ya agotadas en tiempos de Roma. Tienen que abandonarlas. Sin embargo, han hecho venir de Alemania mineros y fundidores, instalados en las Charbonnières, donde viven en un aislamiento completo y bajo intensa vigilancia. La fundición continúa trabajando después del cierre de las minas. En los alrededores, las encomiendas de la Coume Sourde y del Ermitage acuñan moneda, lo mismo que sus vasallos los señores de Bézu, una fortaleza inexpugnable que se alza junto a la ruta templaria que viene de Portugal. En toda la Europa de entonces hay otras casas de la Orden que hacen lo mismo. Las monedas que se acuñan ya no son de oro, sino de plata. En el transcurso de los siglos XII y XIII se multiplican hasta el punto de convertirse con gran rapidez en un medio de pago normal, lo que contribuye poderosamente a suscitar una verdadera euforia económica. Pero ¿de dónde viene al metal? Nadie lo sabe. Mejor dicho, quienes lo saben se callan.

4. El puerto secreto del Temple

Se calla mucho, por lo demás, entre los templarios. La Orden es soberana. Sólo los caballeros conocen la regla. Ni siquiera tienen derecho a conservar el texto en su poder, por temor a que caiga en manos de los sargentos, pese a que éstos son también hermanos. Los *magistri* toman sus decisiones en el mayor secreto. Y los archivos del Temple, que podrían sin duda ayudarnos a comprender muchas cosas, han desaparecido. Por ello nos sentimos perplejos frente a muchos hechos inexplicados, a veces inexplicables. Uno de ellos se refiere a la flota de la Orden. Se sabe, como hemos visto, que es considerable y que, en la época de las cruzadas, asegura, a partir de sus puertos de la costa mediterránea, una buena parte de los transportes de las tropas, las mercancías y los peregrinos entre Europa y Tierra Santa. El Tem-

ple dispone también, gracias a sus contactos con Gran Bretaña, donde tiene posesiones, del puerto de Saint-Valéry-en-Caux, a unos kilómetros al sur de Dieppe, protegido por las encomiendas de Blosseville y Drosay, y del puerto de Barfleur, cubierto por el bailío de Valcanville, situados ambos en Normandía, por no hablar de otros, como el de Saint-Valéry-sur-Somme, en las costas de La Mancha y del Mar del Norte, por ejemplo. A estas bases marítimas, cuyo emplazamiento es lógico, se añade el puerto de La Rochelle, en el Atlántico propiamente dicho.

No disponemos más que de una referencia anterior a este pueblecillo, del que nunca se había hablado anteriormente. Fue en la isla de Aix, un poco más al sur, donde se refugió san Maló después de la muerte de su protector, Judicael, duque de Gran Bretaña. Ahora bien, este monje obispo, célebre ya en su época, parece haber acompañado a san Brandán en la *navigatio* que le condujo hasta América entre 536 y 552, viaje sobre el cual el riguroso análisis a que sometió Louis Kervran los textos medievales que se referían a él no deja subsistir gran duda.[11] El dato era falso, según parece, pero la leyenda gozó de gran popularidad durante toda la Edad Media, sobre todo, como es natural, en las regiones en que se conservaba particularmente, por el motivo que fuese, la memoria del santo. El puerto está situado (véase la figura 1, p. 25) a unos 150 km al sur de Nantes, por las carreteras actuales, y a alrededor de 70 km al norte de Royan, es decir, de la desembocadura del Gironda, al fondo de una amplia bahía, bien protegida por las islas de Re y Oleron, separadas por un amplio canal que conserva todavía en la actualidad su nombre templario —reminiscencia de la Tierra Santa—, Pertuis d'Antioche. El mar forma allí una cubeta que se adentra profundamente en las tierras y cuya entrada es particularmente fácil de defender, como pudo advertir más tarde Richelieu cuando tuvo que arrebatar la ciudad a las fuerzas protestantes. Desde ese punto de vista, la elección de los templarios no tiene nada de sorprendente. En cambio, se nos escapa la utilidad que pudo tener para ellos un puerto que, demasiado al sur de la Gran Bretaña y demasiado al norte de Portugal, al que se llega por lo demás más fácilmente a través de los puertos pirenaicos, vigilados por las encomiendas, que a través del peligroso golfo de Gascuña, no conduce aparentemente a ninguna parte.

Pero La Rochelle no significa para el Temple una base secundaria. Lejos de eso, es la sede de una casa provincial que tiene bajo su autoridad todas las encomiendas y los bailíos de una amplia región. Su población se incrementa rápidamente y, cuando se produce la disolución de la Orden, la ciudad constituye un centro de cierta importan-

cia, a la escala de la época, cuyos pescadores frecuentan, al igual que los normandos, los bretones y los vascos, los bancos de Terranova. De ella parten siete «rutas templarias», que cubren toda Francia (véase la figura 2, p. 27):

1. La Rochelle-Barfleur, en el Cotentin, con ramificaciones hacia Bretaña.
2. La Rochelle-Abbeville (bahía de la Somme), pasando por Le Mans y Évreux.
3. La Rochelle-Sedan, pasando por Angers y París.
4. La Rochelle-Nancy, pasando por Châtellerault y Troyes.
5. La Rochelle-Ginebra, pasando por Guéret, Moulins y Mâcon.
6. La Rochelle-Saint-Vallier, pasando por Limoges, Issoire y Saint-Étienne.
7. La Rochelle-Valence, pasando por Angulema, Brive y Le Puy, con una prolongación, como en el caso anterior, por el Ródano, hasta Marsella.

Según Louis Charpentier,[12] a quien debemos estos datos geográficos, hay que añadir sin duda una octava, que se dirige hacia Burdeos y, desde allí, alcanza la ruta del Atlántico a Narbona, estableciendo así la unión con el puerto de Colliure, en el Rosellón.

Quizá los templarios utilizan por última vez una de esas rutas, la que une París con La Rochelle, el 12 de octubre de 1307. En efecto, en las actas de la declaración hecha ante el papa, en junio de 1308, por Jean de Chalon, perteneciente al Temple de Nemours, diócesis de Troyes,[13] se lee que, la víspera de la detención de los hermanos por los hombres del rey, vio personalmente tres carros cubiertos de paja, en los cuales se habían disimulado unos cofres que contenían todo el tesoro del gran visitador de Francia, Hugues de Poiraud. Esos carros abandonaron a la caída de la noche el Temple de París, bajo la dirección de Gérard de Villiers, que llevaba cincuenta caballos, y de Hugues de Châlons. Tomaron la dirección de la costa, donde su cargamento iba a ser embarcado para el extranjero a bordo de diecisiete navíos de la Orden. Una hoja intercalada en las cartas de Clemente V[13] menciona los nombres de Hugues de Châlons y de Gérard de Villiers, «que armó a cuarenta hermanos», algunos de los cuales figuran entre los templarios que huyeron.[13]

Estos dos documentos merecen un análisis a fondo, ya que plantean más de un problema. Nada más natural que el hecho de que la Orden conociera las medidas que el rey se disponía a tomar contra ella. Tenía, eso es seguro, su servicio de información. Lo que sor-

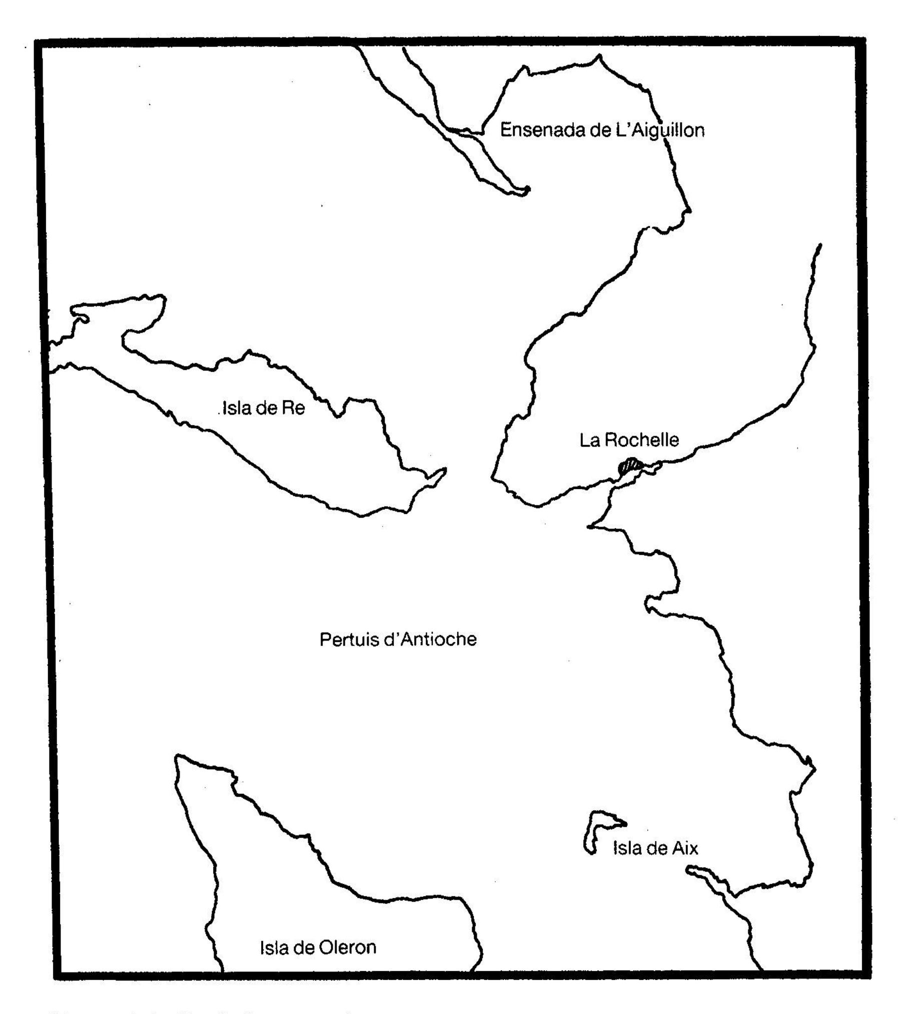


Figura 1. La Rochelle y su rada.

prende, en cambio, es que se enterase tan tarde. El secreto de la operación había sido bien guardado. La composición del convoy parece correcta. En aquella época, cuarenta y dos caballeros constituyen una excelente escolta, y cincuenta caballos cubren exactamente sus necesidades. Por el contrario, el número de barcos —y las cifras deben de ser exactas, puesto que el Temple de París es la sede del gran maestrazgo, donde sin duda están perfectamente al corriente de los movimientos de la flota— no guarda ninguna proporción con la carga de

las tres carretas. Tuvo que haber otros convoyes, partidos de diversas encomiendas, o bien los barcos se destinaban igualmente a otra misión, por ejemplo a trasladar a los fugitivos a lugar seguro. Dos hipótesis que, por lo demás, no se excluyen mutuamente. Por otra parte, y en contra de las apariencias, no sabemos en qué consistía la carga de las carretas. La palabra «tesoro» resulta engañosa. En la actualidad, significa para nosotros «amontonamiento de oro, plata u otros objetos valiosos». En la Edad Media, tenía también ese sentido, pero se aplicaba asimismo a los archivos de un príncipe o de una comunidad. A los archivos secretos, claro está. El rey de Portugal conserva en su *Tesouraria* los mapas de América que Colón y Magallanes le robarán.[14] Ahora bien, se concibe difícilmente que el gran visitador de Francia, es decir, el *magister* encargado de la inspección de las encomiendas, pueda disponer, a título personal, de un tesoro en el sentido actual del término. Una «caja negra», es posible. Pero no, desde luego, lo suficiente para cargar tres carretas.

No lo olvidemos: en el plano material, el Temple es efectivamente un banco. Dejando aparte el fondo de operaciones, invierte de inmediato el dinero en metálico que percibe. Si Felipe el Hermoso encuentra tan poco metálico en las arcas de la Orden como para necesitar cubrir los gastos del proceso con los bienes inmuebles de la misma, pese a haber sido atribuidos a los hospitalarios de San Juan, no es porque los templarios hayan sepultado su dinero líquido en alguna cripta cuidadosamente tapiada, sino, simplemente, porque no lo atesoran. Lo «hacen trabajar», según la expresión tragicómica de nuestros economistas liberales. Lo que contienen las cajas de las encomiendas son recibos, efectos, letras de cambio, contratos; es decir, títulos relativos a operaciones bancarias y comerciales, comprendidos los préstamos concedidos al rey, cuya suma global se eleva a quinientas mil libras. No hace falta decir que los fugitivos no tienen el menor interés en llevarse al extranjero, donde carecerían de todo valor, documentos de esta naturaleza. En cambio, el «tesoro» del Temple contiene piezas secretas que hay que poner en lugar seguro, cueste lo que cueste. Son éstas, no me cabe la menor duda, las que llenan los famosos carros, y quizá otros muchos todavía. Por lo demás, nunca se encontrarán los archivos de la Orden, cuya «desaparición está rodeada de una oscuridad profunda, incluso misteriosa, como todo cuanto se refiere a los templarios».[15] El pergamino —puesto que el papel, que se importa de Egipto, se utiliza muy poco en la época— no resulta fácil de destruir...

Falta saber hacia qué puerto se dirige el convoy que parte de París. Un puerto templario, naturalmente. Los otros no son seguros y,

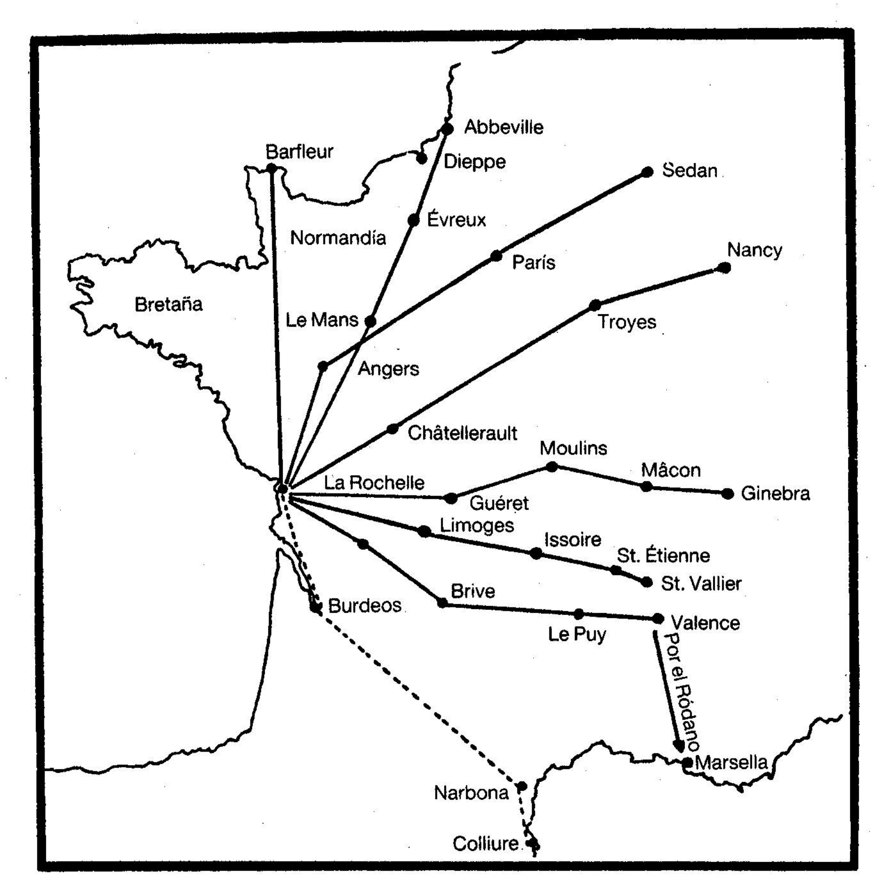


Figura 2. Las rutas templarias a partir de La Rochelle.

además, la flota de la Orden no se encuentra en ninguno de ellos. Los del Mediterráneo están demasiado alejados, y los maestros del Temple ignoran la actitud que adoptarán el conde de Provenza y el conde de Barcelona, soberanos de la región. Si siguen el ejemplo del rey de Francia —y así lo harán unos meses más tarde—, los fugitivos corren el peligro de caer en una trampa. Los puertos de La Mancha y del Mar del Norte se encuentran mucho más cerca, pero el rey de Inglaterra, pese a ser favorable a la Orden, no se atreverá a oponerse al papa, y Jacques de Molay sabe muy bien a qué atenerse a este respecto. No queda más que una posibilidad: La Rochelle, plaza fuerte que los gendarmes del rey se cuidarán mucho de atacar. El puerto está unido a París por una «ruta templaria» bien guardada, en la que se

está seguro de encontrar caballos de posta. A sesenta kilómetros diarios, etapa normal de un convoy en la época, se precisa una semana para llegar hasta la flota. ¿Alcanzan las carretas su destino? No disponemos de la menor prueba. Pero sabemos que su carga, consistiere en lo que consistiese, no figura en ninguno de los inventarios de embargo redactados por los notarios reales, y que los barcos estacionados en La Rochelle no se refugian en Portugal, como hacen los que escapan desde los puertos del Mediterráneo. Desaparecen para siempre.

5. La hipótesis americana

Las páginas que preceden no hacen más que plantear apenas los datos del triple problema que esta obra se propone resolver: ¿de dónde venía la plata, imposible de encontrar en Europa, con la que inundaron los templarios sus provincias durante dos siglos, y gracias a la cual pudieron financiar la construcción de ochenta catedrales góticas y de unas setenta iglesias menores? ¿Para qué les servía el puerto de La Rochelle? ¿Hacia dónde partieron los navíos, verosímilmente cargados con el «tesoro» de la Orden, que huyeron en 1307? Sólo se puede responder a esas preguntas después de haber definido las muy particulares características de la Orden de los Pobres Hermanos de la Milicia de Cristo y del Templo de Salomón.

Se trata, en primer lugar, de una Orden religiosa. Los caballeros son monjes que han pronunciado los votos tradicionales de obediencia, castidad y pobreza. Los demás hermanos, religiosos y laicos, que se sitúan en los diversos niveles de una estructura extremadamente compleja, pertenecen también a la Iglesia, estén sometidos o no a las condiciones de la vida monástica. En efecto, todos deben obediencia al gran maestre, el cual, elegido por los caballeros, sólo depende del papa. Sin embargo, el Temple se toma libertades con respecto al dogma. Jesús no murió en la cruz. Pero de ser así, no se produjo la redención por el sacrificio. El hombre continúa, pues, bajo el peso del pecado original. Sólo el Verbo, cuya iluminación se obtiene mediante el amor, puede liberarle de ese pecado. De la mística agustiniana se pasa así fácilmente al esoterismo juanista. Más aún, la redención por el Verbo implica la salvación por el espíritu. El cuerpo, que está esencialmente disociado del alma espiritual, sólo interviene para obstaculizar el proceso. Es intrínsecamente malo. El Temple coincide así con los cátaros en una concepción gnóstica del mundo, con la tentación de buscar el Conocimiento y la Sabiduría no sólo en la contemplación, sino también en los arcanos de la alquimia, incluso de la brujería. No

sabemos hasta dónde llegaron los templarios, o por lo menos algunos de ellos, por este camino. Pero tenemos buenas razones para pensar que hay que atribuir su relajación moral al menos en parte, a este maniqueísmo larvado. Si el hombre no puede nada contra el pecado, éste pierde toda su importancia. La liberación del espíritu no excluye, por consiguiente, la falta de escrúpulos. Dios tiene su dominio, y Satán —iba a decir Bafomet—, el suyo.

En realidad, no era más que la última consecuencia del neoplatonismo del Císter, cuyo ascetismo se vinculaba a los anacoretas de Egipto y al misticismo, al Evangelio y al Apocalipsis de san Juan. Tal vez se relacionase también directamente con la cábala judía, a juzgar por el interés demostrado respecto a los antiguos textos hebraicos. No cabe la menor duda de que esta tendencia se vio reforzada en los templarios por sus contactos en Palestina con los místicos musulmanes y los cabalistas judíos, una tendencia que se transparenta incluso en el estilo de sus iglesias. El arte románico, con sus triples raíces romanas, celtas y germánicas, era la expresión arquitectónica perfecta de la occidentalización del cristianismo. A pesar de su belleza, el gótico, «maculado de desmesura y de florituras orientales», como ha escrito Louis Bertrand,[17] supone, por el contrario, un claro retroceso. No sólo porque los «libros de piedra» que constituyen las catedrales que pertenecen a él incluyen tantos personajes y escenas del Antiguo Testamento, sino también, y sobre todo, porque su misma ligereza tiende hacia la exaltación mística. La flecha gótica equivale al minarete, incorporado a una tradición europea todavía demasiado sólida para no absorberlo, pero no sin que quede algo de él.

El Temple es también una orden militar. Sus caballeros constituyen un cuerpo escogido, bien entrenado y muy disciplinado. Ahora bien, nos hallamos en una época en que las armas imponen la política. Todo feudo se mantiene perpetuamente en pie de guerra, para defender sus dominios o para conquistar los del vecino. El príncipe no dispone de otro poder que el que le procuran sus tropas y las de sus inconstantes vasallos. El Temple, en cambio, se muestra monolítico. Ignora las fronteras. Milicia de Cristo, trata con los soberanos desde las alturas de su misión. Como tantas otras órdenes religiosas, compensa con su voluntad de poder, *ad majorem Dei gloriam*, los sacrificios que la regla impone a sus miembros. No teme a nada ni a nadie y, durante unos doscientos años, se hace temer por todos.

Aunque el Temple sabe utilizar los factores de poder de la época —la fe y las armas—, se adelanta a su tiempo en el campo económico. Crea, como hemos dicho, al precio de un anacronismo verbal, un *trust*. Tiene sus granjas modelo y sus talleres. Practica y alienta el comercio.

Habilita y protege una red de carreteras que permiten el tráfico de mercancías. Acuña moneda, presta dinero, emite letras de cambio. Efectúa, pues, prácticamente todas las operaciones bancarias actuales. Especula, se entrega al agio, a la usura. Pero también incrementa la producción, estimula los intercambios, atenúa las penurias. En una palabra, se trata de un capitalismo anticipado. El Temple constituye una gigantesca sociedad multinacional, que cuenta para su juego con cierto número de triunfos de los que carecen «nuestros» grandes *trusts*: es soberano y, por lo tanto, escapa a todo impuesto y a todo derecho de aduana, acuña moneda, posee su propia policía y sus propios tribunales; dispone de un ejército dotado de los mismos medios que el de los países sobre cuyo territorio se implanta. Disfruta, además, de una buena conciencia, seguro como está de la inspiración del Espíritu Santo y, quizá, de la ayuda oculta de Bafomet. Es tan poderoso que, para abatirlo, se necesitará la imprevisible alianza del rey de Francia y del papa, y el efecto de sorpresa de una operación policíaca magníficamente montada.

El Temple debe su poderío, claro está, al rigor de su organización, a la calidad de su reclutamiento, a la fe de sus miembros, pese a que ésta no es muy ortodoxa y se inclina al hermetismo, y a su espíritu corporativo. Lo debe también a sus riquezas, ya que ningún *trust* agrícola, «industrial» y financiero puede prosperar sin capital. Los templarios reciben bienes innumerables, en tierras y en rentas. Acumulan en Palestina un botín apreciable. Pero eso no basta para financiar, en menos de cien años, la construcción de ciento cincuenta iglesias, entre ellas ochenta catedrales de dimensiones impresionantes, aun vistas desde la perspectiva actual. La mayor parte de sus fondos proceden de la plata de que disponen. Y así volvemos a nuestra primera pregunta: ¿de dónde la obtienen? Jean de la Varende, el historiador de Normandía, hace decir a un personaje de una de sus novelas cortas —y sus novelas cortas, lo mismo que las largas, son también historia—[18] que los templarios extraían el metal de las minas de México, de ahí la expresión popular «tener mucha plata», que se emplea todavía. «La plata» se convirtió en sinónimo de riquezas, cuando sería —y sobre todo hubiera sido— mucho más natural hablar de oro. La Varende no cita desgraciadamente sus fuentes. La indicación es valiosa, al proceder de un hombre tan escrupuloso y tan bien informado sobre las tradiciones de su provincia. Pero no es más que una indicación.

Vienen a reforzarla un grupo de personajes representados en el gran tímpano de la basílica de La Madeleine, la iglesia templaria de Vézelay, en Borgoña, que data de mediados del siglo XII. En la asamblea de los pueblos de la tierra que rodean a Cristo se ve a un hombre,



Los panotii, amerindios de grandes orejas, en el tímpano de la iglesia templaria de Vézelay, Borgoña. (D. R.)

una mujer y un niño provistos de orejas desmesuradas (véase la foto de la p. 31). El hombre está vestido con plumas, al estilo de los guerreros mexicanos, y lleva un casco vikingo. La mujer, con el torso desnudo, luce exclusivamente una larga falda. Son los *panotii*, los «todo orejas» en griego latinizado, reproducidos con gran frecuencia en los bestiarios medievales, que se inspiran para ello en un texto de san Agustín: «¿Se puede creer que de los hijos de Noé, o más bien del primer hombre, del que ellos nacieron, desciendan ciertas razas monstruosas, de las que hace mención la historia profana? Así, por ejemplo, los hombres que, según se dice, no tienen más que un ojo en mitad de la frente; aquellos en que la planta de los pies está vuelta hacia detrás de las piernas; aquellos a quienes la naturaleza ha dotado de los dos sexos, la mama derecha de un hombre y la mama izquierda de una mujer y que, en la obra de la reproducción, engendran y paren por turno; otros que carecen de boca y viven respirando por las narices; otros aún cuya estatura no pasa de un codo, a quienes los griegos llaman pigmeos, de acuerdo con la palabra que en su lengua significa codo; en otras partes, según las mismas tradiciones, las mujeres conciben a los cinco años y no viven más de ocho. Se cuenta también que hay una raza de hombres que no tienen más que una pierna sobre dos pies, que no se dobla por la rodilla, y que están dotados de una celeridad maravillosa; se les llama "sciópodos" porque se dice que, echados de espaldas, se defienden contra el ardor del sol gracias a la sombra de sus pies; los hay también sin cabeza, al parecer con los ojos en los hombros. Los cinocéfalos...».[19]

Y eso es todo. Los *panotii* no figuran en la lista. Por lo tanto, los imagineros medievales tuvieron que encontrar en otra parte alguna indicación sobre ellos, es decir, tuvieron que oír hablar de los «orejudos». Se sabe que entre los incas, y sin duda entre sus antepasados, a los que imitaban en la medida que les era posible, existía la extraña costumbre de estirarse las orejas colgándose de los lóbulos pesados aros de oro, de bronce o de piedra, llamados *ringrim* (del norrés *ring*, pendiente). Se trata de un procedimiento difícil de imaginar. Para quien no hubiese visto nunca a un peruano, la expresión «grandes orejas» sólo podía corresponder a la imagen que da de ellos el escultor de Vézelay. Ahora bien, éste sabía que se trataba de vikingos, como demuestra el casco del hombre, pero de vikingos «indianizados», si bien confunde a los indígenas del altiplano andino con los del Anáhuac mexicano. Su reconstrucción de los «orejudos» es, pues, lógica, aunque falsa.

Más aún, y esta vez la prueba de que los templarios conocían el continente que hoy llamamos América es definitiva. Se han descubier-



Figura 3. El sello del «secreto del Temple», con la representación de un amerindio. Según la revista *Atlantis.*

to recientemente en los Archivos Nacionales de Francia los sellos de la Orden, embargados por la gente de Felipe el Hermoso en 1307. En uno de ellos (véase la figura 3), que se halla sobre un documento donde un dignatario desconocido da órdenes al gran maestre, se lee la inscripción SECRETUM TEMPLI, «secreto del Temple». En el centro se ve a un personaje que sólo puede ser amerindio. Vestido con un simple taparrabos, luce un tocado de plumas, semejante a los que usaban los indígenas de América del Norte, México y Brasil, al menos algunos de ellos, y lleva en la mano derecha un arco, cuya forma no es muy exacta en el dibujo que reproducimos. Faltan también en este último dos símbolos que se advierten claramente, a simple vista, en el original: a la izquierda, debajo del arco, una esvástica de brazos recurvados, exactamente igual a la que predominaba en Escandinavia en la época de los vikingos y, a la izquierda, a la misma altura, un *odala,* o runa de Odín.

La Varende dice, por lo tanto, la verdad al menos en un punto: los templarios conocían la existencia del «nuevo mundo». En esto consistía su secreto. Un secreto tan importante que, para guardarlo y explotarlo, la Orden había creado una jerarquía superior a la del gran maestre al menos en este campo. Un secreto en el seno del secreto, que la regla, secreta hasta el punto de que no ha llegado hasta nosotros más

que un ejemplar, convertía en una obligación, incluso frente a los otros hermanos, los miembros del capítulo I. Un secreto cuyo origen nos es conocido.[20, 15] En el siglo X, vikingos germanodaneses habían pasado veintidós años en México, antes de irse a fundar en Perú el imperio de Tiahuanaco, y los irlandeses se habían establecido ya sólidamente en el este de los actuales Estados Unidos. A principios del siglo XI, vikingos noruegos habían fundado en el Vinland, el actual Massachusetts, colonias prósperas que se mantenían en contacto con la madre patria. Ahora bien, en el siglo XI no hacía demasiado tiempo que el jarl Hrólf, conocido con el nombre de Rollon, había recibido en feudo Normandía, cuyas relaciones con las tierras del Norte no se habían interrumpido. El servicio de información del Temple oyó hablar necesariamente del lejano continente de más allá del océano. Por otra parte, sin duda hubo algún docto capellán de la Orden que tuvo ocasión en Bizancio de consultar la *Geografía* de Ptolomeo, donde se relata el viaje del capitán griego Alexandros, que zarpó hacia el este desde el Quersoneso Áureo, es decir, desde Indochina.[15] Sería muy extraño que hubiese ocurrido de otro modo.

Falta saber si los templarios obtenían efectivamente la plata de las minas americanas.

II

La plata del Temple

1. La metalurgia precolombina

En la época de la conquista, los diversos pueblos de México trabajaban el oro, la plata y el cobre, además de tres aleaciones: el *tombac* (oro, plata y cobre), el bronce (cobre y estaño) y una mezcla de cobre y plomo, ignorada en Europa. Hacía sólo quinientos años, nos dicen los arqueólogos, que conocían la fundición de los metales, lo que confirma las tradiciones indígenas, según las cuales las técnicas y las artes de la metalurgia fueron introducidas entre ellos, en el año 967 de nuestra era, por el héroe civilizador blanco Quetzalcóatl, posteriormente divinizado, es decir, por el jarl vikingo Ullman.[20] Por esta razón, la metalurgia apareció en primer lugar, no en el Anáhuac, sino entre los olmecas de la costa atlántica. Sin embargo, los metales preciosos eran raros, y más raro todavía el cobre. Así, para las joyas se utilizaban delgadas hojas repujadas, mientras que las estatuillas eran huecas, moldeadas por el sistema de cera perdida. En efecto, se ignoraba la reducción de los metales a partir del mineral. Una vez terminada la pieza, se disolvía la mezcla natural de oro y plata mediante una amalgama de sal y óxido de aluminio. Si los mexicanos, en el sentido amplio del término, utilizaron objetos de metal antes de la llegada de los escandinavos, cosa dudosa ya que no se ha descubierto ninguno que se remonte a la cultura de Teotihuacán ni a la época clásica de los mayas, no pudieron ser más que importados o fabricados en frío.

El cobre, la plata, el tombac y el oro se empleaban en orfebrería. Se sabe que los mexicanos, y más particularmente los toltecas, se habían convertido en maestros en este campo, hasta el punto de que Durero, buen conocedor en la materia, pudo escribir en su diario, después de haber asistido en Bruselas, el 26 de agosto de 1520, a la primera exposición de joyas recientemente enviadas por Hernán Cortés a Carlos V: «En toda mi vida había visto nada que regocijase mi corazón hasta tal punto». Por desgracia, no queda gran cosa de esas

obras de arte incomparables. Los conquistadores transformaron en lingotes las que les tocaron en suerte y, cosa todavía más imperdonable, el emperador hizo lo mismo con el quinto real que le correspondía.

Con el cobre —que era el metal más raro y el más cotizado— se hacían, además de joyas, extrañas piezas de moneda: campanillas y cuchillitos en forma de T, que servían como medio de pago. Y también hachas planas, cuyos bordes se endurecían por martilleo, tijeras fabricadas en frío, agujas y anzuelos, incluso algunas raras palas, únicas en América. El bronce, preparado mediante la mezcla deliberada de sus dos componentes, apenas servía para nada más que para fabricar punzones, y la aleación cobre-plomo, para los cascabeles. Las armas metálicas abundaban muy poco —se utilizaban mucho más las hachas de piedra que las de cobre—, y las herramientas eran por regla general de madera. En lo que se refiere a este último punto, sólo pueden exceptuarse los tarascos y los zapotecas de las costas del Pacífico, pero hay buenas razones para creer que importaban de Perú muchos objetos de metal. Los cronistas cuentan que Bartolomé Ruiz de Estrada, piloto de Pizarro, encontró en alta mar, al oeste de Ecuador, una balsa peruana cargada con joyas de plata y oro, además de mantas de lana de llama y algodón. Interrogado, el patrón de la misma declaró que había recibido la orden de ir a Panamá, a fin de intercambiar su cargamento por conchas rojas (*Spondylus princeps*), un molusco que sólo se encuentra en las costas mexicanas y que servía para teñir los tejidos. Sin duda las balsas llegaban a veces hasta México. En efecto, se han encontrado joyas metálicas de factura peruana en el *cenote* de Chichén-Itzá y en Copán, en el país maya, así como en los Estados de Oaxaca y Michoacán, en la costa del Pacífico. Mencionaremos más particularmente, siguiendo a Walter Krickeberg,[21] un disco de metal repujado, de estilo Chavín, hallado en una tumba de Zacualpa, Guatemala, y el tocado con un broche de oro de Monte Albán, de factura chimú. Otros objetos, como las pinzas de depilar de oro y plata que empleaban los sacerdotes tarascas, se fabricaban en México, basándose en modelos peruanos.

No hay nada sorprendente en tal influencia. Perú estaba mucho más avanzado en el campo de la metalurgia que el resto de América, cosa muy lógica. En efecto, por una parte, había recibido un importante aporte cultural de origen chino e indochino, como demostró de manera definitiva Heine-Geldern.[22] La cultura de Chavín nació bruscamente varios siglos antes de nuestra era, sin antecedentes locales, con unos conocimientos técnicos apreciables, entre los que se comprende la fundición de los metales. Por otra parte, los vikingos, que

no permanecieron más que veintidós años en México, gobernaron durante cerca de trescientos años el imperio de Tiahuanaco, y sus descendientes, los incas, adoptaron su papel durante unos dos siglos y medio.

En Perú se trabajaba el oro, el *champi* —aleación de oro y cobre—, la plata, el cobre, el bronce e incluso el platino. Se sabía fundir, laminar, labrar en realce, repujar, moldear, soldar los metales y colarlos por el método de cera perdida. Se conocía el recocido, la cortadura, la talla en hueco y la fabricación de objetos metálicos. Más aún, se sabía dorar la plata y argentar el cobre con una perfección tal que A. Hyat Verrill pudo escribir: «Cualquiera que examinase [esos objetos] sin conocer su origen diría que fueron ejecutados por electrólisis. Sin embargo, dado que no es factible suponer que los chimúes poseyesen la menor noción acerca de la electricidad, he elaborado otra teoría para explicar qué procedimiento empleaban para recubrir un metal con otro. Se hacía probablemente por algún procedimiento químico, aunque esto parezca tan increíble como el sistema de la electrólisis [...]. La única explicación aceptable es que el baño era aplicado mediante exhalaciones y que, por medio de una manipulación con el oro o la plata en fusión, se obtenían emanaciones que se depositaban sobre el otro metal. Pero fuera cual fuese el método empleado, lo único cierto es que este arte se ha perdido».[23]

La orfebrería peruana no es más conocida que la mexicana. Aunque Carlos V dio, con la ordenanza del 13 de febrero de 1535, esta orden increíble: «Todo el oro y toda la plata del Perú deben ser fundidos en los hoteles reales de la moneda de Sevilla, Toledo y Segovia», y aunque oficiales y soldados se apresuraron a transformar en lingotes su parte del botín, innumerables descubrimientos posteriores en las *huacas* (necrópolis) que sobrevivieron invioladas a la época de la conquista han permitido constituir colecciones admirables, que proporcionan magníficos ejemplos del arte incaico. Lástima que no podamos hacer otra cosa que imaginar los jardines del Templo del Sol de Cuzco, con sus árboles y sus frutas, sus flores, sus animales de toda especie, su campo de maíz, sus personajes a tamaño natural, todo el conjunto realizado en oro, y el templo en sí, con sus paredes enteramente recubiertas de placas de oro, y el inmenso sol de encima del altar, que ocupaba toda la anchura del edificio y estaba hecho del mismo metal y que, según se dice, uno de los conquistadores jugó a los dados y perdió en una noche. Pero sí podemos admirar la vajilla, los vasos, los aguamaniles, las estatuillas de hombres y animales y las joyas de todo tipo, de oro y de plata macizos, trabajados como sólo supieron hacerlo, más tarde, los grandes orfebres del Renacimiento.

En la época de los incas se fabricaban en cobre todos los artículos domésticos empleados por el pueblo: cacerolas, calderos, platos, etc. El bronce servía para hacer cuchillos, instrumentos de cirugía, alfileres, broches, *ringrims* (aunque esta clase de pendientes eran generalmente de oro o de piedra), instrumentos de música y muchas otras cosas, incluso balanzas romanas. Y sobre todo armas: hachas de combate, alabardas y mazas, en particular.

Desgraciadamente, sólo conocemos, y no demasiado bien, la metalurgia incaica, es decir, la correspondiente a una época de decadencia con respecto al imperio vikingo de Tiahuanaco. Una decadencia que se manifiesta muy bien en la arquitectura, el único aspecto en el que disponemos de elementos de comparación. Los incas no eran más que sobrevivientes que, con tenacidad y valor, habían emprendido la tarea de reconquistar los dominios de sus antepasados —todavía no lo habían conseguido enteramente cuando se produjo la rebelión de Atahualpa y la llegada de los españoles— y de restaurar la civilización destruida, en 1290, por los araucanos.[20] Dicho de otro modo, trataron, sin conseguirlo plenamente, de imitar un pasado que olvidaban cada vez más a medida que se sucedían las generaciones. No lograron recuperar la escritura única de sus antepasados, de la cual subsisten tantas inscripciones en Paraguay y Brasil, donde yo las transcribí.[24, 25, 26] En el campo de la metalurgia, y de acuerdo con los análisis hechos, a petición de Eric Boman,[27] por los hermanos Morin, contrastadores del Banco de Francia, extraían el cobre de silicatos y carbonatos y del oxicloruro, mientras que los constructores de Tiahuanaco, como demuestran los crampones que servían para sujetar los grandes bloques tallados que componen los muros de los edificios, utilizaban para ello sulfuros que exigían una técnica mucho más compleja. Tampoco consiguieron restablecer el uso del hierro.

2. El hierro y el acero de Tiahuanaco

Las diversas civilizaciones prehistóricas del continente americano, escribe Hyat Verrill, tan variadas en lo que se refiere a sus concepciones, sus motivos y sus técnicas, tenían todas ellas una característica común: sus construcciones y sus esculturas de piedra. «No sólo sus artesanos tallaban las rocas más duras, tarea que resultaría difícil incluso para un obrero de nuestros días, equipado con las herramientas de acero templado más finas y más elaboradas, sino también, en la medida en que he sido capaz de demostrarlo, lo hacían sin la ayuda de ningún útil de metal. No se ha encontrado entre los restos de esas civili-

zaciones prehistóricas ningún instrumento indiscutible de hierro ni de acero. Cierto que se trata sólo de una prueba por defecto, y que el hierro y el acero desaparecen rápidamente sin dejar rastro. Y como sabemos ahora que los antiguos egipcios poseían finos instrumentos de hierro, aunque no apareció ninguno antes de que se abriese la tumba del rey Tut, todavía es posible que descubramos herramientas de acero en cualquier tumba o ruina americana. Se han encontrado innumerables útiles de cobre o de bronce, pero ninguno de ellos es capaz de cortar la piedra más blanda, y la antigua creencia de que esos pueblos poseían el arte, ahora perdido, de templar el bronce no es más que un mito.»[23]

El gran arqueólogo americano, al que debemos el plano de las gigantescas ruinas de Coclé, en Panamá, plantea perfectamente el problema. Es inconcebible que los talladores de piedra y los escultores de la América precolombina —ya no se puede decir «prehistórica»— pudieran realizar sus obras monumentales, cuya factura da muestras con frecuencia de una extraordinaria delicadeza, con simples instrumentos de sílex y de obsidiana, como en México, o de bronce, como en Perú. El análisis técnico más somero nos dice que tuvieron que disponer de útiles de acero. Es verdad que no se ha encontrado ninguno. Pero, como señala muy justamente Verrill, el hierro resiste mal la acción del tiempo. Añadiremos que tales instrumentos debieron de ser muy raros y que, por otra parte, no tenían por qué atraer la atención de los conquistadores, para los cuales eran de uso corriente y estaban desprovistos de valor. Además, sin duda los indios los ocultaron cuidadosamente —era su bien más preciado— tan pronto como los «dioses blancos» se revelaron como simples saqueadores.

Eliminemos sin más tardar un falso problema. América conocía perfectamente el hierro y el acero antes de la conquista. Por lo menos, se conocía en los territorios que habían formado parte del imperio de Tiahuanaco. Contamos con sólidas pruebas lingüísticas. En el idioma oficial de los incas, el quechua, encontramos la palabra *k'kellay*, que quiere decir «hierro», pero ninguna que defina el acero. En el guaraní de Paraguay, «hierro» se decía *kuarepotihü*, y «acero», *kuarepotiata*; en el de Brasil tenemos respectivamente *itahúna* e *itaite*. Volveremos a hablar más tarde de estos términos de la gran lengua del este sudamericano. Pero hay que subrayar desde ahora mismo la ausencia en el quechua de un vocablo correspondiente al acero y su presencia en el guaraní.

En efecto, no cabe la menor duda de que los vikingos que desembarcaron en México en el 967 poseían armas y herramientas de acero. Habían superado la edad del bronce desde hacía por lo menos mil

quinientos años. Es lógico que, en veintidós años, no hubiesen tenido tiempo para enseñar a los toltecas la metalurgia del hierro, mucho más compleja, dados los medios de que se disponía en aquella época, que la de los metales blandos. Los escasos instrumentos de acero que pudieron dejar tras ellos tuvieron tiempo de desaparecer durante los quinientos años que separan su partida de la llegada de los españoles. En Tiahuanaco, en cambio, debieron de hacer trabajar el hierro, pero las técnicas correspondientes se perdieron verosímilmente tras la destrucción del imperio. Tenemos de ello, si no una prueba, al menos un indicio: entre las armas de los incas no figuraban espadas, ni de uno ni de dos filos, mientras que los mexicanos las fabricaban de madera, con incrustaciones de obsidiana. Ahora bien, las tropas incaicas estaban bien organizadas y bien armadas. La falta de espadas, indispensables para toda infantería, nos resulta, pues, incomprensible, a no ser que anteriormente, es decir en la época vikinga, se utilizase el acero para fabricarlas y que más tarde, una vez perdido el procedimiento que permitía obtenerlo, no se hubiera querido reemplazarlo por el bronce, que no podía dar más que armas claramente inferiores.

En consecuencia, a la llegada de los españoles no debían de quedar ni en Perú ni en México más que algunos raros instrumentos de acero. Tal vez incluso desaparecieron todos en el desastre, puesto que se había olvidado ya el nombre del metal. Pero no el del hierro, que se continuaba encontrando en las minas, aunque sin saber trabajarlo. Por el contrario, en las regiones de Paraguay y Brasil, donde se habían refugiado algunos de los supervivientes de Tiahuanaco, no se había interrumpido el uso de armas y útiles de acero, cada vez menos numerosos, es cierto, a medida que pasaba el tiempo. En la época de la conquista, su recuerdo se mantenía vivo en el seno de las poblaciones guaraníes.

Quizá me sea posible aportar una prueba tangible del empleo de armas de acero en el imperio de Tiahuanaco. En efecto, en mayo de 1976 me dirigí a La Rioja, pequeña ciudad situada al pie de los Andes argentinos, a fin de transcribir una inscripción runoide que me habían señalado en el valle de Talampaya. Naturalmente, me puse en contacto con el autor del descubrimiento, el señor Martín Juárez. Hace unos viente años que este arqueólogo aficionado pasa los fines de semana en la precordillera, cuando el tiempo lo permite, recogiendo todo cuanto encuentra, desde cascotes de cerámica indígena hasta restos de animales prehistóricos, no sin fotografiar los abundantes litogramas. Sus interpretaciones son a veces muy personales, pero nadie ha podido poner nunca en duda ni su integridad ni su desinterés.

El señor Juárez me mostró sus colecciones. La mayoría de las pie-

El estoque de La Rioja (Argentina) y su empuñadura (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).



El cuervo de Odín (Gotland). Compárese con el motivo repetido en la empuñadura del estoque de La Rioja (Museo Statens Historica, Estocolmo).

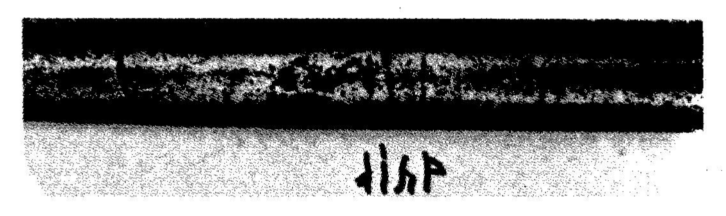
zas que hizo desfilar ante mis ojos pertenecían a campos distintos al mío, hasta el momento en que apareció un objeto metálico de una naturaleza muy distinta, una hoja de acero unida a una empuñadura de plata repujada, sin guarnición ni cruceta de ninguna clase (véase la foto de la p. 41). A primera vista, se trataba de un estoque, arma que los españoles ignoraban pero que era de empleo corriente entre los pueblos germánicos de la Edad Media y anteriores a ella. Uno de mis compañeros de viaje, el profesor José Triviño, al examinar el arma con una lupa observó la existencia de lo que parecía ser una inscripción. Limpiamos entonces muy superficialmente la parte de la hoja en que se encontraba ésta y no tardaron en aparecer cuatro caracteres rúnicos, muy claros.

El señor Juárez nos contó entonces —y más tarde lo certificó por escrito— que había encontrado la pieza en cuestión en febrero de 1972, en el cerro Velazco, a 14 kilómetros de La Rioja, hundida entre las costillas de un esqueleto, en una pequeña gruta de acceso extremadamente difícil, situada a 2.300 m de altitud. No se había traído el esqueleto a causa de las dificultades del terreno. El arma no presentaba más que una oxidación negruzca muy ligera, cosa normal en el aire seco de los Andes, y no la habían limpiado después de su descubrimiento.

El señor Juárez se prestó a confiarnos el estoque para someterlo a un examen. Hice que lo estudiase en Buenos Aires uno de mis colaboradores, técnico en metalurgia, que lo midió con los instrumentos más perfeccionados. Desgraciadamente, nos estaba prohibido proceder a un análisis metalográfico, ya que era imposible efectuarlo sin estropear la pieza.

El arma mide 519 mm; la hoja, 409 mm de longitud por 10,8 mm de anchura media y 3,5 mm de grosor medio. La hoja es de acero no templado, de excelente calidad. La empuñadura, de plata repujada, como hemos dicho, está ornamentada con un motivo repetido (véase la foto de la p. 41), claramente nórdico (véase la foto de la p. 41). Está coronada por una bola de madera que parece de factura mucho más reciente y sobre la cual hay grabado un motivo que sugiere una flor de cuatro pétalos. En el punto de unión con la hoja lleva una arandela de cobre y otra de cuero. Dos lengüetas de acero, elásticas, una de las cuales fue reparada mediante un metal amarillento que parece ser bronce, servían para fijar el arma en su funda, que no ha aparecido. Los dos filos de la hoja, no cortantes, muestran rastros de afilado, borrados en el punto en que la limpiamos, lo que confirma que el arma había permanecido intacta desde su descubrimiento.

Sólo cuatro caracteres de la inscripción de la hoja son claramente visibles (véase la foto de la p. 43): un *fehu*, que tiene una forma muy



La inscripción rúnica del estoque de La Rioja (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).

particular, que ya se ha visto en los litoglifos rúnicos del Paraguay y Brasil,[24, 25, 26] un *isa*, un *ansuz* y un *thurisaz*:

fiath

Naturalmente, nada demuestra que la *f* sea la primera letra de una palabra, puesto que parece haber estado precedida por otros signos ya borrados. Sin embargo, según me ha dicho el profesor Hermann Munk, runólogo del Instituto de Ciencia del Hombre que yo dirijo en Buenos Aires, *fia* tiene en norrés un sentido que no desentona en un arma: «odiar». Si se trata efectivamente de ese vocablo, la *th* no puede ser más que el comienzo de otra palabra, lo cual es admisible, puesto que, en las inscripciones rúnicas, no suele haber separación entre los términos, y además se adivinan a continuación dos o tres letras imprecisas.

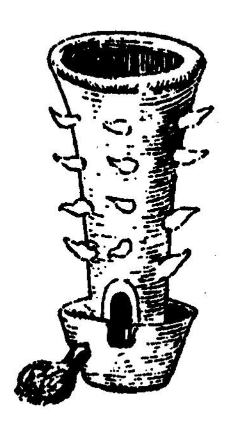
Todo parece indicar, pues, que el arma es une estoque vikingo, lo que los alemanes llaman un *Stab*, el primer objeto precolombino de acero encontrado en América del Sur. No se puede ser más afirmativo sin un análisis metalográfico, pero señalemos que el hecho en sí no tendría nada de sorprendente. Una de las calzadas reales incaicas —y preincaicas— atravesaba la actual provincia de La Rioja, donde se conservan aún algunos tramos. La excelente conservación de la pieza sería normal en la cordillera, mientras que todo objeto de hierro o de acero que datase de varios siglos se hubiera desintegrado mucho tiempo antes en el trópico o en el Ecuador. Por otra parte, se puede eliminar toda sospecha en cuanto a la autenticidad del arma. ¿Por qué se habría de esconder una falsificación en una gruta donde era improbable que nadie la descubriese? El señor Juárez, cuya honradez no puede ponerse en duda, conservó el objeto durante años sin concederle gran importancia y se negó a venderlo tanto antes como después de nuestro examen.

3. Las minas de Perú

La prueba de que jamás se produjo hierro en México antes de la conquista la hallamos en el hecho de que los pueblos de la América media ignoraban la minería. Los metales preciosos eran también muy raros, por la misma razón. Se extraía penosamente el oro, mediante lavado, de los ríos de los actuales Estados de Oaxaca, Veracruz y Guerrero, al mismo tiempo que un pequeño porcentaje de plata, mientras que en la actualidad la cuarta parte de la producción mundial de este último metal proviene de México, no siendo el oro más que un subproducto. El cobre procedía de algunos filones superficiales, en los cuales el metal se presentaba en estado puro. Por esta razón era más apreciado que la plata, lo mismo que la plata lo era más que el oro, que tampoco abundaba. El tesoro de Moctezuma, reunido durante varias generaciones, no contenía, según afirma Bernal Díaz del Castillo,[28] más que 600.000 pesos de oro, o sea, según las estimaciones 2.478 o 2.730 kg, mientras que sólo el rescate de Atahualpa, en el Perú, fue de 1.326.539 pesos de oro (5.545 o 6.035 kg), más 51.610 marcos de plata, es decir, 10.786 o 11.742 kilogramos.

El que Perú rebosase de metales preciosos, sin hablar del cobre ni del estaño, se debía simplemente a que la producción se llevaba a cabo con una magnífica organización. Se obtenía el oro sobre todo por lavado de las arenas en los ríos que bajaban de los Andes y en los canales, a veces de varios kilómetros de longitud, como los de Vinaque, cerca de Tiahuanaco, y Chungamayo, en los alrededores de La Paz, gracias a los cuales se hacía pasar sobre las tierras auríferas, antes de enviarlas a los lavaderos, el agua que procedía de la fusión de las nieves. Todavía pueden verse en Huabamba (Nusta Hisspana), talladas en la roca, las instalaciones de una fundición de oro, donde se trataba el mineral. Y, en Machu Picchu, las ruinas de un molino que servía para triturar el cuarzo aurífero del que se extraía el metal por amalgama, procedimiento que, según afirma Poznansky, ingeniero de oficio, fue «aportado por los europeos antes de la conquista».[29] En cuanto a la plata, procedía casi exclusivamente de minas, las principales de las cuales estaban situadas en la región de Porco, en la vertiente oriental de los Andes bolivianos, que los españoles llamaron más tarde *Sierra de la Plata*, donde se encontraba la gran aldea que tomó el nombre de *Villa de Plata* o *Villa de la Plata*, no lejos del cerro de Potosí, no explotado antes de la conquista y del que saldrán después, durante siglos, riquezas incalculables.

En la época de los incas no existían los mineros profesionales. La producción se aseguraba mediante un servicio de trabajo obligatorio.



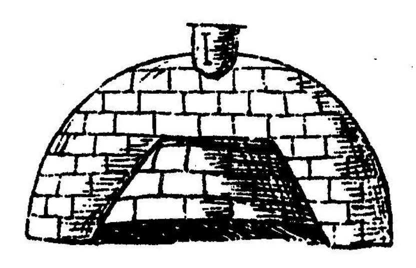


Figura 4. Hornos peruanos para metales. A la izquierda, *huayra*. A la derecha, *tocochimpo*. (Dibujos del padre Barba.)

Todos los años, jóvenes indígenas partían hacia las regiones metalíferas de las montañas, donde, durante los cuatro meses más cálidos, recogían granos y pepitas en los ríos o los lavaderos o arrancaban el mineral en las galerías. Esto suponía para ellos un honor, puesto que los metales estaban destinados al Sol y al emperador, su hijo. El reglamento era muy estricto. Estaba prohibido trabajar en los lavaderos y en las minas los ocho meses restantes del año. El recluta debía acudir obligatoriamente a cumplir su servicio acompañado por su mujer. El aprovisionamiento, que era abundante, estaba asegurado por los almacenes reales. Había fiestas previstas, que hacían agradable el trabajo. Se ignora si el sistema se hallaba ya en vigor en la época del imperio de Tiahuanaco. No obstante, podemos presumirlo, ya que los incas no hicieron otra cosa, en la medida de sus posibilidades, que imitar a sus antepasados.

Antes de la conquista, se empleaban hornos de carbón vegetal para fundir los granos, las pepitas, las molturaciones o el mineral, según los casos. El fuego se activaba con ayuda de grandes sopletes, pero éstos, que exigían demasiado esfuerzo, se suplían a veces por dos sistemas particularmente ingeniosos. El más primitivo consistía, según cuenta Cieza de León, en preparar formas de tierra del mismo tamaño y de la misma manera que los tiestos en España, con agujeros y aberturas repartidos por toda su superficie.[30] Según el padre Barba, esos *huayra* —la palabra significa «viento»— tenían alrededor de un metro de altura por cuarenta centímetros de diámetro y eran más anchos en la parte superior que en la base (véase la figura 4).[31] Se carga-

ban de carbón y se les añadía encima metal o mineral. Se colocaban después «en la cima de los cerros o en los flancos de las colinas, donde el viento soplaba con más fuerza». Así se obtenían piñas de metal, que se refinaban luego en los *tocochimpos*, pequeños hornos (véase la figura 4). El segundo método, más extendido, recurría también al viento, pero captado mediante pabellones de cuero, debidamente orientados. Se producía así en los *kjory-huayra-china* (en aymará, «hornos de viento para fundir el oro») y en los *kollke-huayra-china* («hornos de viento para fundir la plata») un metal extremadamente puro. No hace mucho que, por la noche, todavía era posible ver, en las laderas del cerro de Potosí, las luces de las «fundiciones» indias parpadeando.

4. La plata fantasma de Paraguay

En febrero de 1516, Juan Díaz de Solís, primer piloto de España —una especie de ministro de Marina—, recorría con tres carabelas las costas de América del Sur en busca del estrecho cuya existencia se conocía,[15] pero que no se había localizado todavía, cuando alcanzó el gran estuario formado por la unión del Paraná y el Uruguay, al que se llamaría más tarde río de la Plata. Lo remontó unos doscientos cincuenta kilómetros hasta llegar a la confluencia, donde, durante una tentativa de desembarco, fue atacado por los indios, que lo mataron, lo mismo que a sus hombres. Privada de su jefe, la flotilla inició el camino de regreso. Uno de sus navíos naufragó en la costa del Guayrá, la provincia marítima de Paraguay, pero la tripulación consiguió alcanzar, sana y salva, la isla costera que hoy en día llamamos Santa Catalina, donde fue bien acogida por los indígenas. Los españoles comprobaron con alegría que, a pesar del bajo nivel cultural de los indios, no por ello dejaban de disponer de objetos de plata. Se apresuraron, pues, a dar a su lugar de refugio el nombre de *isla de la Plata*, que perduró durante algunos decenios en ciertos mapas. Pero muy pronto perdieron las ilusiones.

En efecto, los indios, cuya lengua aprendieron rápidamente los náufragos, les dijeron que el metal no provenía ni de la isla ni de la costa adyacente, sino de los dominios del Rey Blanco, cuya capital, en la que había palacios de piedra recubiertos de oro, estaba situada en la montaña, a orillas de un lago inmenso. Se llegaba a ella remontando un río que corría por el interior de las tierras y atravesando después una región particularmente inhóspita. En los últimos siglos, los guaraníes habían intentado en muchas ocasiones llegar a ese país de

Jauja, que sus antepasados habían conocido bien, pero siempre habían sido rechazados por las tropas que guardaban las fronteras del imperio, que, como se sabría más tarde, era el de los incas.

Alejo García, portugués al servicio de Castilla, decidió lanzarse a su vez a la aventura, en compañía de tres españoles y un pequeño grupo de indígenas. En 1521 cruzó el Guayrá sin grandes dificultades, gracias a un camino bien trazado,[24] alcanzó Paraguay, la actual Asunción, donde reclutó a unos dos mil indios, y se encaminó después «hacia Poniente», para «descubrir y reconocer esas tierras en que se usaban hermosos vestidos y cosas de metal, tanto para la guerra como para la paz».[31] La nutrida tropa remontó el río Paraguay hasta el cerro de San Fernando, a unas leguas de la aldea que conservaba todavía su nombre Norrés de Weibingo, [24, 25, 26] entró en el Chaco, llegó a los contrafuertes de los Andes y penetró en territorio incaico —los españoles no ocupaban aún Perú—, hasta Tomina y Tarabuco. Pero los charcas, vasallos de los incas, hicieron retroceder a lo que constituía un verdadero ejército invasor. García tomó entonces el camino de regreso, con un rico botín de oro y de plata, y retornó a Paraguay. Ya cerca del río, tribus enemigas acabaron con los españoles y con un buen número de sus auxiliares. Algunos indios del grupo primitivo consiguieron arribar a la isla de Santa Catalina, donde contaron lo que había sucedido y mostraron los «recuerdos» que se habían traído. Cuando Sebastián Cabot, que había zarpado de España en 1526 con cuatro carabelas a fin de seguir las huellas de Magallanes, recogió a los náufragos supervivientes y oyó el relato que le hicieron de la expedición de García, no vaciló en desobedecer las órdenes recibidas y penetrar en el río de la Plata, con la intención de remontar el Paraguay y alcanzar la sierra de la Plata. Rechazado a la altura de Asunción por los indígenas, tuvo que retroceder.

No insistiremos sobre las tentativas de los españoles durante los decenios siguientes partiendo del Paraguay, por conquistar las tierras fabulosas, pero muy reales, del Rey Blanco. Recordemos simplemente que Ayolas, que siguió las huellas de García, corrió la misma suerte que el portugués, después de haber alcanzado los Andes, lo mismo que él, y de haber recogido un pesado botín de metales preciosos, y que, más tarde, llegó a la sierra de la Plata, ya ocupada, aunque él no lo sabía, por los hombres de Pizarro. En todas partes, y hasta mucho más al norte, en la región de los xarayes, los indígenas les confirmaron la existencia del soberano blanco y de sus incalculables riquezas. La capital de los palacios de oro, poblada por hombres de grandes orejas (*los orejudos*), estaba situada en la isla del Paraíso, en medio de un gran lago, no lejos de las aldeas de las mujeres sin marido.[32] El

historiador argentino Enrique de Gandía ha demostrado muy bien que una parte de los rumores recogidos por los españoles se referían, dentro de un contexto geográfico impreciso, al lago Titicaca y a su isla del Sol.[33] Se trata de un punto que considero de extrema importancia: los guaraníes, que atacaban de vez en cuando los dominios de los incas, lo ignoraban todo, sin embargo, acerca de su soberano y su capital. Para ellos, seguía tratándose del imperio de Tiahuanaco lo que no tiene nada de sorprendente, puesto que Paraguay formaba parte de él.

He expuesto en otros libros [24, 26] cómo los vikingos establecidos en el altiplano habían trazado «caminos blandos» (en guaraní, *peaviru*) que, unidos a las calzadas reales, conducían hasta el Atlántico, adonde llegaban en dos puntos principales: el golfo de Santos y la costa situada frente a la isla de Santa Catalina. En el camino del norte, que iba de Weibingo hasta la ciudad actual de Pedro Juan Caballero, llegando después a Santos, se encontraba el enorme complejo de Cerro Corá,[26] con la imponente fortaleza no lejos de la cual, en el Cerro Guazú,[26] he señalado centenares de inscripciones rúnicas, sesenta y una de las cuales pudieron ser traducidas por el profesor Hermann Munk. Ahora bien, en 1975 hice en Cerro Corá un descubrimiento del que no podía hablar antes de encontrarle un sentido.

Muy cerca de la *Itaguambypé*, la fortaleza en cuestión, corre un arroyo, el Aquidabán-Nigui, cuyo lecho está interrumpido por una pequeña cascada, que describí en mi obra anterior.[26] En la piedra de desnivel hay unos escalones tan espaciados que no pueden ser utilizados más que por hombres mucho más altos que los guaraníes y los paraguayos actuales de la región. En desplome, se ven las ruinas de un edificio de 16,8 m de largo. Aventuré entonces la hipótesis de que se trataba de un puesto de guardia, un fortín destinado a proteger a los bañistas, evidentemente desarmados, que utilizaban el estanque natural excavado por las aguas como lo hacen todavía los soldados del destacamento de Cerro Corá, o bien de una sauna. Tengo que rechazar ahora esta interpretación.

En efecto, en medio de los bloques esparcidos detrás de uno de los muros laterales del edificio, cuyo basamento de piedra, natural pero tallado verticalmente por la mano del hombre, continúa en su lugar, encontré un objeto inesperado (véase la foto de la p. 49). Se trata de un ladrillo rectangular, de 11,5 cm de anchura por 6 cm de espesor. Su longitud actual es de 21 cm, pero una rotura impide medirla exactamente. No obstante, teniendo en cuenta la simetría, se puede calcular dicha longitud en 24 cm. En una de las caras del ladrillo aparece excavada una cavidad en forma de pirámide rectangular truncada, de



El molde para metales preciosos encontrado en las ruinas de la fundición precolombina de Cerro Corá, Paraguay (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).

2,8 cm de profundidad. La base —es decir, la superficie abierta— mide 11 cm por 3,5 cm, y la cima —el fondo—, 8,6 cm por 2,1 cm. El centro de cada uno de los lados más cortos de la base está unido a la superficie lateral exterior del ladrillo por un canal en semitubo de 6,5 cm de longitud por 1,7 cm de anchura y 1,2 cm de profundidad. Tales son, por lo menos, las dimensiones del que se conserva intacto. Dimensiones que, como las anteriores, no son más que aproximativas, debido al mal estado de una pieza visiblemente muy antigua.

El objeto no puede ser otra cosa que un molde para metales preciosos. La forma de su cavidad corresponde exactamente a la de los lingotes de oro y plata que se usan en la actualidad. Una forma que, por lo demás, no tiene nada de arbitraria, puesto que es la única que permite extraer fácilmente el bloque de metal una vez enfriado. En cambio, los dos canales resultan imprevistos. No podrían servir uno para la introducción de la colada y el otro para la evacuación del aire, a menos que el molde fuese doble, cosa improbable. Un orfebre al que consulté, antiguo alumno de una escuela técnica especializada en Alemania, emitió la hipótesis siguiente: las paredes de la cavidad no son, ni lo fueron nunca, perfectamente lisas, a diferencia de las de nuestros moldes. La extracción del lingote presentaría, pues, dificultades. Los dos canales pudieron servir para prolongar el bloque de metal mediante dos barras, fáciles de «despegar», que se cortarían posteriormente. De todos modos, se trata de un problema menor, ya que la naturaleza del objeto no ofrece la menor duda, como tampoco

su origen precolombino. Después de la conquista no se fundió jamás ni oro ni plata, de cualquier origen y para cualquier uso que fuese, en el interior de Paraguay, y el Amambay, donde se encuentra Cerro Corá, prácticamente desierto hasta hace unos treinta años, dejando aparte algunas pequeñas tribus de indios y una banda de guayaquíes nómadas, todavía hoy está poco poblado, pues, a excepción de Pedro Juan Caballero, no hay más que algunos agricultores aislados en la selva. Por lo tanto, he de revisar mis hipótesis anteriores con respecto al edificio del Aquidabán-Nigui, cuyas dimensiones, por lo demás, parecían excesivas para un fortín o una sauna. Se trataba de una fundición de metales preciosos, situada lógicamente a orillas de un arroyo y bajo la protección de una fortaleza.

Quedan por resolver dos problemas. ¿De dónde provenían esos metales y por qué se juzgaba necesario moldearlos en lingotes? En cuanto al primer punto, la respuesta es fácil. Los ríos auríferos y las minas de oro y de plata más próximas se encuentran en la cordillera de los Andes. No los hay en Paraguay, donde, por lo demás, los indígenas ignoraban el uso de los metales. El uso, pero no el nombre, lo que parece a primera vista muy extraño. En efecto, en *avañe'e*, el guaraní del Sur, tenemos:

Metal: *kuarepoti*, de *kuare*, orificio; *re*, que fue; *tepoti*, residuo, o sea, residuo sacado de un orificio, es decir, una mina. De esta palabra derivan todos los nombres de metales.
Oro: *kuarepotiju*, metal amarillo.
Plata: *kuarepotitï*, metal blanco.
Cobre: *kuarepotinë*, metal maloliente, y *kuarepotipyta*, metal rojo.
Plomo: *kuarepotimembe*, metal maleable.
Estaño: *kuarepotijy*, literalmente metal cocinable, es decir, metal fusible.
Hierro: *kuarepotihü*, metal negro.
Acero: *kuarepotiata*, metal duro.

Como se ve, todos estos términos son artificiales, aunque compuestos conforme al carácter del guaraní, lengua aglutinante. La cuestión radica en saber si se formaron antes o después de la conquista, y los lingüistas y los etnólogos no se muestran de acuerdo sobre este punto. Señalemos en primer lugar que dichos vocablos no sufrieron ninguna influencia del español, como hubiera sido lo lógico si hubiesen nacido de la aportación por parte de los conquistadores de metales hasta entonces desconocidos. En segundo lugar, el guaraní, lengua que sólo escriben unos cuantos especialistas, aunque la hablen

millones de personas, se ha ido hispanizando con el tiempo. Se han introducido en ella numerosas palabras españolas, a veces superficialmente guaranizadas, ya sea para expresar conceptos nuevos, ya sea, más raramente, para reemplazar términos que los diccionarios mencionan ahora como arcaísmos o que se limitan a omitir. Así ocurre con los nombres de los metales. En el diccionario guaraní-español de Jover Peralta y Osuna,[34] figuran —respeto la ortografía antigua—* *cuarepotití*, plata y, como arcaísmos, *cuarepotiyu*, oro, y *cuarepoti*, con la doble acepción de metal y de hierro. En cuanto a este último vocablo, no está permitida la duda. Antes de la conquista, existía junto al río Paraguay una aldea —en la actualidad, Rosario— que se llamaba Cuarepoti. Se hallaba situada frente a un camino, del que subsisten aún unos ciento cincuenta kilómetros, que conducía a Perú. Todo induce, pues, a creer que los nombres de los metales, simples derivados del término genérico, son, como éste, anteriores a la llegada de los españoles. En caso contrario, tendríamos que preguntarnos cómo designaban los guaraníes el oro del Rey Blanco, del que hablaban, y cómo llamaban a la plata que, como hemos visto, tenían en su posesión.

A juzgar por su contexto,[26] la fundición de Cerro Corá data de la época de Tiahuanaco, cuando los vikingos y sus correos tomaban el *peaviru* del norte para dirigirse a Santos. Las tradiciones locales añaden incluso que, en aquellos tiempos, caravanas de indios transportaban hasta allí regularmente, sin duda a lomo de llamas, importantes cargas de metal.[35] Este tráfico se interrumpió evidentemente hacia 1200, tras la destrucción del imperio, y no fue reanudado en tiempos de los incas, puesto que éstos no reconquistaron nunca los territorios del este y los únicos contactos que tuvieron con los guaraníes se produjeron con motivo de conflictos esporádicos en la frontera.

La plata que llegaba a Paraguay venía, pues, a través del *peaviru*, de la Sierra de la Plata. ¿Por qué lo transformaban en lingotes? No

* La ortografía guaraní fue unificada en 1950 por representantes de Argentina, Bolivia, Brasil y Paraguay, reunidos en Montevideo. Sin embargo, las decisiones del Congreso no se aplican siempre. En realidad, tampoco podría hacerse en el campo de la toponimia. Habría que modificar todos los mapas, con peligro de hacer frecuentemente dudosa la interpretación de documentos y de obras que se refieren a más de cuatrocientos años de la historia de los cuatro países. La confusión es particularmente grande en el campo de la acentuación, que sufre la doble influencia del español y el portugués. Digamos que, en buena regla, las palabras guaraníes sólo se acentúan gráficamente cuando el acento tónico no recae sobre la última sílaba, como sucede casi siempre en el dialecto del sur y no tan a menudo en el del norte, debido al frecuente añadido de un sufijo fonético.

hay más que una respuesta posible a esta pregunta: porque había que exportarlo en unidades constantes y fáciles de contar. ¿Y qué otra cosa se podía hacer, ya que los guaraníes, que permanecían en el estadio neolítico, no utilizaban los metales? La plata —quizá también el oro, pero en cantidades mucho menores— continuaba su camino, un camino que no conducía más que al Atlántico. ¿Adónde iba después? ¿Y cómo?

5. Las incomprensibles minas de Brasil

Además de los caminos que, viniendo de Tiahuanaco por la sierra de la Plata, atravesaban Paraguay, los vikingos utilizaban también la incomparable vía fluvial constituida por el Amazonas para llegar al Atlántico. Lo hacían así por lo menos durante la estación seca, cuando sus aguas acarreaban menos troncos sumergidos. No queda nada de sus instalaciones en la isla de Marajó —el delta del río-mar— a excepción de los motivos runoides que adornan muchas piezas de la famosa alfarería local. He reproducido algunas de ellas en un libro anterior.[25] Hay que descender quinientos kilómetros hacia el sur, para encontrar, en la bahía de San Marcos, los vestigios de las murallas de «una gran plaza fuerte» y, en los lagos formados por el Grajau, que desagua en dicha bahía a través del Mearim (véase la figura 5), los de puertos cuyas «largas líneas de basamentos petrificados, sobre los cuales estaban instalados los talleres navales», pueden verse todavía como escribe Ludwig Schwennhagen, que los determinó minuciosamente hacia 1925. Trescientos kilómetros más en la misma dirección, y llegamos a la desembocadura del Parnaiba, gran río navegable. Su delta ofrece un excelente refugio, debidamente utilizado desde tiempos inmemoriales y frente al cual los colonizadores portugueses tuvieron la sorpresa de descubrir, en las proximidades de la aldea de Tutoia (en la actualidad Luiz Correia), cuyo cacique tenía autoridad sobre todas las tribus guaraníes de la región, las ruinas de fuertes murallas, construidas con piedras cimentadas. A cien kilómetros hacia el interior de las tierras se encuentra el lugar de culto llamado Sete Cidades (Siete Ciudades) —una copia gigantesca de los *Externsteine* de la Baja Sajonia—, con sus estatuas de hombres con rasgos europeos y sus magníficas inscripciones rúnicas, que el profesor Munk pudo traducir sin dificultad.[25]

Era sin duda en el emplazamiento de la ciudad actual de Parnaiba (antiguamente Amarração, «amarre», donde estaba situado el puerto vikingo, un puerto minero. Piaui, cuya salida al Atlántico estaba

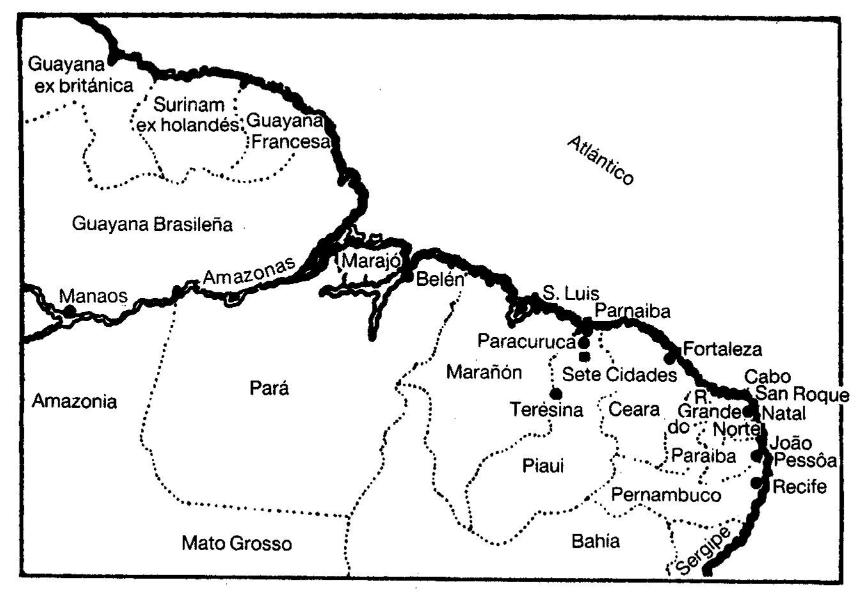


Figura 5. Mapa del noroeste brasileño. San Luis se encuentra en la bahía de San Marcos. En ella desemboca el río Grajau, procedente del suroeste.

constituida por dicho puerto, es en la actualidad, desde su ocupación por los *bandeirantes* venidos de São Paulo en la segunda mitad del siglo XVII, la comarca más pobre de Brasil. Su población campesina —mestizos de cabellos de oro— vive, en economía de subsistencia, de la cría de ganado caprino y de algunas plantaciones de mandioca. Pero no sucedía lo mismo unos siglos antes. Al llegar los portugueses, descubrieron allí innumerables minas agotadas, en particular en la *Serra do Sumidouro*, donde se ven numerosas galerías abiertas en las rocas argentíferas. Según Schwennhagen, las barras del río Longá, afluente del Parnaiba, no son otra cosa que los vestigios de antiguas instalaciones de lavado de oro fino.[35] Pero todavía hay más.

El São Francisco es uno de los ríos más importantes de Brasil. Tiene su fuente en el suroeste del Estado de Minas Gerais, y en su curso hacia el norte atraviesa este Estado y el de Bahía. Traza después una curva que lo envía a desembocar en el Atlántico, entre los Estados de Alagoas y del Sergipe, a los que sirve de frontera. Es navegable en más de dos tercios de su recorrido, y todavía se ven en él grandes barcas que, por su forma, su modo de construcción y su figura de proa, recuerdan irresistiblemente los drakkars. Los vikingos habían esta-

blecido en sus orillas, al igual que en todos los ríos que utilizaban como vías de navegación, tribus guaraníes que les eran leales. Sin embargo, en la actualidad sólo se las encuentra en la desembocadura y en las fuentes. La explicación de esta anomalía es a la vez la más sencilla y la más difícil que quepa imaginarse: el curso medio del São Francisco no existía aún en aquella época. En su lugar, entre la actual ciudad de Remanso y las cascadas de Paulo Alfonso, sobre una anchura media de doscientos kilómetros (véase la figura 6), se extendía una inmensa laguna, formada por pantanos y lagos que se llenaban en invierno y de los que emergían numerosas cadenas de colinas, algunas de las cuales alcanzaban una altitud de 300 m sobre el nivel del mar. Tres ríos drenaban sus aguas. Dos de ellos se dirigían hacia el este: el Opala, que lleva hoy en día el nombre de São Francisco, y el Reala, cuyo rastro no se ha encontrado jamás. Otro seguía el valle que corta las sierras entre Remanso y São João de Piaui y desembocaba en el actual río Piaui, al que debía de aportar un volumen de agua muy superior al que le venía —y le sigue viniendo— del São Raimundo Nonato. Por lo tanto, el río debía de ser navegable, por lo menos a partir de la confluencia de sus dos brazos y, en invierno, desde la laguna. Y continuando luego por el Parnaiba, del que es afluente, conducía hasta el océano.

En 1587, el cronista Gabriel Soares, al que cita Schwennhagen,[35] oyó hablar de la Gran Laguna —*Upá-Assú*—, con sus islas, en las que había enormes minas de plata, a los guaraníes de Bahía, Sergipe y Piaui, que creían todavía en su existencia. La desecación de los pantanos no databa, pues, de tiempos inmemoriales. Pero ¿cómo se produjo? Lo sabemos gracias a la comunicación presentada en 1919 a propósito del río Reala, por el general Ivo do Prado ante el Congreso de Geografía de Belo Horizonte. En un momento determinado, las aguas de la laguna encontraron una puerta de salida suficiente por las cascadas de Paulo Alfonso, y ya no quedó de la *Upá-Assú* más que el curso medio del São Francisco, tal como lo conocemos ahora. El Reala desapareció y el Piaui perdió uno de sus brazos. Semejante transformación, ¿fue obra de la naturaleza? Si fuese una región volcánica, se podría admitir que un temblor de tierra rebajó bruscamente el umbral del desaguadero que daba nacimiento al Opala. Pero no se trata de una región volcánica. No hay, por consiguiente, más que dos explicaciones posibles: o bien la ampliación de la catarata de Paulo Alfonso fue el resultado de la erosión provocada por el agua que se vertía por ella, o bien se trata de un magnífico trabajo de ingeniería hidráulica. Tenemos que descartar de inmediato la primera, ya que el desgaste de la roca hubiera exigido miles —más bien millones— de años.

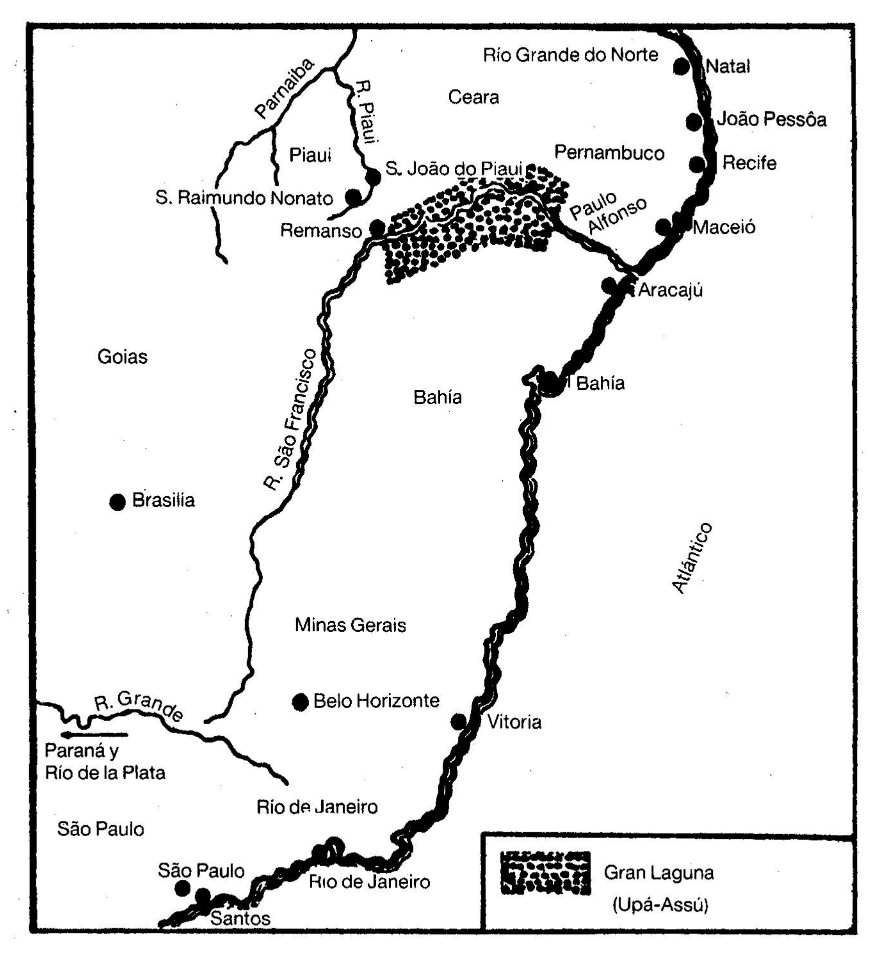


Figura 6. El río São Francisco y la Gran Laguna.

Queda la segunda. Y en realidad Ludwig Schwennhagen, cuya exuberante imaginación no hace jamás caso omiso de una observación precisa y honrada, examinó minuciosamente —el término es suyo— las cascadas, que la actual central eléctrica no había desfigurado todavía, y descubrió en ellas las huellas de una obra extraordinaria: «cinco canales simétricos, que vierten sus aguas por separado en una misma cavidad cuadrangular, de cincuenta metros de profundidad, tallada en la piedra viva».[35]

¿Qué interés presentaban estos trabajos? Fundamentalmente, es-

tablecer una línea de comunicación permanente —que no proporcionaba la Gran Laguna— entre una zona minera excepcionalmente rica y el Atlántico, zona que comprendía no sólo las antiguas minas de plata de la *Upá-Assú*, sino también el territorio del actual Estado de Minas Gerais, donde se ven innumerables minas precolombinas y donde los portugueses, según un cronista citado por Fawcett sin nombrarlo,[37] descubrieron en el siglo XVI una tribu cuyos miembros eran barbados y tenían la piel clara, los molomacos. Las mujeres, «blancas como las inglesas, de pelo dorado, platinado o castaño», tenían «rasgos delicados, manos y pies pequeños y pelo bello y sedoso».

Como los de Paraguay, los guaraníes de la región conocían perfectamente los diversos metales, aunque todo tiende a demostrar que ignoraban su uso. Sin embargo, los nombres que les daban no coincidían con los del sur. Se distinguían sobre todo por utilizar, en lugar de *kuarapoti* como base constante de sufijos variables, la palabra *ita*, cuyo sentido corriente es «piedra» pero que se refiere etimológicamente a todo cuerpo duro y, en particular, al metal. Sin hablar de la sílaba fonética, desprovista de significado, que sigue en general a la vocal acentuada en el *ñe'engatu*, el guaraní septentrional.* Tenemos, por ejemplo:

Oro:	*itajúba*, metal amarillo.
Plata:	*itatínga*, metal blanco.
Cobre:	*itanéma*, metal maloliente, e *itaiqueza*, metal para hilo (de *ita*, metal; *i*, determinativo; *que (ke)*, partícula que indica la destinación, y *sä*, hilo).
Plomo:	*itamembéca*, metal maleable.
Estaño:	*itajýka*, metal fusible.
Hierro:	*itaúna*, metal negro.
Acero:	*itaite*, metal superior.

* En mis libros anteriores utilicé, como todo el mundo, la expresión *tupi-guaraní* para designar el guaraní del Brasil, y la palabra *tupi* para diferenciar a las tribus que lo hablan. Esto me valió una merecida reprimenda por parte de mi colaborador y amigo el profesor Vicente Pistilli, director del Instituto Paraguayo de Ciencia del Hombre y gran guaranizante. *Tupi*, me dijo, significa «zafio», «salvaje». Los guaraníes aplicaban el término a otras naciones indígenas de una cultura inferior a la suya. Los del sur calificaban de *tupina*, «semejantes a los tupis», a sus parientes del norte, algo más atrasados. Fueron los misioneros de los siglos XVI y XVII los que, por ignorancia de la lengua, redujeron indebidamente a su raíz, modificando el sentido, una palabra que no era más que un sobrenombre un tanto despectivo. Los guaraníes de la cuenca del Amazonas llamaban —y llaman todavía— *ñe'engatu*, «bella lengua», y los de la cuenca del río de la Plata, *avañe'e*, «lengua de los hombres», a su idioma común. Las diferencias dialectales entre estas dos formas del guaraní son mínimas.

Ludwig Schwennhagen da a *itaite* el sentido de «piedra doble». Pero sin duda el austríaco no dominaba bien el guaraní, que ya no se habla en el Piaui, donde él residía. El profesor Pistilli afirma que *ite*, sufijo que señala el superlativo, puede significar por derivación «verdadero» o «auténtico», pero ninguna otra cosa. Por otra parte, ve en la terminación *nga* de *itatínga*, que no es guaraní, una contracción de *inga*, forma original de *inca*. *Itatínga* significaría así «metal blanco inca». Gracias a una inscripción rúnica de las Siete Ciudades,[25] sabemos que los vikingos de Tiahuanaco se aplicaban ya a sí mismos el calificativo norrés que significa «descendiente». No nos sorprende, por lo tanto, el que los indios del Piaui lo utilizaran para designar un metal particularmente buscado por sus «señores feudales». Advirtamos, en fin, que todos los vocablos cuya lista acabamos de exponer están compuestos artificialmente, como sus equivalentes de Paraguay (el radical difiere, pero las terminaciones son en general las mismas), y que reaparecen en la toponimia precolombina. El término *itaiqueza*, «metal para hilo», que designa el cobre, demuestra que la metalurgia había alcanzado en el Piaui un alto grado de desarrollo técnico.

Falta saber por qué los vikingos explotaban minas, principalmente de plata, en el noreste brasileño y por qué atribuían tanta importancia a los metales que extraían de ellas como para emprender y llevar a término los enormes trabajos requeridos por el desecamiento de la Gran Laguna, a fin de tener más fácilmente acceso a los yacimientos del centro brasileño una vez que se agotaron los del Piaui. Sin duda tenían necesidad, para ellos y para las poblaciones indígenas, de hierro y estaño, a fin de hacer con ellos armas y herramientas. Pero ¿para qué les servían el oro y la plata, que evidentemente no enviaban a Perú, país que tenía abundancia de estos metales? Sólo podían exportarlo por su puerto de Parnaiba. ¿Hacia dónde y cómo? Es la doble cuestión que ya nos planteamos a propósito de los metales preciosos fundidos en Paraguay, a orillas del camino que conducía al Atlántico.

6. La hipótesis confirmada

Hemos completado ya el panorama de la metalurgia precolombina. Se trabajaba en México el cobre, la plata y el oro y, a título secundario, el tombac, el bronce y una aleación de cobre y plomo. Se ignoraba la reducción de los metales a partir del mineral. Había que limitarse, por lo tanto, a recoger mediante lavado el oro y la plata de los ríos y a raspar algunos filones superficiales de cobre, estaño y plomo,

en los que el metal se presentaba en estado puro. Salvo algunas armas y algunas herramientas, no se producían más que piezas de orfebrería, de una calidad artística excepcional. La plata era más rara que el oro, del que no constituía más que un subproducto. En Perú, en cambio, donde se trabajaba el oro, la plata, el cobre y sin duda el hierro, las minas eran objeto de una intensa explotación industrial, lo mismo que los lavaderos de oro, magníficamente instalados. La plata provenía sobre todo de la zona de Porco, situada en una cadena de montañas de la cordillera, sobre la ladera oriental del altiplano hoy en día boliviano, al sureste de Tiahuanaco, una cadena que los españoles llamaron sierra de la Plata y donde se encontraba el gran pueblo al que dieron el nombre de Villa de Plata o de la Plata.

Los vikingos de Tiahuanaco y sus descendientes, los incas, utilizaban los metales preciosos para la decoración de sus templos y palacios, para la fabricación de vajilla, para la elaboración de obras artísticas de un gusto refinado, muchas de las cuales se conservan todavía a pesar de que los españoles fundieron, sin piedad ni discernimiento, todas aquellas que cayeron en su manos. No obstante, en la época del Antiguo Imperio no se utilizaba la plata extraída de las minas. Una parte de ella —quizá también una parte del oro, pero en menor cantidad— tomaba el camino del Atlántico, siguiendo la rama norte del *peaviru*, la que en Paraguay pasaba por Cerro Corá, donde el metal era transformado en lingotes. Tenemos la certeza de que no era utilizado por la población local porque los indígenas vivían todavía en la edad de la piedra pulimentada y porque los nombres que daban a los metales fueron fabricados artificialmente. La plata partía del puerto de Santos, evidentemente por mar, con destino desconocido. El tráfico se interrumpió cuando los araucanos se apoderaron de Tiahuanaco, hacia 1290. Sin embargo, el recuerdo perduraba entre los guaraníes, que describieron a los españoles la capital lacustre del Rey Blanco, con sus palacios de oro. Era la capital de un imperio destruido, pero los guaraníes no lo sabían y, a principios del siglo XVI, seguían enviando hacia ella expediciones siempre rechazadas, pero de las que traían hasta la isla de Santa Catalina —la isla de la Plata— el metal de sus sueños y de sus tradiciones. Una capital a la que conducía un gran río, que no tardaría en tomar el nombre de río de la Plata.

En el noreste brasileño, los metales preciosos no venían de Perú. El transporte por el Amazonas hubiera sido demasiado irregular y demasiado aleatorio, y el acceso al río desde las regiones mineras de los Andes hubiera costado demasiados esfuerzos. La plata procedía primero del Piaui y después de los yacimientos de la Gran Laguna, ya desecada. Descendía sin dificultad por el río Parnaiba hasta el océa-

no, sin que se conozca su destino final. Tampoco allí los indígenas la utilizaban y, como en el Paraguay, daban a los diversos metales nombres forjados, frutos de la adaptación lingüística a una realidad que les era extraña y que seguiría siéndolo tras el repliegue de sus dominadores vikingos, puesto que nunca llegaron a sobrepasar el nivel de la cultura neolítica.

Los vikingos de Tiahuanaco enviaban, pues, a Santos y a Parnaiba, durante los siglos XII y XIII, una parte de la plata que extraían de las minas de la sierra de la Plata y la que procedía de sus yacimientos del Piaui y de la Upá-Assú. Este metal desaparecía en el océano. Tenía que ir a alguna parte, claro está, pero no sabemos adónde. Ahora bien, por la misma época, como hemos visto en el capítulo I, los templarios, que conocían la existencia de América, como prueba el sello que cubría su secreto, y que poseían en el Atlántico, en la Rochelle, un puerto inexplicable, inundaban la Europa occidental con una moneda de plata cuyo origen ha permanecido siempre en el misterio, pero que la tradición popular de Normandía situaba más allá del océano. En buena lógica, se impone una conclusión: el Temple importaba la plata americana.

III

Los templarios de México

1. El país de los antepasados

«Os considero como parientes; porque, según lo que me dijo mi padre, que se lo había oído al suyo, nuestros predecesores, de los que desciendo, no eran naturales de esta tierra, sino recién llegados, los cuales vinieron con un gran señor que, poco después, regresó a su país; muchos años más tarde, volvió a buscarlos; pero no quisieron irse, pues se habían instalado aquí y tenían ya hijos y mujeres y una gran autoridad en el país. Él se marchó muy descontento y les dijo que enviaría a sus hijos para gobernarlos y para asegurarles la paz y la justicia y las antiguas leyes y la religión de sus antepasados. Ésa es la razón por la que hemos esperado y creído siempre que los de allá vendrían a dominarnos y a mandarnos, y yo creo que sois vosotros, dado el lugar de donde venís.»

Tales fueron, según López de Gomara,[38] cuyo texto coincide con los que nos dejaron otros cronistas de la conquista, las palabras que Motecuhzoma II Xocoyotzin, al que llamamos Moctezuma, dijo a Hernán Cortés cuando los españoles entraron en Tenochtitlán, el México actual. El emperador de la barba rubia[28] se refería a la historia del quinto de los soberanos toltecas, predecesores en el Anáhuac de la dinastía azteca, de quien él descendía en efecto, ya que su antepasado directo y reciente, Acamapichtli, primer rey de su tribu en 1376, era hijo de una princesa de la casa reinante anterior. Desembarcado en Pánuco en el año 967, Quetzalcóatl, «blanco, rubio, barbado y de buenas costumbres»[39] —un jarl vikingo que se llamaba verosímilmente Ullman—, se había aliado con los toltecas, que lo reconocieron como jefe. Durante un reinado personal que duró veinte años transmitió a sus súbditos, particularmente receptivos, la alta cultura de la Europa medieval. En el 987 se ausentó, no para regresar a su país, sino para imponer su autoridad a los mayas del Yucatán. Dificultades con los indígenas, de las que dan testimonio los frescos del Templo de los Guerreros de Chichén-Itzá, que nos muestran escenas de batallas en-

tre indios y blancos, le obligaron, dos años más tarde, a retornar al Anáhuac, donde le esperaba la mala noticia mencionada por Moctezuma. Zarpó entonces de nuevo en dirección a América del Sur, donde sus descendientes fundarían el imperio de Tiahuanaco. He demostrado ampliamente todo esto en una obra anterior.[20] Lo que hay que retener aquí, en primer lugar, es el motivo por el cual el emperador azteca reconoció a los españoles como los «hijos» de Quetzalcóalt: «... creo que sois vosotros, dado el lugar de donde venís». Su mente no albergaba, pues, ninguna duda. El civilizador de México había llegado de más allá del océano. Subrayemos, en segundo lugar, que la migración marítima de la que se habla no es más que la aventura de un grupo de navegantes, que, naturalmente, encuentra en la América media una población preexistente.

Esta última observación resultaría superflua si no nos permitiese comprender el sentido real de los datos históricos acerca del poblamiento de México que nos proporcionan los códices indígenas y ciertas tradiciones recogidas por los cronistas. Unos y otras nos hablan, en efecto, de la llegada por mar de tribus venidas del norte y el este y que salieron de Chicomóztoc, «las Siete Cavernas», que otros textos, sin embargo, sólo mencionan como un lugar de culto, ya en América. «Todas las naciones de esta tierra —dice Sahagún—[40] acostumbran a afirmar, no sin vanagloriarse de ello, que fueron creadas en esas siete cavernas y que de allí salieron sus antepasados, lo cual es falso, ya que no salieron de ellas, sino que iban allí para hacer sus sacrificios cuando estaban en dicho valle», antes de llegar a Tula. El *Codex Vaticanus*, cuya interpretación encontramos en Kingsborough,[41] menciona entre esas tribus a los olmecas, los totonacas y los chichimecas, por citar únicamente las más conocidas, y fija la fecha de su llegada en 1194, cuando en realidad los primeros se habían establecido ya en la costa del golfo en el año 31 a. de C. (estela de Tres Zapotes), los segundos nos dejaron en Tajín edificios que se remontan al año 400 de nuestra era, y los terceros invadieron México a finales del siglo XII, aunque por tierra, partiendo del sur de los actuales Estados Unidos. A decir verdad, la historia de un pueblo no comienza hasta el día en que un acontecimiento viene a romper la monotonía de una existencia que se había desarrollado hasta entonces, durante generaciones, sin cambios dignos de mención. Nace en su seno un jefe que lo lanza a la aventura; se impone a él un conquistador que modifica sus costumbres; surgen hechos que permanecen grabados en la memoria y que se pueden relatar. Pero esta historia que nace entonces es la que crea el hombre o el grupo al que se debe, para mejor o para peor, una transformación que el pueblo sufre y luego acepta y acaba por hacer suya. La historia

de las Galias empieza con César. La historia de México se remonta en el desembarco de Ullman y sus hombres en Pánuco. Ahora bien, el padre Diego Durán fija en el año 902 la llegada de las «tribus», es decir, en una fecha muy próxima a la de los vikingos.[42] Eso no impide que otro grupo señalado, del que lo ignoramos todo, pudiese aparecer en 1194. De todas maneras, si Chicomóztoc es efectivamente el lugar de origen transmarino de los emigrantes, puede asegurarse que éstos no fueron amerindios.

El padre Bernardino de Sahagún, el más erudito e imparcial de los cronistas de México, que empleaba un método de investigación muy adelantado para su tiempo, puesto que interrogaba sobre sus creencias, sus costumbres y su historia a indios cultivados —con frecuencia sacerdotes— que habían tenido acceso a los códices quemados más tarde en los autos de fe españoles, nos ofrece en el prefacio de su obra una interpretación personal de las Siete Cavernas, mucho más satisfactoria: «En cuanto al origen de estas gentes, los ancianos nos dicen que vinieron del norte por el mar. Es cierto que vinieron algunos navíos, que no se sabe cómo estaban construidos. Se conjetura, a causa de una tradición existente entre estos indígenas, que partieron de siete cavernas, que esas siete cavernas son los siete navíos o galeras en que vinieron los primeros habitantes de esta tierra [...], los cuales desembarcaron en el puerto de Pánuco, que ellos llaman Panco [en realidad, Panutlán], lo que quiere decir lugar al que llegaron los que pasaron el agua».[40] Sólo que no se trataba manifiestamente de indígenas. Por una parte, los indios de México no disponían de embarcaciones capaces de atravesar el océano. Por otra parte, todas las tradiciones coinciden en que fue Quetzalcóatl quien desembarcó en Pánuco en el año 967. Uno se pregunta, por lo demás, cómo podrían haber venido por el Atlántico pueblos de raza amarilla, puesto que, dejando aparte el «nuevo continente», no se encuentran mongoloides más que en Asia y en la Polinesia.

Fue esto sin duda lo que impulsó a algunos cronistas, entre ellos el padre Sahagún, a pensar en América del Norte como lugar de origen de los indios de México, lo cual sólo es cierto en relación con algunos de ellos, que efectuaron el viaje por tierra. Llegaron fácilmente a esta conclusión porque las tradiciones indígenas sitúan en el norte el punto de partida de los grupos venidos por el mar, por lo menos uno de los cuales, el de Ullman-Quetzalcóalt, se componía, como hemos visto, de hombres blancos, rubios y barbados. Pero no en el norte del Anáhuac. Los textos se muestran formales y concordantes. Los pueblos nahuas, es decir, sus minorías blancas civilizadoras, llegaron de más allá del océano. Su patria aparece designada en esos textos con el nom-

bre de Tlapallán, y todo el mundo está de acuerdo sobre el sentido de esa toponimia: «País más allá del mar» (Sahagún);[40] «País hacia el este» (Rendón);[43] «En el mar del este» (Beauvois);[44] «País de la Aurora» o «País del Oriente» (Krickeberg).[21] Esta última opinión es particularmente importante, ya que el autor hace derivar Tlapallán de *tlapalli*, rojo, y este color sugiere mucho más el sol poniente que el alba. La evidencia nacida de los textos fue en este caso más fuerte que la etimología. Una etimología que además es errónea. La que nos da Beauvois resulta infinitamente más convincente: *tlap*, este; *al*, agua; *lan*, en, hacia (en el sentido de «alrededor de»). Para Sahagún, *tlapcopa* significa «Oriente». *Al* es una forma de *atl*, que aparece en ciertos compuestos, como *alpichia*, soplar el agua, regar; *altia*, meterse en el agua, o *altépetl*, montaña húmeda. En cuanto a *lan*, no es otra cosa que el *land*, tierra, país, de las lenguas germánicas. El sentido exacto de Tlapallán es, por consiguiente: «País del mar del este». La duda está tanto menos permitida cuanto que el príncipe indio Chimalpáhin, hablando de ciertos inmigrantes a los que dedicaremos el próximo subcapítulo, precisa que «abandonaron el país de Tlapallán y atravesaron el gran mar, el océano».[46] Un país del norte situado al este de la América media no puede ser más que Europa.

Y en efecto, en el caso que nos ocupa, se trataba del norte de Europa. Los relatos nahuas indican que había en Tlapallán una ciudad cuyo nombre se transcribe indiferentemente, según las crónicas, Tulán, Tullán, Tollán, Tulla o Tula. Ahora bien, en México, la capital del reino tolteca se llamaba de la misma manera, lo que creó una confusión a la que yo tampoco he escapado.[20] La explicación nos la da López de Gomara, cuando escribe: «Como venían de Tulla, se establecieron después en Tullán».[38] Dicho en otros términos, Ullman, al convertirse en rey de los toltecas, dio a la capital el nombre de su patria lejana. Un nombre que se transformó apenas al pasar del norrés al náhuatl. Porque Tullán, y no soy el primero en haberlo señalado, está verdaderamente muy próximo a Thule, un topónimo que, en la Antigüedad y la Edad Media, se aplicaba a las tierras del norte y, en particular, a Islandia.

«El nombre de Thule —dice Isidoro de Sevilla a comienzos del siglo VII— viene del sol, debido a que es allí estacionario en el solsticio de verano», es decir, debido a que no se pone.[46] La explicación no va más lejos. Sin embargo, escribe Beauvois, «tiene para nosotros una gran importancia, en caso de que sea justa y nada demuestra que sea falsa. En efecto, fueron los gaëls los primeros en ocupar Islandia, cosa natural dada su proximidad, y es en su lengua en la que hay que buscar un nombre del sol análogo a Thule. Resultaría difícil encon-

trarlo si no se supiese que, en gaélico, la zeta de los griegos corresponde con mucha frecuencia a la *s*, de lo cual se tienen numerosos ejemplos [...]; por consiguiente, no es improbable que θoulη sea una transcripción del Suli, isla del Sol, o Sulia, Sulai, país del Sol. (Del gaélico *sul*, *sol*, sol; *i*, *innis*, isla; *ia*, *ai*, región)».[47] Pero esta interpretación, aunque sea válida desde el punto de vista filológico, no deja de ser errónea, pese a que desde luego nos pone en la pista. En efecto, encontramos ya θoulη en los relatos de la navegación de Piteas al Extremo Norte, en el siglo IV a. de C., mucho antes, pues, de que los irlandeses hubieran ocupado, ni siquiera descubierto, Islandia. Además, no sólo en las lenguas gaélicas la zeta griega corresponde a la *s*. Lo mismo ocurre en los idiomas germánicos, sin hablar de los latinos. θoulη podría así equivaler al norrés *Soley*, isla del Sol, cosa que resultaría plenamente satisfactoria desde el punto de vista histórico, ya que los hiperbóreos, antepasados de los vikingos, navegaban por el Ártico más de mil años antes de nuestra era, y Piteas había entrado en relación con ellos.

Si no hubiese entre Thule y Tula (Tulla, Tullán, Tollán) más que una simple semejanza de forma, ésta podría deberse a una coincidencia fortuita. Pero sucede que el topónimo náhuatl significa precisamente Tierra del Sol. Deriva, en efecto, de *tonalli*, sol, apocopado conforme al carácter de la lengua, y de *lan*, tierra, país. De ahí Tonalán (Tonnallán), sincopado en Tollán, Tullán, Tulla o Tula. Tezozómoc dice efectivamente que los aztecas, dirigiéndose desde el norte al Anáhuac, «llegaron a Coatépec, en los confines de Tonalán, el lugar del sol».[48] Ahora bien, la *Historia de los mexicanos a través de sus pinturas*[49] precisa que «llegaron a una colina que está antes de Tula y que se llama Coatebeque», mientras que el padre Durán escribe: «hacia la región de Tula [...], una colina que se llama Coatépec».[43]

Esta Tula, llamada también Aztlán, «la Tierra de los Blancos»[47] no es más que la primera estación de los aztecas en México, como lo había sido anteriormente de Quetzalcóalt. El historiador de Cholula, G. de Rojas, se muestra muy claro al respecto: «Se cuenta que los fundadores de esta ciudad [Chollollam = Cholula] venían de un país llamado Tullam [Tula], tan alejado en el espacio y en el tiempo que ni siquiera era ya conocido; y que de camino fundaron Tullam, a doce leguas de México, y Tullantzinco, que está igualmente próximo a éste. Habiéndose establecido en esta ciudad [Chollollam], la llamaron igualmente Tullam. Esta versión es la más verosímil de todas, a causa de la costumbre, extendida entre todos los pueblos, de dar a las colonias el nombre de la madre patria. Es lo que hacen especialmente los españoles en las Indias».[50] Como hemos visto anteriormente, López

de Gomara había hecho ya la misma observación. El padre Agustín de Vetancur nos dice de la Tula primitiva que estaba situada a seiscientas leguas más allá de Nuevo México.[52] «Todo demuestra con evidencia —añade—, y es muy racional creerlo», que los toltecas «dieron el nombre de Tollán a la primera ciudad fundada por ellos, por haber venido del reino de Tollán, situado en las regiones septentrionales.» Y más allá del océano, añadiremos, puesto que los cronistas, entre ellos Sahagún, tan digno de crédito, asocian frecuentemente Tula con Tlapallán, cuyo muy claro sentido ya hemos visto anteriormente. Lo que no excluye, por lo demás, la existencia histórica de una estación intermedia en América del Norte, que pudo también llamarse Tula. Beauvois la sitúa sobre el San Lorenzo. Se apoya para ello en la coincidencia toponímica —Tierra de los Blancos— entre Aztlán y el Huitramannaland colonizado en Canadá, según las sagas irlandesas, por los *papas* gaélicos, sobre la cita de Vetancur que acabamos de reproducir y sobre el hecho de que los cronistas pintan a los toltecas o «habitantes de Tollán» —es decir, a los miembros de su minoría dirigente— como «altos, blancos y barbados»[52] y se extrañan de ver a algunos de sus descendientes, «de alta estatura y más blancos que ningún español»,[52] «tan blancos y tan barbados».[39] ¿No menciona el indio Ixtlilxochitl que, si los individuos de este tipo no eran más numerosos en la época de la conquista, se debía a que una ley, promulgada después de la destrucción del reino tolteca, «prescribía inmolar, a la edad de cinco años, a los niños que en el momento de su nacimiento fueran muy blancos y rubios, y que esta ley permaneció en vigor hasta la llegada de los españoles»? De todas maneras, la Tula-Tlapallán primitiva no estaba situada en América, sino en Europa. Los textos se muestran formales sobre este punto.

Mis conclusiones en lo que se refiere al origen de los civilizadores blancos de México se han visto confirmadas por una obra de una importancia excepcional y que se basa, no ya en la tradición de los nahuas, sino en la de los mayas. Escrita poco después de la conquista en dialecto quiché pero en caracteres latinos por un indio culto, convertido hacía poco al cristianismo, al menos en apariencia, pero preocupado por conservar el patrimonio histórico de sus antepasados, el *Manuscrito de Chichicastenango* reproduce, según su autor anónimo, «el *Popol Vuh*, así nombrado, donde se ve claramente la venida desde el otro lado del mar (...). El libro original, escrito hace mucho tiempo, existía, pero está oculto a la vista del investigador y del pensador».[54] El título de la obra en cuestión, que significa *Libro del pueblo*, demuestra la introducción en el quiché de términos latinos y germánicos, debidos a los *papas* irlandeses que penetraron, a comienzos del

siglo X, en la América media, y a los vikingos, que se establecieron en ella en el año 967. Quizá no solamente a los *papas* en el primer caso, como vamos a verlo. *Popol* viene, en efecto, manifiestamente del *populus* latino, y *vuh*, del alemán *Buch*, cuyo sentido y pronunciación conserva. No nos extrañemos de que el autor del *Manuscrito* en cuestión se refiera a un libro desaparecido. Los mayas, como los nahuas, poseían importantes bibliotecas, cuyos volúmenes, redactados en jeroglíficos «que sólo comprendían los sacerdotes de los ídolos y algún que otro indio principal»,[55] fueron destruidos sistemáticamente por los monjes españoles. No nos quedan más que algunos, que conocemos con el nombre de *códices*, escondidos por los indígenas y descubiertos más tarde. Otros relatos, no mucho más numerosos, fueron reproducidos por los cronistas o reconstruidos por indios hispanizados. El *Popol Vuh* es el más importante entre ellos.[54]

Las dos primeras partes de la obra no nos interesan aquí. Su contenido es puramente mitológico. La tercera y la cuarta, por el contrario, revisten para nosotros la mayor importancia, ya que contienen la historia del pueblo quiché. Encontramos en ellas, en primer lugar, un relato de la creación del hombre por los dioses progenitores y la multiplicación de los pueblos, «allá, en el este»: «Había entonces un gran número de hombres negros y hombres blancos, de hombres de numerosos tipos diversos, de hombres de numerosas lenguas diversas». Los antepasados de los quichés —entre ellos los tecpans, recordemos este nombre—, «vestidos con pieles de animales, eran pobres, pero su naturaleza era la de hombres prodigiosos». Emigraron y, «habiendo oído hablar de una ciudad, fueron a ella». Esta ciudad era Tullán. No permanecieron allí mucho tiempo. «Se morían de frío», a causa del «granizo, la lluvia negra y la niebla. Hacía un frío indescriptible». No por ello dejaron de seguir «la gran estrella que se llama Icoquih [Venus] y que es la primera en salir antes que el sol, cuando nace el sol, la brillante Icoquih que estaba siempre frente a ellos cuando se encontraban en Tullán-Zuivá». Fue entonces cuando franquearon el mar: «No está muy claro cómo pasaron el mar; pasaron de este lado como si no hubiese habido mar; pasaron sobre piedras, en fila sobre la arena». Sus comienzos en América fueron difíciles, y se lamentaban de haber abandonado su patria. Hubo guerras entre ellos y con las poblaciones locales, a las que acabaron por imponerse, no sin tomar esposa entre ellas.

Un día, los hijos de los que habían venido «del otro lado del mar, de donde nace el sol» —Qocaib, hijo de Balam-Quitzé, Qoacutec, hijo de Balam-Abay, y Qozhau, hijo de Mahucutah— decidieron volver al este. «Franquearon el mar y llegaron allá, al este, al cabo de al

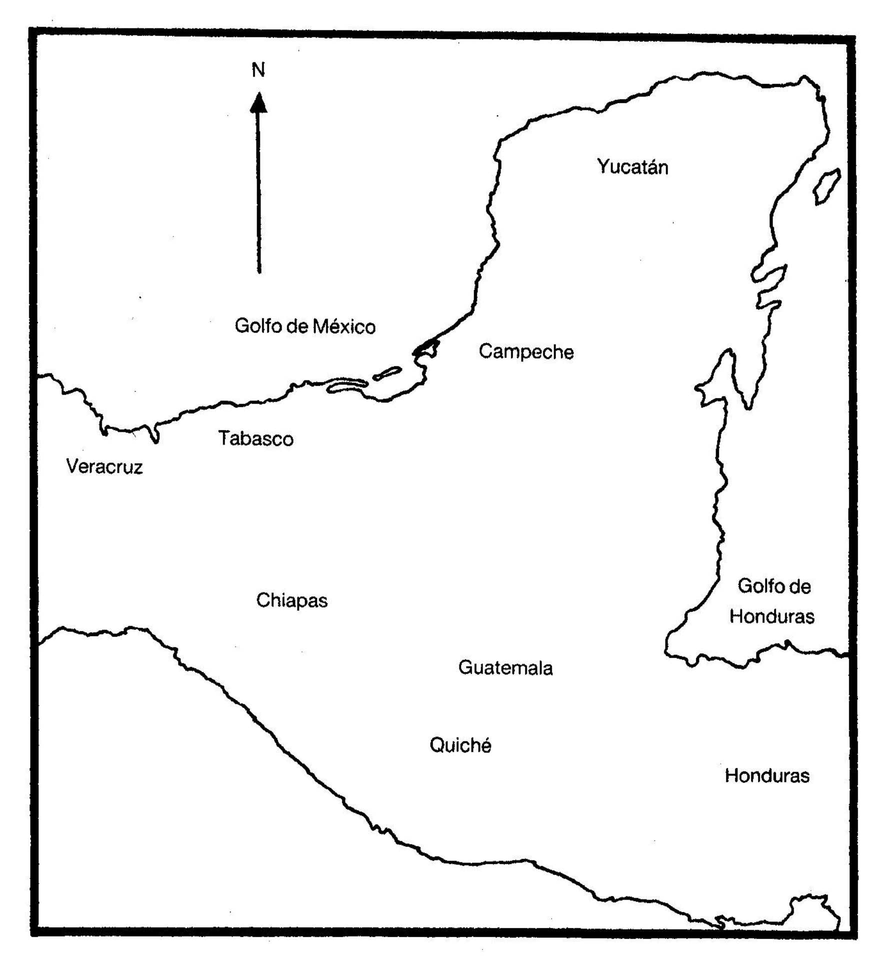


Figura 7. La península de Yucatán y Guatemala.

menos un año de viaje», precisa el *Título de los señores de Totonicapán*, texto quiché anónimo que data de 1554, «donde debieron de recibir la investidura del reino. Y tal era el nombre del Señor, Rey del Este adonde llegaron. Cuando llegaron ante el Señor Naxcit, éste les entregó las insignias del reino... y las pinturas de Tullán, las pinturas, como ellos llamaban aquello en lo que ponían sus historias». De regreso a Guatemala, organizaron la región e impusieron su autoridad a sus vecinos. A la llegada de los españoles, reinaba la decimosegunda generación de los reyes de Quiché.

¿Qué nos revela ese texto? En primer lugar, que entre la creación del hombre y la partida de los «antepasados» de los quichés no ocurre nada. Es lógico. Los indios de Guatemala viven en estado salvaje. La historia empieza para ellos con la partida de Tullán de sus civilizadores. Después, que la ciudad en cuestión estaba situada en el este —con relación a América—, más allá del océano. Es extraordinariamente curioso comprobar que los comentaristas del *Popol Vuh*, comprendidos hombres como Walter Krickeberg,[21] cuyos trabajos se consideran como una autoridad, se obstinan en identificar el este con «la región costera de los modernos Estados mexicanos de Tabasco, Campeche y el Yucatán», como dice Adrián Recinos, el último de los traductores de la obra.[54] Recinos se atreve incluso a escribir esta frase inverosímil: «El recuerdo de sus hermanos de México no se borró nunca de la memoria de las tribus guatemaltecas, cuyos miembros lloraban la ausencia de aquellos que habían dejado *en las tierras del norte, es decir, en el este* [el subrayado es mío], pues tal era el nombre que daban al país de donde habían venido y sobre el que ya no tenían, después de tantos años, lo mismo que sobre su toponimia, más que ideas extremadamente vagas e imprecisas». Los tres Estados mencionados se encuentran, en efecto, en el Norte de Guatemala (véase el mapa de la figura 7). Llamar «este» al norte supone el colmo de la imprecisión... Pero cuando se lee que ese este es con toda seguridad la tierra del Levante y que se viene de ella cruzando el mar, no queda más remedio que admitir que la interpretación que acabamos de reproducir es, no sólo abusiva, sino por completo arbitraria. Más aún si se tiene en cuenta que otros textos de la época de la conquista confirman ampliamente en ese punto el *Popol Vuh* y excluyen, por lo tanto, todo error por parte del autor o de sus traductores. Por ejemplo, el que cita Fuentes y Guzmán, que empieza así: «Yo, don Francisco Gómez, Primer Ahzib quiché, escribo en este papel la venida de nuestros padres y de nuestros abuelos [es decir, de nuestros antepasados] de allá, del otro lado del mar, de donde sale el sol».[57] O bien el *Libro de Chilam Balam de Mani*, el cual cuenta que los antepasados de los mayas, que habían partido de Nonualc, se dirigieron al oeste alejándose de Zuivá, región o ciudad situada en el Tulapán, esto es, en el país de Tula.

Señalemos también que la llegada de los civilizadores que, al imponerse a las poblaciones locales, señalaron el comienzo de la historia de los quichés, es extremadamente reciente. Los reyes Oxib-Queh y Beleheb-Tzi —los soberanos quichés reinaban de dos en dos—, a los que Pedro de Alvarado hizo colgar en 1524, constituían en efecto, como hemos dicho, la decimosegunda generación contando a partir de Balam-Quitzé, el jefe de los inmigrantes venidos del este. Una ge-

neración abarcaba entonces en México un período de dieciséis años, si nos basamos en la genealogía de los emperadores aztecas, cuyas fechas conocemos. La llegada tuvo lugar, pues, alrededor de 1332.

Llegada que el autor del *Popol Vuh*, y sin duda las tradiciones quichés en general, superponen un poco a la de Quetzalcóatl, del mismo modo que los aztecas confundían esta última con la de los monjes irlandeses que habían evangelizado México a comienzos del siglo X[20] y, a quienes los indígenas daban el nombre con el que eran conocidos los culdees en Europa, *papas*, del irlandés *paba*, que viene a su vez del latín *papa*, padre. Hemos visto, en efecto, que el hijo de Balam-Quitzé y sus compañeros habían regresado al viejo mundo para buscar allí «la investidura del reino» y que se habían presentado ante el Señor Nacxit. Ahora bien, ése era el nombre, abreviado y un tanto deformado, que los quichés daban a Topiltzin Acxitl Quetzalcóatl, al que los mayas del norte llamaban Kukulkán. Tal error no tiene nada de sorprendente. En la época en que el rey blanco de los toltecas estuvo en el Yucatán, los pueblos de Guatemala no tenían aún historia, y su conocimiento posterior de los acontecimientos que se habían producido entre los mayas civilizados sólo podía provenir de contactos muy tardíos con estos últimos. Para los quichés del siglo XVI, la tierra de sus antepasados era la patria de Quetzalcóatl —lo que no era demasiado inexacto—, cuyo soberano, convertido en dios, tenía que ser inmortal. ¿De quién obtuvieron Qocaib, Qoacutec y Qoahau la confirmación de su autoridad, si es que efectuaron verdaderamente su viaje? Lo ignoramos. Pero el nombre de Nacxit —Quetzalcóatl— demuestra que la llegada de los civilizadores de los quichés fue muy posterior a la de los vikingos.

2. Los «hombres del Temple»

Los datos que nos proporcionan los textos que acabamos de mencionar acerca de la llegada a México, a través del océano, de grupos de inmigrantes europeos se hallan confirmados, reforzados y, en lo que se refiere a un punto fundamental de mi investigación, completados por la crónica de Francisco de San Antón Muñon Chimalpáhin Cuauhtlehuanitzin.[45] Descendiente cristianizado e hispanizado por los príncipes de Chalco, región que rodea al lago del mismo nombre —en realidad, se trata de la parte sur del lago de Texcoco, en una de cuyas islas se alza México-Tenochtitlán—, escribió a principios del siglo XVII la historia de su pueblo. No la de los chalcas, tribu náhuatl llegada hacia 1250, sino la de un grupo muy particular: «Los nonohualcas teolixcas tlacochcalcas, a los que se llama ahora tlamanal-

cas chalchas, que tomaron aquí el nombre de chalcas que se les da ahora».

La cuna de este grupo era Tlapallán Nonohualco, o Tlapallán Chicomóztoc. Ya hemos visto cuál es el sentido de Tlapallán, que Chimalpáhin identifica con las Siete Cavernas míticas, siguiendo en esto el *Codex Telleriano-Remensis*[58] y el *Codex Vaticanus*,[41] los cuales mencionan a los nonohualcas entre las tribus que salieron de Chicomóztoc. Como hemos visto, para nuestro cronista no cabe la menor duda de que su lugar de origen estaba situado en ultramar: «Cuando los nonohualcas tlacochcalcas abandonaron el país de Tlapallán, atravesaron el gran mar, el océano». Más exactamente, *teohuatl Ylhuicoatoyatl*, «la gran mar divina». El traductor francés de este texto, Rémi Siméon, autor de un *Dictionnaire de la langue nahuatl* que sigue constituyendo aún hoy en día una autoridad, añade que navegaron «sobre conchas».[59] «El empleo de este término para designar un navío —comenta Beauvois— no debe parecernos demasiado extraño a nosotros, los franceses, ya que usamos en el mismo sentido la palabra *coque* de un navío, derivado del latín *concha*.»[44] Sin embargo, una reciente traducción española nos da una versión muy diferente: «trayendo consigo conchas de caracolas y conchas de tortuga», no sin añadir entre corchetes: «Como instrumentos de música».[45] No me siento calificado para escoger entre estas dos interpretaciones. Me limitaré a señalar, siguiendo a Krickeberg, que un códice referido a las migraciones de un grupo de toltecas muestra su travesía del océano sobre perros y tortugas, lo que parece apoyar la primera.[21] Por lo demás, se trata de un detalle sin importancia.

Si el sentido de Chicomóztoc y el de Tlapallán no permiten ninguna duda, no sucede lo mismo en cuanto a Nonohualco. Krickeberg traduce el término por «País de los Mudos», es decir, «País de los que hablan una lengua extranjera».[21] Brinton,[60] adoptando la grafía Onohualco empleada por Torquemada,[39] hace derivar el vocablo de *onoc*, «estar extendido», y lo relaciona con *onohuayan*, «lugar habitado», refiriéndose igualmente a *nonoyan*, «lugar de residencia». Tampoco en esto puedo opinar. Dejando de lado el aspecto filológico, que se me escapa, señalaré en favor de la primera de estas interpretaciones el hecho de que, en numerosos textos nahuas, el término nonohualcas se aplica a diversos grupos de población diseminados por todo México, comprendido el país maya y, en favor de la segunda, que el conjunto de nonohualcas teolixcas tlacochcalcas que menciona Chimalpáhin parece exigirla, como vamos a ver.

El término teolixcas, afirma Beauvois, «se descompone en *teotl*, dios, *ixtli*, cara, y *catl* en plural, *ca*, personas; el conjunto puede tra-

ducirse por *personas con la cara de dios*, o por *personas con cara divina*, o *a imagen de dios*. Pero lo mismo que el embajador, el mensajero, es la imagen de aquel a quien representa, *ixtli* significa también enviado, misionero, y *teotlixcatl* corresponde exactamente al griego ἄγγειος, mensajero sacerdote, y a ἀπόστολος, mensajero».[44] Por lo demás, Torquemada hace de *Teotlixco*, el país de los teotlixcas, «el lugar de donde sale el sol» —el Dios-Sol—, es decir, el este.[39] Tlacochcalcas no resulta más difícil de traducir. La palabra, siempre según Beauvois, «se compone de *tlacochtli* apocopado, rasgo, flecha, y de *calli*, casa, con el sufijo *ca* para designar a las personas vinculadas con ese lugar; el conjunto significa *Gentes de la casa de las armas*, en latín *milites*».[44] Más tarde, en el imperio azteca, el título de *tlacochcatl* será atribuido a uno de los dos jefes militares principales. Soustelle sugiere que se trataba del responsable de los arsenales.[61] Me parece más lógico que fuese el jefe de los cuarteles y, por consiguiente, de las tropas en reposo, ya que se designaba al otro dignatario con el nombre de *tlacateccatl*, «el que manda a los guerreros», es decir, el que manda las tropas durante las campañas.

De modo que, según el sentido que demos a nonohualcas, la triple expresión de Chimalpáhin significa o bien «extranjeros, enviados de Dios, militares», o bien «residentes, enviados de Dios, militares». He añadido las comas, que no figuran en el texto, porque se trata, no de una denominación unitaria, sino de una yuxtaposición de categorías. En efecto, por una parte, el náhuatl, lengua aglutinante, hubiera expresado en una sola palabra el concepto de «extranjeros religiosos y militares» o de «residentes religiosos y militares». Por otra parte, esa gente, considerada en su conjunto, lleva otro nombre, el de tecpantlacas, término del que Beauvois nos ofrece un análisis indiscutible.[44] La palabra se compone de *tecpan*, templo, palacio, que viene a su vez de *tecuhtli*, señor; de *pantli*, pabellón —en el sentido de edificio—, pared, y de *tlacatl*, persona, en plural *tlaca*. De ahí «gente de la casa del señor» o «gente del templo». «Es en esta última acepción —dice nuestro autor— en la que hay que tomar el nombre de los tecpantlacas, puesto que el *tecpan* en que servían era el del dios Tezcatlipoca.» La acepción se admitía ya en la época de la conquista. Por ejemplo, el cronista Muñoz Camargo llama *templarios* a los sacerdotes mexicanos.[62] «Ese templo, o al menos uno de los que estaban consagrados a ese dios —añade Beauvois—, llevaba el nombre característico de *Tlacochcalco* (En la casa de las flechas, o arsenal). A diferencia de *teopan* (de *teotl*, dios, y *pantli*), que significa exclusivamente *Casa del Señor celeste*, *tecpan* añade a este mismo sentido el de *Casa de Señor terrestre* (el gran maestre de los templarios).» Para el ilustre americanis-

ta, no cabe la menor duda: los tecpantlacas no eran otra cosa que miembros de la *Ordo Pauperum Commilitonum Christe Templique Salomonice* emigrados a América. Por eso ve en los términos yuxtapuestos que emplea Chimalpáhin la simple traducción del nombre de las tres categorías de hermanos: los caballeros (*milites*, o tlacochcalcas), los capellanes (*clerici*, o teotlixcas) y los sargentos (*servientes*), aquí reducidos a los residentes (*residentes*, o nonohualcas). Por lo demás, si reemplazásemos «residentes» por «extranjeros», obtendríamos un resultado no menos comprensible. Significaría que los *servientes* traídos de Europa eran demasiado poco numerosos para continuar clasificándolos en una categoría especial. De ser así, «extranjeros» se aplicaría a los caballeros y a los capellanes. Esta hipótesis parece confirmada por una frase de Chimalpáhin, quien nos dice que los nonohualcas «tenían una lengua que abandonaron. Sus ancianos ocultaron el año en que cambiaron de lengua», es decir, en que empezaron a hablar náhuatl. Cierto que el cronista hace remontar el hecho a la torre de Babel, no sin añadir inocentemente que la cronología de los chalcas no corresponde a la de los cristianos... El contenido válido de esta información es que los tecpantlacas hablaban al principio una lengua que les era propia, cosa que no tiene nada de sorprendente, ya que venían de Europa, y que la olvidaron con el tiempo.

La existencia de sargentos (*servientes*) en la orden mexicana, pero sólo de los pertenecientes al nivel más bajo de la organización templaria (*residentes*) parece deducirse, sin embargo, de la jerarquía que subsistía aún en el siglo XVI entre los tlamanalcas y los chalcas, es decir, entre las poblaciones que habían estado sometidas a la autoridad directa de los tecpantlacas. En efecto,[45] los tres ministros principales del reino se llamaban el primero *tetzauhquacuili*, el «Reverendo Monje»,[39] «tonsurado a la manera de Tezcatlipoca»,[39,40] el segundo *xochpoyo*, el «Predicador», y el tercero *caccole*, el «Mal Calzado». Esos títulos parecen corresponderse bien con las tres categorías de los hermanos del Temple. Quizá los emigrados incorporaron a la orden reclutas indígenas, a fin de reconstruir la estructura tradicional de la misma.

Los tecpantlacas, nos cuenta Chimalpáhin, llegaron a México a finales del siglo XIII. Las dos fechas que señala —1272 y 1294— pueden reflejar, por su discordancia, la impresión que para él, que escribía a comienzos del siglo XVII, rodeaba unos hechos históricos muy anteriores a la conquista, o tal vez correspondan a dos oleadas sucesivas de inmigración. Después de abandonar Tlapallán, es decir, Europa, como hemos visto, los templarios cruzaron «la gran mar divina» y alcanzaron «la tierra seca [la tierra firme] en un punto en el que desem-

bocaba un gran río. Lo siguieron desde la orilla hasta la primera curva del río. Entonces abandonaron el río y tomaron la dirección del este, marchando en línea recta sin volver la espalda al sol». Tras lo cual, salieron de nuevo al mar para ir a visitar la isla de Acihuatlmichintlaco. Pasaron después por muchos lugares que nos es imposible identificar y, al cabo de tres años de peregrinación, alcanzaron Tullan, que abandonaron veinte años más tarde para ir a establecerse, en 1299, a orillas del lago de Chalco. De ahí una tercera fecha de llegada a México, 1279, siempre dentro del mismo período.

Este itinerario no es tan vago como parece a primera vista, y Eugène Beauvois lo ha reconstruido de manera convincente.[44] ¿Cuál era el «río muy grande» alcanzado en América por barcos de vela procedentes de Europa? Los vientos y las corrientes trazaban dos rutas: una pasaba por las Canarias, todavía sin redescubrir en el siglo XIII, y conducía al golfo de México, en el que no desembocaba más que un curso de agua importante, el Mississippi, cuyas características no responden a la descripción del cronista; la segunda, directa, conducía al golfo de San Lorenzo. Remontando el río del mismo nombre hasta su primera curva y dirigiéndose por tierra hacia el este, se penetra en la península de Acadia (Nueva Brunswick y Nueva Escocia), donde se habían establecido los *papas* irlandeses en el siglo X,[20, 63] y se regresa después al océano (véase el mapa de la figura 8). La isla de Terranova, célebre por sus pesquerías, está situada al norte, lo cual se ajusta magníficamente al nombre de la isla visitada por los inmigrantes: Acihuatlminchintlaco. En efecto, *michin* significa en náhuatl pez; *tla*, abundancia, y *co*, lugar, «lugar en que abundan los peces». Queda por explicar *acihuatl*. Beauvois considera el término como la asociación de *atl*, agua, apocopado, y *cíhuatl*, mujer, señora.[44] Tendríamos así «Señora de las aguas», transposición de la *Stella maris* de las letanías católicas y de un documento procedente de un templario: «*Maria, Stella maris, perducat nos ad portum salutis*», María, Estrella del mar, condúcenos al puerto de la salvación.[2] Los marinos de los países católicos han sentido siempre una devoción particular por Nuestra Señora, nombre dado con frecuencia a las iglesias de los puertos pesqueros. Los templarios, por su parte, *servi Dei et beatae Mariae*, siervos de Dios y de la bienaventurada María, se habían puesto bajo la protección de la Virgen, *chié de la religión*,[2] es decir, jefe de la Orden, la cual había sido fundada *in honore beatae gloriosae virginis Mariae*, en honor de la bienaventurada y gloriosa Virgen María. Tal vez no sea más que una simple coincidencia el hecho de que las montañas de Gaspesia, al sur de la primera curva del San Lorenzo, se llamen todavía en nuestros días montes de Nuestra Señora. Sabemos sin embar-

go, por el relato de los hermanos Zeno,[20] que a finales del siglo XIV había en la región descendientes de los *papas*, o al menos de sus oblatos casados, civilizados a la europea y en posesión de libros latinos que ya no comprendían. No tiene, pues, nada de extraño que hubiese en Terranova, cien años antes, un monasterio o una capilla consagrados a Nuestra Señora. A menos que la isla de Acíhuatl —en la Edad Media se escribía con frecuencia «isla» por «península»— haya sido la misma Nova Scotia, la Escociland de los Zeno, la tierra de los *scots* o los irlandeses.[64]

De modo que, según Chimalpáhin, fue en 1299 cuando los tecpantlacas llegaron a la región de Chalco, donde se fijaron definitivamente unos años más tarde, después de haber recibido el refuerzo de un nuevo grupo, los payauhtecas, u hombres de Panohuayan, es decir, de Panutlán, el puerto que, como hemos dicho, los españoles llamaban Pánuco, el mismo en que habían desembarcado, ya en 967 Ullman-Quetzalcóatl y sus vikingos. Bajo el mando de un jefe religioso y militar que llevaba el título de *teohuatecuhtli* (señor que posee Dios, el gran maestre) y al que asistían, además de otros muchos dignatarios, los tres ministros que ya hemos mencionado, los tecpantlacas se impusieron a las poblaciones locales que les habían precedido en la comarca, entre ellas dos tribus toltecas de buen nivel cultural. Ellos, dice el cronista, «no eran chichimecas [bárbaros], sino hombres de corte». Había «un gran número de caballeros y de nobles de alto rango», de los que nadie podía exigir impuestos ni prestaciones personales, hombres «de linaje extremadamente antiguo».

Durante unos cien años, los recién llegados, aunque débiles,[45] conquistaron y ganaron, una tras otra, veinticinco señorías, que ocupaban buena parte de los Estados mexicanos actuales de Morelos, Puebla y Tlaxcala. «Aunque su extensión está lejos de ser comparable a la de la confederación mexicana —escribe Beauvois—, en la que fueron englobadas más tarde, formaban en aquel tiempo un conjunto bastante imponente, de cien a ciento cincuenta kilómetros de anchura. Si su sumisión (a la influencia religiosa, parece ser, más que al poder militar) no fue siempre voluntaria, acabó por serlo, puesto que tomaron la defensa de sus príncipes, despojados por los mexicanos.» Los templarios consiguieron incluso civilizar hasta cierto punto a los chichimecas, todavía salvajes, que habían fundado un vasto imperio sobre las ruinas del de los toltecas. Se les puede atribuir en gran parte «el renacimiento de la civilización precortesina, que suscitó la admiración de los españoles. Es probable que, sin ellos, la meseta de Anáhuac hubiera seguido siendo bárbara». Un grupo llegó incluso, siguiendo las huellas de Quetzalcóatl, a dirigirse al país maya, cuyos textos,

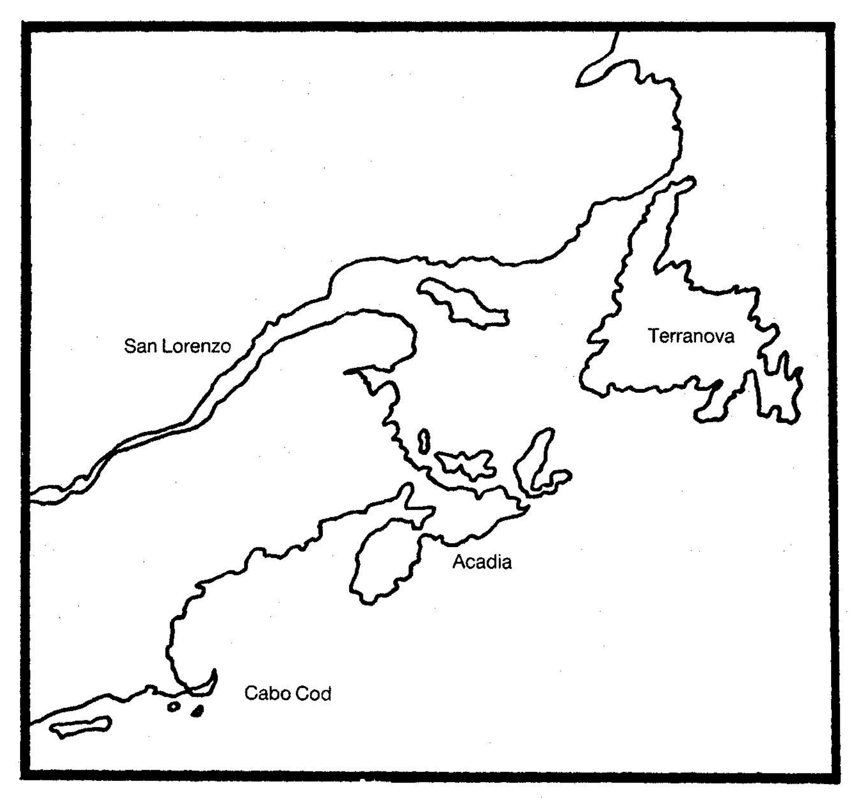


Figura 8. El golfo del San Lorenzo, el río San Lorenzo y la península de Acadia.

como hemos visto, señalan la llegada por mar de los «tecpan», partidos de Nonouac o Tulapán, la región de Tullán-Zuivá, situada allá en el norte, al otro lado del océano.

Evidentemente, a principios del siglo XV no quedaban ya ni tlacochcalcas (caballeros), ni teotlixcas (capellanes) auténticos. Hasta los más jóvenes de los últimos inmigrados habían muerto hacía mucho tiempo sin dejar descendencia, a excepción quizá de algunos bastardos. Los residentes casados venidos de Europa no se habrían traído a sus mujeres para un viaje que constituía una expedición militar y, por consiguiente, sus hijos no podían ser más que mestizos. El orden institucional, las funciones y los títulos perduraron, pero el espíritu ya no podía ser el mismo, puesto que la raza era distinta. Por lo demás, no se hablaba ya de los tecpantlacas, sino simplemente de los chalcas, del nombre de su capital. Su religión, que, como vamos a ver, era muy di-

ferente a la de los indígenas, se había modificado también con el tiempo, no sin conservar muchas particularidades extrañas al medio. El náhuatl había sustituido a su lengua olvidada, aunque adoptando algunas palabras de ésta. A partir de 1407,[45] fecha en que sus jefes tuvieron que expatriarse para escapar a las exigencias de los tenochcas, o aztecas, su debilitamiento fue manifiesto. Los cazadores nómadas venidos del norte empezaron a conquistar el Anáhuac... y a civilizarse en contacto con sus nuevos súbditos. Se apoderaron, uno tras otro, de los principados colocados bajo la soberanía feudal del *teohuatecuhtli*. En 1459 exigieron sin éxito que los herederos de los tecpantlacas aportasen piedras para la construcción de un templo en honor de su dios Uitzilopochtli.[42, 48, 65] La negativa desencadenó una guerra sangrienta, que terminó en 1465 con la derrota de los chalcas, cuyos príncipes fueron ejecutados y, durante cierto tiempo, reemplazados por gobernadores extranjeros.

Cuando aparecieron los españoles, hacía más de medio siglo que el país de los templarios se hallaba sojuzgado. De vez en cuando, la población se levantaba contra sus opresores, aliándose con los enemigos de México, en particular con los tlaxcaltecas. En 1519, los príncipes chalcas fueron a recibir a Cortés en Amaquemecán, dándole el nombre de *teotl* y contándole que sus antepasados «les habían dicho que iban a gobernar sus tierras hombres que vendrían con barbas de donde sale el sol y que, a causa de las cosas que habían visto, éramos nosotros». Así lo cuenta el cronista Bernal Díaz del Castillo, cuyo estilo y gramática respeto.[28] Y uno de los conquistadores, Francisco de Aguilar, añade que «los chalcas estuvieron, desde el origen, sometidos al rey [Carlos V] y fueron grandes amigos de los españoles».[66] De hecho, contribuyeron poderosamente, lo mismo que los tlaxcaltecas, a la toma de México. Por lo demás, la cuestión que les oponía a los tenochcas no era solamente política. La religión tenía buena parte en ello, como acaba de demostrarnos el episodio del templo de Uitzilopochtli.

3. Los dioses enemigos

Tengo que repetir aquí lo que escribí en una obra anterior: un serio peligro amenaza a quienes, sin tener una profunda formación teológica, se esfuerzan por estudiar las creencias religiosas de los pueblos amerindios.[20] En efecto, apenas conocemos éstas salvo a través de los relatos de los cronistas españoles o hispanizados, que se limitaron a describirnos las «idolatrías» de los nahuas, los mayas y los quechuas,

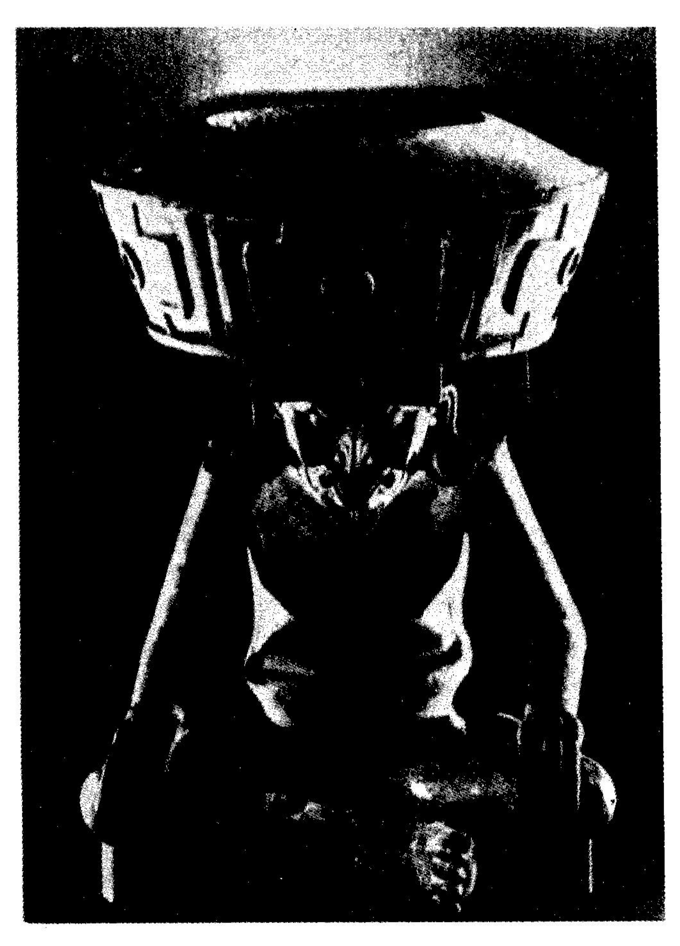
tal como los indígenas se las contaron, y que, con algunas excepciones, la del P. Bernardino de Sahagún en particular, lo hicieron con poco discernimiento y con benevolencia todavía menor. Por consiguiente, lo ignoramos todo acerca de la teología precolombina de los pueblos americanos, la cual se presenta a nuestros ojos disimulada tras innumerables mitos, a menudo contradictorios e incluso a veces incoherentes. Ahora bien, a nosotros, que estamos acostumbrados a las religiones reveladas, cuyos dogmas se deducen racionalmente de textos inmutables, no nos es fácil comprender el sentido de una mitología y —podríamos decir— de sus procedimientos. Los pueblos paganos recurrían a representaciones simbólicas que servían de marco a interpretaciones cuyo grado de profundidad variaba de acuerdo con la capacidad intelectual y mística de cada individuo. Más aún, esta simbolización no era uniforme. No sólo cada tribu, incluso cada aldea, expresaban a su manera una creencia común, lo que hace que el mismo cuento nos haya llegado en varias versiones que a veces se contradicen; los mismos personajes míticos carecen de consistencia. En un cierto momento, se desprende de un dios una nueva individualidad, que no es otra cosa que la expresión simbólica de una cualidad o de un poder de su «padre», mientras que, al contrario, dos dioses pueden terminar por «fundirse», sin perder por ello las apariencias distintivas bajo las cuales se les conocía. Este último fenómeno se observa particularmente en la mitología de la América media, debido a la superposición que se produjo en el Anáhuac y en el país maya con la llegada sucesiva de civilizadores blancos y de tribus de cazadores nómadas, que se mezclaron con pueblos de vieja cultura y, con mucha frecuencia, los dominaron. Todos traían sus dioses, y éstos fueron incorporados al panteón preexistente, que enriquecieron y modificaron sustancialmente, en el marco de lo que podríamos llamar un panteísmo sincretista. Lo que caracteriza a la mitología mexicana es la personificación antropomórfica de las fuerzas de la naturaleza, consideradas como emanaciones, hipóstasis o avatares de un Dios supremo, que crea el mundo y le pertenece a la vez. No se trata de una concepción original. Se observa también entre los pueblos indoeuropeos y, en particular, entre los germanos.

Los habitantes de la América media, nos dice Sahagún, consideraban a este dios supremo «invisible e impalpable, como la noche y como el aire»: «El Dios por el cual vivimos; el Todopoderoso que conoce nuestros pensamientos y el dispensador de todas las gracias; el Dios invisible, incorpóreo, de perfección y pureza perfectas, bajo cuyas alas encontramos el reposo y un refugio seguro».[40] No se rendía ningún culto a este Padre del Cielo, porque estaba más allá de los sa-

crificios, era inaccesible a las oraciones y no se lo podía representar físicamente. Se le honraba en la persona de los dioses creados, que no eran más que expresiones diversificadas de su poder absoluto. Sólo entre los mayas parece haber tenido un nombre, Hunahcu, y ni siquiera esto es muy seguro. Los nahuas lo designaban con ayuda de perífrasis: «El de la proximidad inmediata», «Aquél por el cual vivimos» y, más comúnmente, Tonacatecuhtli, «Señor de nuestra carne».

A los ojos de los creyentes, el Padre del Cielo estaba más especialmente personificado por un Dios principal (en náhuatl, *teot*, palabra semejante por su origen común, Dyeva, al *theos* griego), al que se consideraba como el jefe de los dioses creados y al que se rendían los mayores homenajes. Pero ese Dios no fue necesariamente el mismo en todas las épocas ni entre todos los pueblos de una misma fe. No sólo cada grupo, cada capa social y cada tribu o comunidad tenía su dios protector, sino que elegía a su gusto al Dios principal. Por ejemplo, los aztecas adoraban como tal a Ollin Tonatiuh, nacido de la unión de Tonacatecuhtli, el Padre del Cielo, y de Tonacacíhuatl (Señora de nuestra carne), la Madre Tierra. Es el dios solar por excelencia, lo que significa simplemente que el sol es su representación visible. He dicho en otra parte[20] que la palabra Tonatiuh, que carece de sentido en náhuatl, parece formada por los nombres de los dioses germánicos Thonar (Thor) y Tiu (Tyr), y que tenemos derecho a preguntarnos si Ollin —aunque este término significa en sí «movimiento»— no será una deformación, ligera por lo demás si se tiene en cuenta la imprecisión de las transcripciones españolas, del nombre de Odín (en norrés, Odhinn, con una *dh* que se pronunciaba como la *th* suave inglesa). Quizá Ollin Tonatiuh no fuera más que una personificación trinitaria de Huehueteotl, el «Viejo Dios», o dios del Fuego (véase la foto de la p. 79), que ocupaba todavía un lugar mal definido en el panteón azteca y cuyo nombre parece indicar que había sido anteriormente el Dios principal.

De acuerdo con otro mito, Ollin Tonatiuh —confundido a veces con Uitzilopochtli— tenía un hermano, nacido también de la pareja suprema: Quetzalcóatl.[40, 49] La Madre Tierra, llamada aquí Coatlicue, los había concebido de una manera muy especial, que no deja de recordar el misterio cristiano de la Encarnación: al primero, tras haber escondido bajo su vestido una pluma blanca encontrada en un templo; al segundo, tras haber tragado una piedra preciosa. Sin embargo, otros relatos hacen de Quetzalcóatl el hijo de Iztac Mixcóatl, héroe civilizador convertido en dios de la Vía Láctea y de la Tempestad, y de la Tierra Madre, llamada aquí Chimalpan o Chimalman.[38] Mixcóalt aparece también designado con el nombre de Camaxtli. Sus



Huehueteotl, el «Viejo Dios», o dios del Fuego (Museo Nacional de Antropología, México).

cabellos rubios, que los españoles encontraron, se conservaban en Tlaxcala como una reliquia, «lo que demuestra la verdad de lo que contaban los ancianos, que era un hombre blanco de pelo rubio», dice Muñoz Camargo.[62] Un códice tardío intenta unificar estos datos contradictorios:[49] de Tonacatecuhtli y de Tonacacíhuatl nacieron cuatro hijos: el Tezcatlipoca rojo —Xipé, dios de la Tierra—, el Tezcatlipoca negro, Quetzalcóatl y Uitzilopochtli. Ollin Tonatiuh desaparece así en favor de los dioses más recientes, que le desplazan. Dejemos a un

lado a Uitzilopochtli, dios solar de los aztecas, que éstos superpusieron después de su conquista del Anáhuac a Ollin Tonatiuh, y a Quetzalcóatl. Es este último el que nos interesa aquí y, más aún que él, Tezcatlipoca.

Dios principal de los toltecas, muy considerado, incluso después de que Uitzilopochtli haya tomado su lugar o se haya confundido con él, Quetzalcóatl tiene un doble origen histórico.[20] Bajo su aspecto guerrero, es el jarl vikingo Ullman, convertido en el quinto rey de los toltecas en el último tercio del siglo X; bajo su aspecto sacerdotal, es la personificación de los *papas* irlandeses que evangelizaron el Anáhuac y el país maya unas decenas de años antes. Por una parte, un conquistador y un organizador (véase la figura 9), al que los pueblos de México deben sus leyes, su calendario, las técnicas de la agricultura y de la metalurgia y, en parte, su alta cultura y sus creencias religiosas. Por otra parte, un reformador (véase la figura 10), que aporta a los hombres una nueva concepción de la vida y, al mismo tiempo de la moral, y que trata de reemplazar el culto sanguinario del heroísmo por una religión de la penitencia. Con él aparecen las nociones asociadas de pecado, remordimiento y perdón y, como corolario, de redención. Unificadas entre los nahuas, esas dos personalidades, no menos divinizadas, permanecen bien separadas entre los mayas. Las características de su Itzamna son semejantes a las del Quetzalcóatl ascético, mientras que Kukulkán conserva la configuración del Quetzalcóatl guerrero, el cual, en el Anáhuac, tiende a confundirse con Ollin Tonatiuh, dios de la Guerra, y toma en la iconografía las apariencias de Odín.[20]

Dios ascético o dios belicoso, Quetzalcóatl manifiesta, a través de los mitos más contradictorios, un carácter constante. Personifica siempre la luz ascendente. Le vemos adquirir en primer lugar, con el nombre de Señor de la Aurora, el papel de guía del Sol. Se le identifica con el Lucero Matutino, el planeta Venus, que precede al astro divino. Por ello porta sus símbolos (véase la figura 11). Con este título, reina sobre el mundo del este. Se relaciona así con Apolo, el dios de los hiperbóreos, llevado a Grecia por los aqueos durante la primera migración escandinava hacia el Mediterráneo. No es todavía más que un dios solar. Poco a poco, sin embargo, se inmiscuye en los poderes de Ollin Tonatiuh, dios-sol, hasta confundirse con él, y finalmente, reemplazarle como Dios principal. Los toltecas llegaron a atribuirle la creación del Cielo, el Sol y la Madre Tierra, es decir, a hacer de él su Dios único.[21, 67]

En el curso de su vida terrestre, el Quetzalcóatl guerrero tuvo graves dificultades con su «hermano» Tezcatlipoca, bajo las órdenes del cual había dejado la guarnición de Tollán durante su viaje al Yucatán.



Figura 9. El Quetzalcóatl guerrero. Dibujo de Abel Mendoza, según el *Codex Borgia,* en Laurette Séjourné.[67]



Figura 10. El Quetzalcóalt ascético. Dibujo de Abel Mendoza, según el *Codex Borgia,* en Laurette Séjourné.[67]

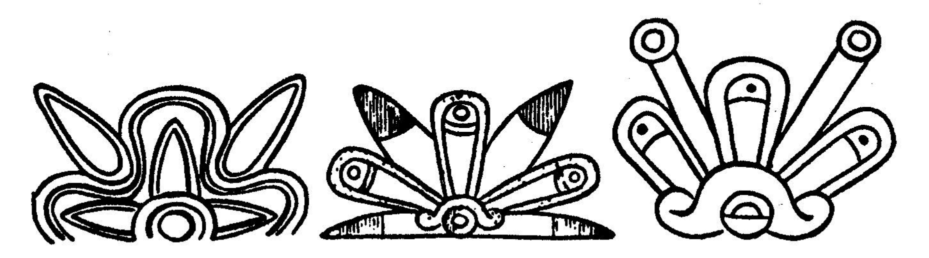


Figura 11. El símbolo de Venus que porta Quetzalcóalt. Dibujo de Abel Mendoza, según el *Codex de Viena* y el *Codex Féjerváry,* en Laurette Séjourné.[67]

Ciertos relatos nos muestran al lugarteniente rebelado contra su jefe cuando éste se indigna al comprobar que, durante su ausencia, los vikingos se han unido a las mujeres indígenas y han tenido hijos con ellas. Otros, más legendarios, hacen de Tezcatlipoca un mago que, por medio de un engaño, empujó al rey-sacerdote a embriagarse y a yacer con la bella Quetzalpétatl. Asqueado en el primer caso, humillado y arrepentido en el segundo, Quetzalcóatl abondonó su reino, se dirigió hacia la costa y se embarcó con sus fieles. Los toltecas convirtieron entonces a su desleal compañero en el dios del Sol putrefactivo, enemigo del hombre y de la tierra.

Tras la desaparición del reino de Tula, Tezcatlipoca toma cada vez mayor importancia. Hermano enemigo de Quetzalcóatl, es el dios del Lucero Vespertino, de Venus, que precede al sol en su declinar y, por extensión, el dios de la Oscuridad de la Noche, durante la cual, simbolizado por un jaguar, devora el astro divino. Un dios solar, por lo tanto, rebelado contra el Sol. Un dios poderoso, pero malvado. «Se le consideraba como un verdadero Dios invisible, que estaba en todas partes, en el cielo, en la tierra y en el infierno —escribe Sahagún—.[40] Desencadenaba las guerras, las enemistades y las discordias, de donde resultaban muchas fatigas y disgustos. Se decía que excitaba a unos contra otros a fin de que estallase la guerra. Por eso se le llamaba Necociautl, es decir, sembrador de discordias a ambos lados. Y se decía que sólo él se ocupaba del gobierno del mundo y que sólo él atribuía prosperidad y riquezas; y que sólo él privaba de ellas cuando le apetecía.» Dios eternamente joven, que «andaba mejor y llegaba el primero»,[40] era el guerrero por excelencia o, mejor aún, el enemigo (*yáotl*), como le llamaban los sacerdotes aztecas de Uitzilopochtli. «Aunque dios —escribe Laurette Séjourné—, sus contradicciones no pueden ser más humanas: estimula la licencia sexual, al mismo tiempo que figura como confesor; es el señor de los bienes de este mundo, que puede a la vez dar y quitar; es amigo de los poderosos, que le adulan o le insultan, y de los esclavos, de los cuales es el protector titular.»[67] Se le llama *Moyocoya*, el que actúa según su voluntad, que no hace más que lo que le apetece. Llegará un día en que, impulsados por él, los Monstruos del Crepúsculo surgirán del fondo del Occidente para destruir a los seres vivientes, mientras que el Monstruo de la Tierra partirá el globo entre sus colmillos.

¿Cómo explicar en esas condiciones que, bruscamente, en el siglo XIV, en una sola región del Anáhuac, la de Chalco, Tezcatlipoca pierda su carácter satánico, hasta el punto de que se le atribuya el epíteto de Napatecuhtli, «Cuatro veces Señor», «porque perdonaba, repartía beneficios, era misericordioso y atendía a las plegarias»,[39] hasta

el punto de acceder al rango de Dios único, e incluso, con el tiempo, hasta perder su nombre para no ser más que el Teotl? «Aunque algunos jefes y señores adorasen a los ídolos y les ofreciesen sacrificios —escribe el indio Juan Bautista de Pomar—,[68] dudaban sin embargo de su divinidad; pensaban que era un error creer que estatuas de madera y de piedra, hechas por la mano del hombre, fuesen dioses. Sobre todo Nezahualcoyotzin [rey de Texcoco, bisabuelo del cronista] estaba muy perplejo buscando la luz con relación al verdadero Dios [...]. Este príncipe volvió a lo que sus antepasados adoraban, como testimonian muchos cánticos antiguos de los que se conocen fragmentos,[62] porque en ellos se encuentran muchos nombres y epítetos en alabanza de Dios: se dice en ellos que había un solo Dios, creador del cielo y de la tierra, que mantenía todo lo que había hecho y creado; que moraba allí donde no tenía igual, en un lugar situado más allá de los nueve niveles [del cielo]; que jamás se había mostrado bajo una forma humana o corporal, ni bajo otra figura.» Fue a ese Dios supremo desconocido —el Dios que «sus antepasados adoraban» —al que Nezahualcoyotzin erigió un templo de nueve pisos, que fue llamado *Chililico*, o lugar donde está el *chilitli*, en latín medieval *schilla* o *chilla*, campana.[45] Esto ocurría en el siglo XV. Cien años antes, el Dios de Nezahualcoyotzin tenía todavía un nombre, Tezcatlipoca. Cien años más tarde, cuando Chalco llevaba ya mucho tiempo sometido al poder azteca, su imagen no se había borrado por completo. «Los indígenas —escribe Torquemada— le consideraban increado e invisible y el principal de todos sus dioses; decían de él que era el alma del mundo [...]. Adoraban a Tezcatlipoca o Titlacahua [Titlacahuan, «aquel del que todos somos esclavos»] y le reconocían como dios o como imagen de la divinidad de la que no sabían ni el principio ni el origen, no teniéndole por un ser mortal, sino por el creador inmortal de todas las cosas. No era con el mismo respeto con el que adoraban y miraban a otro dios llamado Huitzilopochtli, aunque le tuvieran por el dios de las batallas y su protector en las guerras.»[39]

Intentemos ver claro en la cuestión. El Quetzalcóatl del panteón mexicano tiene rasgos a la vez del Odín escandinavo, dios solar guerrero, y del Dios de los cristianos. Conocemos el origen de ese doble aspecto de una personalidad confusa: el aporte cultural de los vikingos y el de los *papas*. El Tezcatlipoca de los aztecas —a la vez Lóki y Satán— se alza frente a él. Pero el dios del Sol de la Noche, ese dios del mal, se convierte de pronto con los tecpantlacas en el Dios supremo desconocido. O si se prefiere, los tecpantlacas dan a su Dios el nombre de una divinidad preexistente en el Anáhuac, pese a que sus características parecen prestarse muy mal, a primera vista, a semejan-

te operación sincretista. A primera vista solamente. En la Edad Media europea, los cátaros habían procedido ya a una transmutación idéntica.

Se sabe que, para los gnósticos de los primeros siglos de la era cristiana, el Nuevo Testamento no se limita a rectificar el Antiguo. Marca, al contrario, una ruptura con la tradición hebraica. Jehová no es Dios, sino el Demonio, creador de la materia, intrínsecamente mala. Del verdadero Dios, desconocido, emana la creación perfecta, pero el Espíritu, a partir del quinto cielo, choca con el caos, que le frena y le aprisiona. «Al principio era el Verbo», dice el Evangelio según san Juan, en el que se inspiraron los gnósticos —o que se inspiró en ellos—, «y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios [...]. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas [...].» Nuestro mundo es la sede del conflicto entre las dos Potencias: entre la Luz, proyección espiritual del Dios desconocido, y las Tinieblas, creación material del Demiurgo, de Jehová. El hombre participa de ambas. Sólo el Conocimiento puede liberarlo de su prisión carnal. Dios se lo transmite a través de su iluminación, pero también por medio de sus Enviados, los más señalados de los cuales son Lucifer y Cristo. Tales son las tesis fundamentales que recogen los cátaros. Para ellos, la salvación no se encuentra más que en el repudio de la materia. Ascesis, contemplación, magia, todo es bueno para llegar a ser «perfecto». Incluso el amor humano, que excluye la unión carnal y, por consiguiente, la procreación, se reduce a un ejercicio de espiritualización: acostados desnudos en el mismo lecho, el hombre y la mujer dominan su deseo «material» y no se tocan...

En la simbología cátara, el Verbo está representado por el sol. Para los albigenses, lo mismo que para los paganos, el astro divino no es la expresión visible del orden del mundo físico y de los valores del mundo moral —la jerarquía, el heroísmo, la fuerza, la belleza, el amor procreador—, sino la del Dios desconocido, fuente de Luz espiritual. Lucifer, o Lucibel, como ellos lo llaman, no es el Demonio, como para los cristianos ortodoxos, sino el Portador de la Luz, el ángel solar vencido provisionalmente por Jehová. Un ser divino, lo mismo que el Cristo no encarnado, pese a haber tomado la apariencia de un hombre. Ahora bien, Lucifer no es un nombre bíblico, aunque se le haya aplicado a Satán. Es el que los latinos daban al planeta Venus, al del Lucero Matutino, el del hijo de Júpiter y Aurora, al que los poetas representan como el conductor de los astros, el mensajero que anuncia la luz del sol. Pero Lucero Matutino o Estrella de la Mañana es también uno de los nombres dados a Cristo en el Nuevo Testamento (2 Pedro, 1, 19).

Los cátaros rehabilitan, pues, al Lucifer satánico de la Iglesia oficial y ven en él un *alter ego* del Redentor desmaterializado. Hay buenas razones para creer que los templarios les siguen —o les preceden— por este camino. Así lo indica, en particular, su concepción de Cristo no crucificado. ¿Resulta ir demasiado lejos el sugerir que Bafomet podría muy bien no ser otro que el Portador de la Luz para ellos, que, relegando Navidad y Pascua a un rango secundario, hacen de Pentecostés —la venida del Espíritu Santo— su fiesta principal? Así lo afirmó, en el siglo pasado, Le Conteulf de Cantelen: «El gran excitador de la energía mágica, el fuego viviente y astral, es la serpiente del antiguo libro del Génesis. Los profanos la llaman el Diablo, pero, para los hermetistas, es el dios Pan, el dios de nuestra escuela filosófica contemporánea, el dios de los teúrgos de la escuela de Alejandría y de los místicos neoplatónicos de nuestros días, el dios de las escuelas gnósticas primitivas, el Ahrimán de los persas, el Tifón de los egipcios, la Pitón de los griegos, la serpiente de los antiguos hebreos. Es el Bafomet de los templarios (...).»[69] Sea cual sea la verdad, los tecpantlacas operaron con Tezcatlipoca una transmutación más completa todavía que aquella que los cátaros hicieron sufrir a Lucifer. El Lucero Vespertino se convierte en Lucero Matutino; el Sol de la Noche, en Sol de Luz. Tezcatlipoca, al principio parangonado con el Quetzalcóatl ascético, no tarda en desplazarle de su rango de dios principal para identificarse, finalmente, con el Dios desconocido. Los templarios hacen así público en México el culto secreto que, en sus encomiendas de Europa, consagraban al Verbo luminoso, cuya doble personificación se presentaba para los cátaros, a los que les unían tantas creencias, y quizá también para ellos, bajo los aspectos del Portador de la Luz y de Cristo. En esas condiciones es lógico que, sin repudiar al segundo, hayan concedido la preeminencia al primero, el arcángel guerrero injustamente calumniado y condenado por Roma, lo mismo que ellos. Todo induce, pues, a creer que Tezcatlipoca no era otro que Lucifer. Veremos en el capítulo siguiente que un hecho tangible refuerza esta interpretación.

4. Los blancos de antaño

Se puede presumir que no se debió al azar el que los tecpantlacas fueran a establecerse en Chalco. Diversas tribus les habían precedido en la región, las primeras en abandonar Aztlán,[42, 49] la «Tierra de los Blancos», la estación mítica americana de los pueblos migradores civilizados de México, y de los aztecas que pretendían estar vinculados

con ellos. Eran los xochimilcas, que adoraban a Quilaztli, el ciervo de las dos cabezas —un caballo y su jinete, dice Beauvois—,[44] dado a conocer por Iztac Mixcóatl, el civilizador blanco y rubio al que ya nos hemos referido; los cuitlahuacas, cuyo dios de la Pesca, Amimitl (de *atl*, agua, y *mitl* redoblado, flecha), estaba simbolizado por el arpón que Mixcóatl les había legado, no sin recomendarles que adorasen al ciervo de las dos cabezas; los mizquicas, con su dios Quetzalcóatl, y los chalcas, con Tezcatlipoca. Los xochimilcas[70] y los mizquicas[49] descendían de los toltecas, cuya capacidad y conocimientos en el campo de las artes, de la arquitectura, de la carpintería y de la mecánica habían heredado.[70] Los primeros gozaban de una sólida reputación de taumaturgos, hasta el punto de que, más tarde, se aplicó su nombre a los españoles. Los cuitlahuacas y los chalcas por lo menos, estaban emparentados con los toltecas, aunque no fuera más que por haberse mezclado con dos pequeñas tribus, los tlayllotlas[45] y los chimalpanecas,[52] que venían de la Mixteca, país situado en el litoral del océano Pacífico y cuyos miembros, renombrados por su capacidad de redactores y de iluminadores de libros de historia, eran, por lo demás, versados y hábiles en astrología. Todos esos pueblos tenían una particularidad en común: conservaban tradiciones relativas a los europeos que, en el siglo X, habían aportado a México conocimientos que contribuyeron al progreso cultural de los toltecas y los mayas, y creencias que, aunque ya difuminadas, no habían influido menos en la mentalidad de los indios.

De las cuatro tribus principales a las que se impusieron los tecpantlacas, antes de confundirse con ellas con el nombre de chalcas, tres se vinculan, pues, con la doble tradición de los vikingos, es decir, en el plano religioso, con el paganismo indoeuropeo, panteísta en cuanto a su concepción del mundo y solar por su simbolismo cultural, y de los *papas* gaélicos, cristianos ortodoxos a pesar de su particularismo un tanto judaizante. Los chalcas primitivos, por el contrario, adoraban al dios siniestro del Sol de la Noche, comparable, como hemos dicho, al Lóki de los escandinavos y al Satán de los cristianos. Los templarios no tenían nada de paganos y, por fin libres de expresar abiertamente sus creencias, no podían volver al culto de Jehová. La influencia sobre los mizquicas, los xochimilcas y los cuitlahuacas de los civilizadores europeos anteriores favorecía, claro está, su penetración. Y si, como escribe Beauvois, «les fue aplicada la profecía de Quetzalcóatl, la creencia en la futura dominación por parte de los hombres del este no fue sin duda extraña al ascendente que adquirieron tan rápidamente en su nueva patria».[44] Paradójicamente, encontraron también entre los chalcas la base teológica indispensable para el sincretismo, sin

el cual no hubieran logrado imponer sus convicciones religiosas. A causa precisamente de su semejanza con el Lucifer de los cristianos, Tezcatlipoca se prestaba a una transmutación semejante a la realizada por los cátaros, una transmutación de la que sus adoradores no tenían motivos para quejarse, puesto que su divinidad tribal se convertía así en dios supremo, expresión única del Dios desconocido.

Los relatos de los cronistas no dejan subsistir ninguna duda a propósito de las estrechas relaciones que estos cuatro pueblos sostuvieron con los diversos grupos de europeos establecidos en México antes de la conquista. Cuando Moctezuma recibió de la costa atlántica los mensajes que le informaban del desembarco de Juan de Grijalba y que iban acompañados, según la costumbre, por telas pintadas sobre las que aparecían representados los barcos de los españoles y sus caballeros, se dirigió a los diversos habitantes de la región de Chalco con objeto de obtener las informaciones que le eran necesarias para determinar la actitud que debía adoptar frente a los invasores. Los xochimilcas le enviaron a uno de sus ancianos, Quilastli, portador de manuscritos iluminados que provenían de sus antepasados. Según el padre Durán,[42] Quilastli dijo al emperador «que sabía que llegarían a este país hombres que vendrían a caballo en una colina de madera que sería tan grande que en ella cabrían hombres en gran número y que les serviría de casa, y que en ella comerían y dormirían, y que sobre su lomo cocerían el alimento que comerían, y que andarían y jugarían sobre ella como en tierra firme y feraz y que esos hombres serían barbados y blancos, vestidos con diversos colores y que llevarían sobre la cabeza tocados redondos, y que al mismo tiempo que ellos vendrían otros hombres, montados en animales parecidos a ciervos y otros sobre águilas que volarían como el viento.* Y sacando una pintura muy antigua, le mostró el navío y los hombres vestidos de la manera que había dicho y él [Moctezuma] vio allí otros hombres montados en caballos y otros sobre águilas que volaban, y todos vestidos de diversos colores, con su tocado en la cabeza y su espada en la cintura».

Los mizquicas y los cuitlahuacas mencionaron las tradiciones referentes a Quetzalcóatl y al retorno de sus hijos, no sin precisar que éstos llevarían un ropaje distinto al de los indios, que no comprenderían su lengua. Las imágenes antiguas que exhibieron en apoyo de sus palabras mostraban también a blancos, aunque muy distintos a los españoles representados en las telas pintadas enviadas al emperador des-

* En barcos a los que su velamen hacía parecer águilas, según la interpretación de Beauvois.[44]

de Pánuco.[42] Sin duda, los cuitlahuacas dieron pruebas de la mayor prudencia al explicar sus manuscritos, ya que no hacía tanto tiempo —fue en 1517— que Moctezuma había condenado a muerte a un descendiente de Iztac Mixcóatl, Tzompantecuhtli, señor de Cuitlahuacticico, porque había tratado a Uitzilopochtli de falso dios y anunciado que el reino del verdadero Dios, creador de todas las cosas, se aproximaba.[42] Según se decía, conocía seiscientas dieciséis profecías...

En cuanto a los chalcas, no tenían manuscritos relativos a los hombres del Este. Sólo contaban con algunos de esos bestiarios de la Edad Media europea de los que hemos hablado en el capítulo I y en los que figuraban los seres fantásticos nacidos de la imaginación de los antiguos e introducidos en el mundo cristiano por san Agustín.[42, 65] «Los de Malinalco —dice el padre Durán— sacaron una pintura y se la mostraron [a Moctezuma], en la que había pintados hombres con un ojo en la frente, como los cíclopes, y les dijeron que sus antepasados les habían dicho que éstos debían venir a este país e iban a poseerlo, y otros que no tenían más que un pie. Los de Marquisat le dijeron y le mostraron una pintura en la que había pintados hombres medio peces, por debajo de la cintura, y le dijeron que éstos debían venir a este país. Otros le mostraron hombres pintados, medio hombres medio culebras.»[42] Los libros de ese tipo —ése es el sentido que el padre Durán da a la palabra «pinturas»— no pudieron llegar a América con Ullman-Quetzalcóatl, puesto que en aquella época los vikingos eran todavía paganos. No se puede excluir que los hubiesen traído los *papas*, ya que existe un *Liber monstrorum* que data del siglo IX. Sin embargo, parece poco probable. En efecto, los bestiarios no aparecen públicamente hasta el siglo XII, como el que Philippe de Thaon dedicó a Aelis de Lovaina, reina de Inglaterra desde 1121 a 1135, y no se extendieron verdaderamente hasta el siglo XIII. Por otra parte, estaba claro que los chalcas no habían sufrido ninguna influencia cristiana antes del siglo XII. Todo induce, pues, a creer que los libros en cuestión les venían de los templarios. Lo mismo ocurría con las tradiciones, no escritas que nosotros sepamos, sobre el retorno de los blancos, que Nezahuapilzintli, rey de Texcoco e hijo de Nezahualcoyotzin, cuya fe en un dios único y desconocido ya hemos mencionado, explicó a su aliado Moctezuma: que, en su tiempo, su reino había estado sometido a los tecpantlacas. Del mismo modo, los tlaxcaltecas, antiguos protegidos de los templarios, recordaban todavía en la época de la conquista una predicción de sus antepasados, según la cual hombres blancos y barbados, montados en altas casas flotantes, tocados con yelmos y armados con espadas y arcos superiores a los de los indios, vendrían del este para dominar su país. [28, 39, 62, 71] «Así —escribe

Beauvois—, a pesar del cuidado que los reyes de México habían puesto en destruir los recuerdos del pasado, sus súbditos y aliados, los reyes de Tezcuco [Texcoco], conservaban todavía bastantes para que las reminiscencias del cristianismo no estuviesen totalmente olvidadas y para que subsistiesen, en forma de supersticiones, un gran número de creencias y de prácticas cuya semejanza con las doctrinas cristianas se advirtió a la llegada de los españoles, en el siglo XVI.»[44] Recordar que los conquistadores fueron los beneficiarios de las profecías de Quetzalcóatl, con las cuales se habían confundido en el curso de los siglos, hasta formar un todo con ellas, los recuerdos relativos a la predicación anterior de los *papas* y al establecimiento posterior de los templarios, supone expresar un simple tópico.

Entre los libros precolombinos de origen europeo a que se refieren las crónicas,[40, 71, 72, 73] hay uno que merece mención aparte. «Un viejo indio —escribe el padre Durán—, me dijo que el *Papa*, al pasar por Ocuituco, cerca de Chalco, les había dejado un gran libro, algunas de cuyas letras tenían cuatro dedos de alto. Empujado por el deseo de tener ese libro, me dirigí a Ocuituco y pedí a los indios, con toda la humildad del mundo, que me lo enseñasen. Me juraron que lo habían quemado uno seis años antes, porque no conseguían leer su escritura, que no era tampoco como la nuestra, y que temían que les causase algún daño. Lo cual me dio pena, porque quizá hubiera resuelto nuestra duda de que pudo haber sido el santo evangelio en lengua hebraica, razón por la que reprendí mucho a quienes lo habían hecho quemar.»[42] Según el contexto, el *Papa* en cuestión no era otro que Quetzalcóatl, el Quetzalcóatl ascético de origen irlandés, confundido en las tradiciones indígenas con el Quetzalcóatl vikingo. Olvidemos la duda del padre Durán. Ni los gaëls ni, naturalmente, los escandinavos poseían el menor texto en hebreo. ¿Se trataba de un manuscrito irlandés? Se puede descartar de inmediato la hipótesis de que estuviese redactado en ogam, escritura de los celtas insulares que no pasó al uso corriente hasta el siglo VI y «sólo excepcional y tardíamente fue empleado el procedimiento, a título de curiosidad, para la escritura sobre pergamino».[74] ¿Un libro latino, entonces, de origen irlandés o templario? Los caracteres empleados por los copistas medievales no se diferenciaban mucho de los que se utilizaban a principios del siglo XVI. Queda la posibilidad de que fuera un texto rúnico, traído por Ullman-Quetzalcóatl o, cosa que sería más probable, redactado posteriormente en América por algún descendiente de los vikingos, puesto que los futhark no se empleaban apenas en Europa más que sobre piedra o sobre madera. De todos modos, el testimonio es formal: no era obra ni de los indios —ideogramas y «pinturas»—, ni de los españoles.

5. La tierra de asilo de los templarios

Estamos ahora en condiciones de responder a la tercera de las pregunas planteadas en el capítulo I, que es el objetivo de esta obra. Ya hemos visto, en el curso de los análisis anteriores, que la plata empleada por los templarios para financiar la construcción de las catedrales góticas venía de América del Sur y que el puerto de La Rochelle, en el Atlántico, servía para la importación del metal. Falta saber adónde se dirigieron los barcos, presuntamente cargados con los archivos de la Orden, cuando escaparon de Francia en 1307, sin que nadie volviese a oír hablar de ellos. La respuesta a esta cuestión es ahora evidente: México. Las tradiciones normandas recogidas por Jean de la Varende, según las cuales los templarios iban a buscar el metal precioso a la América media, no son falsas más que a medias.[18]

Los hechos que acabamos de exponer, siguiendo para ello muy de cerca —salvo en lo que respecta al apartado 3— la compilación y el análisis de las diversas crónicas efectuado por Beauvois, demuestran claramente que, tras las huellas de los *papas* irlandeses y los vikingos germanodaneses, dos grupos de hombres blancos llegaron a México, uno en los últimos años del siglo XIII, el otro en los primeros del XIV. Su país de origen, que las tradiciones indias llaman Tlapallán y Tullán o Tula, está situado al este de la «gran mar divina», el océano Atlántico, es decir, en Europa, cuyas tierras septentrionales eran conocidas efectivamente en la antigüedad y la Edad Media con el nombre de Thule. Sin embargo, los topónimos en cuestión son anteriores a la migración que nos ocupa. Se remontan, en efecto, a la época de Ullman-Quetzalcóatl. Los últimos en llegar procedían, por consiguiente, de Europa, como los vikingos, pero no necesariamente de la misma región que ellos.

Dirigidos por un gran maestre —el «Señor que posee Dios»—, asistido por tres ministros principales, el «Reverendo Monje», el «Predicador» y el «Mal Calzado», que parecen corresponder a las tres categorías en que se dividían los miembros de la comunidad —caballeros, capellanes y residentes, aunque subsiste una duda en cuanto a este último término—, dichos miembros eran conocidos con un nombre que los englobaba a todos, el de templarios. Constituían una orden militar y religiosa. Por una parte, habían conquistado por las armas un territorio de extensión apreciable, cuyas poblaciones, gobernadas de acuerdo con las normas feudales europeas, estaban sometidas a su autoridad; por otra parte, les habían impuesto una religión nueva, cuyo Dios desconocido estaba representado por un ser solar, un Enviado encargado de introducir la luz del Espíritu en el mundo material. Su preo-

cupación por el sincretismo les había hecho designar como tal a un dios maléfico de la mitología india, Tezcatlipoca, debidamente rehabilitado. Los cátaros y, sin duda, los templarios de Europa no habían actuado de otra forma al restituir a Lucifer, que los cristianos ortodoxos habían confundido con Satán, el título y el papel de Portador de la Luz, ese Lucifer que en la mitología romana era, lo mismo que Tezcatlipoca, el dios del planeta Venus, la «estrella» que precede al sol en su carrera. Veremos en el capítulo siguiente que la identificación no se detiene ahí y que afecta igualmente a las ceremonias del culto.

Podemos afirmar desde este mismo momento que los templarios de México y los templarios de Europa eran una sola y misma cosa. «Aun en el caso de que se pusiera en duda la validez de una parte de las pruebas y de los argumentos que hemos expuesto —escribe Beauvois—, quedarían bastantes para que resulte imposible invalidar nuestras conclusiones, explicando de otra forma los vestigios arqueológicos, las creencias, las prácticas religiosas, los testimonios históricos y las reminiscencias.»[44] No tengo nada que añadir a esto.

Falta saber por qué los templarios vinieron a instalarse en México. Que la existencia de la América media les fuese conocida no tiene nada de sorprendente, ya que sabemos que hacía unos ciento cincuenta años que frecuentaban las costas de América del Sur, adonde sus barcos iban a cargar lingotes de plata, y que permanecían en estrecho contacto con los vikingos, cuyos antepasados habían venido a México alrededor del año 1000. Tampoco puede excluirse que hayan hecho una incursión hacia 1194, en viaje de exploración, pero sin insistir en ello, puesto que la región no estaba en condiciones de proporcionarles el metal que constituía entonces el motivo de sus expediciones más allá del océano. La situación cambió por completo cuando la alianza entre el papa y el rey de Francia puso en peligro la existencia misma de la Orden, la cual, a diferencia de los hospitalarios, no había logrado nunca obtener un territorio plenamente autónomo, donde se hubiera visto al abrigo de las presiones y las amenazas del doble poder espiritual y temporal. Las cosas podían empeorar de un momento a otro, y los templarios pensaron en asegurarse una base de repliegue. Pese a comerciar con ellos, los vikingos no les habían ofrecido jamás una acogida demasiado calurosa. Antes de 1290, la eventualidad de un asentamiento en América del Sur no era muy tentadora. Más tarde, hubo incluso que renunciar a ella. El imperio de Tiahuanaco había sido destruido, presa del pillaje y la anarquía. Quedaba México.

Todo inclina a creer, incluidas las fechas que nos da Chimalpáhin, imprecisas por el hecho de ser múltiples, que fue en los últimos años del siglo XIII cuando la Orden envió a la América media por la ruta

del norte, una vanguardia que fue recibida con los brazos abiertos por los indios, los cuales no habían olvidado a Quetzalcóatl ni su profecía del retorno de unos hombres blancos y barbados, a los que sería vano resistir. Después de una estancia en Tullán, la antigua capital de los toltecas —aunque quizá haya que ver en esta etapa la consecuencia de la asimilación, por las tradiciones indígenas, de los recién llegados con los europeos del siglo X—, los templarios se instalaron en Chalco, donde recibieron —en 1304, según Chimalpáhin; en realidad, en 1307, fecha de la disolución de la Orden— a un nuevo contingente de hermanos, que acababan de arribar a Panutlán, la Pánuco actual. Hubo hombres que embarcaron en Francia y que no se sabe adónde fueron; hubo hombres que desembarcaron en México por la misma época y que no se sabe de dónde venían. La conclusión se impone por sí misma. Si los archivos del Temple fueron cargados efectivamente en La Rochelle, como todo parece indicar, en los navíos de la flota atlántica de la Orden, fue en Chalco donde encontraron refugio. De ser así, ¿qué ocurrió con ellos? ¿Fueron destruidos por los aztecas o descubiertos por los españoles y devueltos por ellos a la Santa Sede? Lo ignoramos.

Sin duda los hermanos, al partir en dirección a América, pensaban que se trataba tan sólo de ponerse al pairo hasta que se calmase la tempestad. Si tal era su cálculo, resultó erróneo. La Orden desapareció para siempre. Aislados al otro lado del océano, los templarios pudieron actuar a su gusto, dando rienda suelta a su sed de conquistas y proclamando las creencias que hasta entonces se habían visto obligados a ocultar siempre cuidadosamente. Pero ningún nuevo recluta vino a colmar los vacíos que la muerte dejaba entre ellos. Los caballeros y los capellanes eran solteros. Los residentes casados venidos de Europa —aunque no fuesen más que los marineros de los barcos— no se habían traído, evidentemente, a sus mujeres. Unos y otros desaparecieron sin dejar más descendencia que algunos mestizos. El Temple se «indianizó», pues, rápidamente, y cincuenta años después de la última llegada no debía de contar ya con ningún blanco. La decadencia era inevitable y, a fin de cuentas, previsible. En la época de la conquista, no quedaban de él más que algunas creencias deformadas y algunos ritos. Y el recuerdo de una aventura más o menos confundida con aquélla, muy anterior, de los auténticos Hijos del Sol.

IV

Símbolos templarios en América

1. La cruz

Cuando los conquistadores posaron el pie sobre la tierra firme del continente americano, fueron de sorpresa en sorpresa. Esperaban encontrar allí, como en las Antillas, salvajes respecto a los que se podía dudar —y así lo hicieron papas y concilios— que fuesen hombres y no monos parlantes. Y de pronto veían alzarse ante ellos ciudades mejor ordenadas que las de Europa, cuyos palacios y templos rivalizaban, con frecuencia en ventaja de los indios, con los de Sevilla o de Zaragoza. Ciudades que habitaba una población disciplinada, cuya aristocracia, de costumbres refinadas, vivía entre obras de arte incomparables y albergaba en sus bibliotecas manuscritos iluminados, en los que verdaderos eruditos encontraban los hechos de una historia multisecular, los mitos de una religión compleja pero profunda, los datos de una astronomía al menos tan avanzada como la que se enseñaba en Salamanca. Después, Cortés oyó a Moctezuma, el emperador de la barba rubia,[28] hablarle de sus antepasados, los hombres blancos que habían civilizado antaño México y cuyos escasos descendientes podían descubrir los españoles por su color revelador.[38] Unos años más tarde, en Perú, los hombres de Pizarro se encontraron, dejando aparte los manuscritos, frente a un espectáculo igualmente desconcertante, más aún quizá, puesto que la aristocracia —los incas propiamente dichos— era integralmente blanca y rubia, aunque sin duda en pequeña parte mestiza.[75] Pero cuando esos aventureros, cristianos a su manera hasta el fanatismo, se negaron a creer en sus propios ojos fue al comprobar, tanto en el norte como en el sur, que aquellos adoradores de «ídolos monstruosos» veneraban en sus templos, alzaban en sus cementerios y grababan en los muros de sus edificios el símbolo por excelencia de la redención, la cruz.

«La profusión con que se repite [ese] símbolo en nuestra América es tal que no hubo sin duda un pueblo que no la emplease como signo sagrado o, por lo menos, figurativo», escribe Adán Quiroga.[76] Los



Figura 12. Cruz griega en el gorro de Quetzalcóatl. Dibujo de Abel Mendoza, según el *Codex Borgia*, en Laurette Séjourné.[67]

cronistas de la primera época señalan su presencia en México, en un templo de Tenochtitlán y en el de Popayán.[40] Cortés, en el curso de su expedición a Tabasco, encontró una cruz de piedra de unos tres pies de alto. Los conquistadores vieron otra en Guatulco, que atribuyeron a algún apóstol que hubiera evangelizado la región, y que se hallaba grabada en una roca al lado de la imagen del «santo».[77] Su naturaleza era tan manifiesta que Juan de Cervantes, obispo de Oaxaca, la hizo transportar a la catedral. A decir verdad, las había por todas partes, y la iconografría mexicana nos proporciona muchos ejemplos. Quetzalcóatl lucía una cruz griega sobre su gorro (véase la figura 12) o sobre su manto (véase la figura 13); Tezcatlipoca, una cruz de san Andrés sobre sus ornamentos; Huehueteotl, el «Viejo Dios» o dios del Fuego, una cruz de Tiahuanaco, curiosamente de estilo peruano, sobre su enorme tocado (véase la foto de la p. 79). Se ve una cruz latina sobre la «capa» de un sacerdote representado en el códice Magliabecchi. Las tumbas del Anáhuac estaban trazadas en forma de cruz, mientras que las de la isla de Cozumel, en el país maya, cuyos habitantes, por

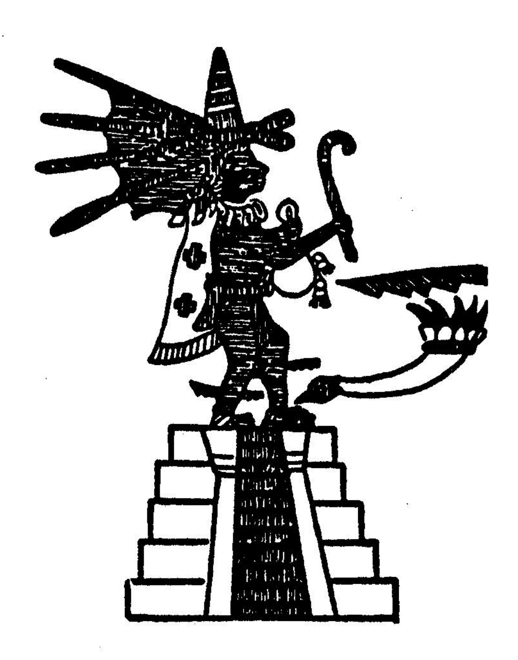


Figura 13. Cruz griega sobre la capa de Quetzalcóatl. En Paul Herrmann, *Sieben vorbei und acht verweht*, Hamburgo, 1969.

lo demás, llevaban una cruz en procesión en tiempo de sequía, estaban coronadas por el mismo signo. Todo el mundo conoce la cruz de Palenque (véase la foto de la p. 97), en el Yucatán. Pero ¿es verdaderamente una cruz? El ave que la remata permite dudarlo, puesto que se trata del símbolo del Sol, con el que iban a unirse los guerreros caídos en combate y las mujeres muertas de parto, ese símbolo que reaparece en los Árboles de Vida de México (véase la foto de la p. 97) y que recuerda, hasta confundirlos, al Irminsul germánico y al fresno Yggdrasil de los escandinavos, sobre el cual se representa el Valhalla, morada eterna de los Campeones. No obstante, en Palenque el Árbol, si es que hay algún Árbol, toma indiscutiblemente el aspecto (¿por sincretismo simbólico?) de una cruz latina.

En Perú y en todas las regiones del imperio de Tiahuanaco abundan las cruces griegas, bajo formas ligeramente variadas, sobre las paredes de los edificios (véase la foto de la p. 96), en vasija (véase la figura 14), en litoglifos (véase la figura 15). Pero aparece también la cruz latina (véase la foto de la p. 98) como elemento arquitectónico y sobre piezas de cerámica (véase la figura 16). El señor Fritz Ferger, corresponsal mío, ha encontrado incluso dos en el propio Tiahuana-

Cruces griegas en Tiahuanaco (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).

co, una en el monolito Ponce, desenterrado hace sólo unos años, la otra en una placa de piedra, en el lugar llamado Kantatayita. Eran también cruces las que servían de mojones en las Calzadas Reales.[76] Los emperadores incas lucían el mismo signo en sus literas, incluso en sus vestidos, aunque en su forma griega. Durante la fiesta de Kápac Raymi, en la que celebraban, en diciembre, el solsticio de verano, los incas se revestían con la *huahuaclla*, de color negro y amarillo, con una cruz roja en el centro.

Los soberanos de Cuzco guardaban en la capilla de su palacio una cruz de jaspe blanca y encarnada. Después de la conquista, los espa-

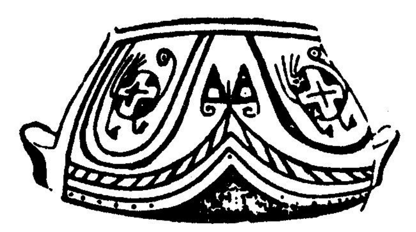


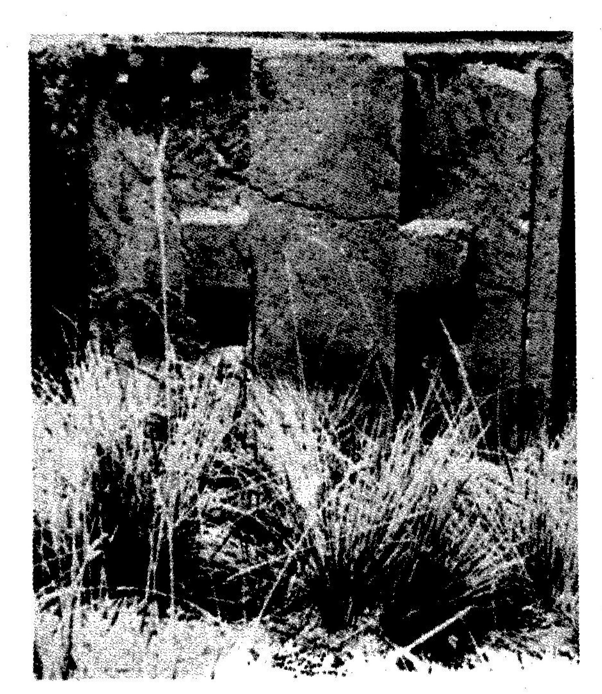
Figura 14. Cruz griega en una urna de Santa María, Argentina. En Adán Quiroga.[76]



La cruz de Palenque, Yucatán (dibujo de Rudolf Cronau, en América, Barcelona, 1892).

Árbol de Vida azteca (Museo Nacional de Antropología, México).





Cruz latina en Tiahuanaco (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).



Figura 15. Cruz griega en una urna de Santa María, Argentina. En Adán Quiroga.[76]



Figura 16. Cruz griega en la litera del emperador inca, según Phelipe Guanan Poma de Ayala.[80]

ñoles la colocaron en la sacristía de la catedral, colgada de un clavo mediante un cordón que pasaba por el agujero practicado en el extremo de uno de sus brazos. «La cruz era cuadrada —cuenta Garcilaso, que la vio todavía en 1560, antes de marchar a España—, tan larga como ancha; medía alrededor de tres cuartos de vara [60 cm], más bien menos que más, y tres dedos de anchura y otros tantos de espesor; estaba hecha de una sola pieza, muy bien trabajada, con ángulos perfectos.»[78] En Carabuco, a orillas del lago Titicaca, se venera todavía una gran cruz latina, hecha con la madera de un roble que sólo crece al este de la Cordillera. Según la tradición, fue traída hacia 1250 por el sacerdote católico que los indios de Paraguay llamaban Pay Zumé (Pa'i, según la ortografía guaraní unificada) y los vikingos de Tiahuanaco, Thul Gnupa, el padre Gnupa, en norrés. Volveremos a hablar de él en el capítulo siguiente. Con este personaje se relaciona

la cruz que ha dado su nombre a la actual provincia boliviana de Santa Cruz de la Sierra. Está grabada sobre una roca, al lado de dos huellas de pies, esas «flechas» con que los vikingos señalizaban sus caminos.[24] Yo he encontrado en el Paraguay dos cruces latinas, una (véase la foto de la p. 101) en un fragmento de friso que coronaba el abrigo bajo roca del cerro Tuja Og,[26] cerca de la fundición de metales preciosos del Aquidabán-Nigui; la otra (véase la foto de la p. 103) en una piedra descubierta en las excavaciones del templo vikingo de Tacuati,[26] visiblemente cristianizado a consecuencia de la predicación de Pa'i Zumé.

Se podría llenar un inmenso volumen con menciones de este género, para lo cual bastaría aprovechar los trabajos de Quiroga[76] y de Jiménez de la Espada.[79] Digamos simplemente que en toda la América media y en toda la América del Sur se encuentran por todas partes, y a millares, cruces precolombinas. Los religiosos que acompañaban a los conquistadores —no todos, sin embargo— se apresuraron a ver en ellas la prueba de una evangelización anterior. Lo hicieron de buena fe, ya que más bien les ofendía encontrar el símbolo de su religión en medio de ídolos execrados. Sus sucesores avanzaron un paso más al identificar a Pa'i Zumé con Santo Tomás (que los españoles llaman santo Tomé), apóstol de las Indias orientales, según la tradición católica. Desde el siglo pasado, muchos americanistas han reaccionado contra esta interpretación abusiva. Pero lo han hecho muy a menudo sin discernimiento.

La cruz es, en realidad, una figura geométrica muy sencilla, ya que está formada por dos rectas que se cortan en ángulo recto. Constituye, al igual que el círculo, uno de los elementos básicos de la geometría, ciencia sobre la que todo pueblo de constructores ha de tener forzosamente algunas nociones. Se relaciona también con la astronomía, y el hecho de que la constelación más fácilmente reconocible y la más útil del hemisferio austral lleve el nombre de Cruz del Sur no carece de motivos. Por último, de ella depende la rosa de los vientos, aunque esté —sobre todo si lo está— reducida a su expresión más simple, es decir, toda representación de los cuatro puntos cardinales. Inscrita en un círculo, divide el espacio en cuatro partes iguales y se transforma en una rueda, que tiende a girar sobre su eje. Se convierte así en un símbolo solar, del mismo modo que la esvástica o cruz gamada, que no es más que su perfeccionamiento.

Por lo tanto, no tiene nada de sorprendente el que la cruz haya sido conocida, desde la prehistoria, por todos los pueblos capaces de acceder al concepto y, en consecuencia, al símbolo, abstracto por definición. Pero precisamente porque expresa más de lo que él mismo



Cruz latina sobre el friso del abrigo bajo roca del Tuja Og, Amambay, Paraguay (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).

es, todo símbolo suscita la veneración, tanto entre aquellos que saben interpretarlo como entre aquellos a los que sobrepasa y para los cuales representa lo incomprensible y, por consiguiente, lo divino. De ahí su sentido religioso. Ahora bien, la cruz, al contrario que la esvástica, es un símbolo extremadamente fácil de trazar e imaginar. Por eso aparece por todas partes, sin que haya necesidad de buscar la menor explicación difusionista para el fenómeno.

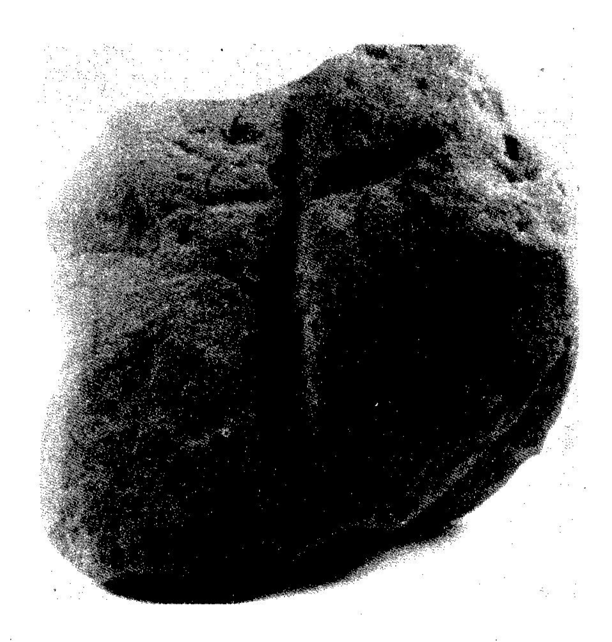
Quiero decir con esto que la cruz no está ni mucho menos vinculada al cristianismo, que, por lo demás, no la adoptó hasta bastante tarde como símbolo de la redención. Hay incluso buenas razones para pensar que la Iglesia, al hacerla suya, se limitó a recoger, conforme a su táctica de los primeros siglos, un antiguo símbolo pagano, voluntariamente confundido con el instrumento de suplicio del Calvario, el cual, no obstante, tenía forma de tau. Así se explica que la figura del símbolo cristiano por excelencia no pudiera ser nunca unificada. Las Iglesias de Oriente conservaron, no sin embellecerla de diversas maneras, la cruz griega de cuatro brazos iguales. La Iglesia de Occidente no consiguió hasta muy recientemente imponer la cruz latina, más judeocristiana que la otra, al estar más alejada del símbolo pagano original. Y no se debe al azar el que las sectas protestantes la adoptaran por unanimidad.

Las diversas cruces precolombinas, —algunas de las cuales, debidamente representativas, hemos evocado con anterioridad— no son por fuerza la consecuencia de una predicación del cristianismo. Se tiene la seguridad de que algunas de ellas no lo son, por ejemplo aquellas de las que nos habla el cronista Zamorra[20] y que Sua-Kon, al que se llamaba también Hukk-Kon (en norrés, el «rey de las naves», de *kukkert*, nave, y *kon*, rey), enviado por el civilizador blanco de Perú Kon-Ticsi-Huirakocha, con los indios del Norte, les enseñó a pintar sobre sus mantas, «a fin de vivir santificado en Dios». Pero no puede excluirse que otras lo sean, sobre todo las que adoptan la forma latina. Dos de los ejemplos que he dado de estas últimas resultan discutibles. Una (véase la foto de la p. 98) podría no ser más que un simple motivo de decoración arquitectónica; la otra (véase la foto de la p. 101), el resultado de un mal trazado. La cruz de Palenque es sin duda latina, pero ya hemos visto que se confunde con un Árbol de la Vida, lo que bastaría para explicar la desproporción de sus brazos. Las de Tacuati (véase la foto de la p. 103) y Tiahuanaco, sin hablar de la de Carabuco, sobre la que volveremos en el capítulo siguiente, son, por el contrario, perfectas. Hemos de repetirlo, sin embargo: la cruz geométrica es de un empleo demasiado universal para que su presencia permita ninguna conclusión definitiva. Pero hay otras que excluyen toda posibilidad de duda.

2. Las cruces patés

Prescindiremos de la cruz inscrita en un círculo, a la que se denomina generalmente «cruz celta», aunque era ya conocida milenios antes de que los celtas hiciesen su aparición en la historia. Por una parte, como hemos dicho, constituye una figura muy sencilla, cuya invención pudo ser espontánea. Por otra parte, la hallé en la posta vikinga de Yvytyruzú (véase la foto de la p. 105), en Paraguay, en medio de inscripciones rúnicas que pudieron ser traducidas y cuyo origen escandinavo es innegable. No insistiré tampoco sobre la esvástica, símbolo por excelencia de los pueblos indoeuropeos. Se trata de un signo demasiado elaborado para que se le pueda atribuir razonablemente un carácter autóctono, pero todo induce a creer que su introducción en América se debe a los vikingos. Me limitaré, pues, a las cruces patés.

Tan pronto como el cristianismo adoptó la cruz griega como símbolo, las diversas Iglesias, las sectas y, más tarde, las órdenes religiosas pensaron en darle, para su propio uso, un aspecto diferencial. No



Cruz latina en los cimientos del templo vikingo de Tacuati, Paraguay (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).

obstante, dada su simplicidad, el signo se prestaba poco a las variaciones. Salvo en dos puntos: la forma de sus brazos, que se podían ensanchar a partir del centro hasta formar, por fin, la apariencia de un triángulo, y la de su terminación, que permitía muchas fantasías. Así aparecieron las cruces patés. No hubo, pues, nada de espontáneo en su creación, sino, al contrario, un esfuerzo intencionado de diversificación. Cierto que el azar puede explicar que el mismo signo complejo haya sido compuesto en dos lugares diferentes, sin contacto entre ellos. Pero la casualidad tiene sus límites. Y además, en América, donde encontramos numerosas cruces patés, el paralelismo entre México y Perú es demasiado marcado para dejar de ver en él el resultado de una misma influencia.

No nos detendremos en las cruces macizas, de brazos triangulares. Son demasiado geométricas para que sea posible sacar de ellas una conclusión definitiva. Consideremos, en cambio, la que Quetzalcóatl, en este caso enmascarado (véase la figura 17), luce sobre su escudo. No cabe la menor duda: se trata de una cruz de Malta, o cruz de san Juan. La vemos reaparecer en Tiahuanaco, sin el círculo, y sobre un vaso de la isla de Marajó, en el delta del Amazonas (véase la figura 18). Cuatro de las que vemos en el pectoral de bronce de la figura 19 (véase p. 106) tienen los brazos con el extremo ligeramente redondeado.

Figura 17. Cruz de Malta sobre el escudo de Quetzalcóatl, según el *Codex Magliabecchi.*

La quinta está formada enteramente por trazos rectos. Una de ellas presenta, por su posición, la apariencia de una cruz de san Andrés. Las diferencias que se advierten entre unas y otras, y entre todas las que pertenecen al mismo tipo, son insignificantes. La forma es esencialmente la misma en todos los casos.

Es evidente que la presencia en América de la cruz denominada de Malta no puede deberse a los vikingos que desembarcaron en el si-

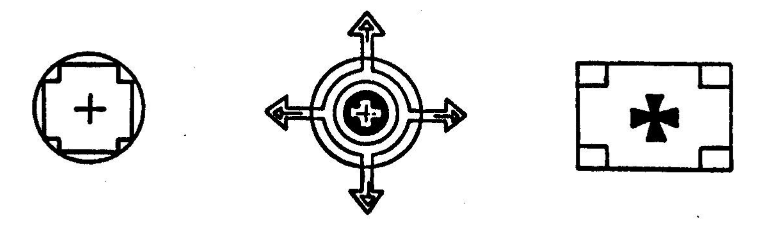


Figura 18. Dos cruces de Tiahuanaco y una cruz de Malta en dos piezas de cerámica de la isla de Marajó. Según Bernardo da Silva Ramos, *Inscrições e traduções na América prehistórica*, Río de Janeiro, 1930.



Cruz celta en el puesto vikingo de Yvytyruzu, Paraguay (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires).

glo X en el golfo de México, puesto que en aquella época Escandinavia era todavía pagana.[20] No puede tampoco atribuirse a los *papas* irlandeses, que habían predicado anteriormente el cristianismo a los nahuas y los mayas.[20] No se han hallado sus huellas más que en México, mientras que la cruz en cuestión aparece también en Perú. Quedan los templarios. Ahora bien, la cruz de san Juan es exactamente la misma que figura en el sello del gran maestre secreto de la Orden (véase la figura 20), encontrado, al mismo tiempo que el que reproduje en el primer capítulo (véase la figura 3), en los Archivos Nacionales de París, es decir, la cruz templaria auténtica, a partir de la cual se diferenciaron, con el tiempo, la cruz de ocho puntas, que nos es más familiar (véase la figura 21), semejante, aunque más maciza, a la de los hospitalarios, y más tarde la cruz de brazos desiguales, cada vez más próxima a una T, que los caballeros llevaban en el hábito, y los navíos del Temple en las velas (véase la figura 22).

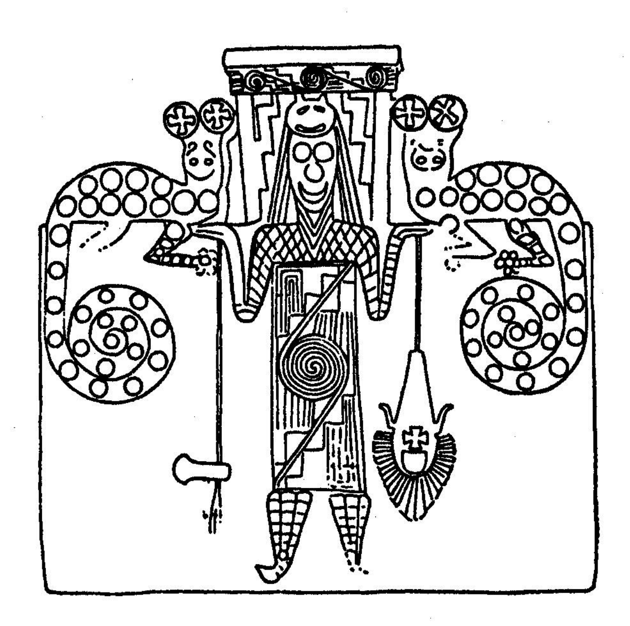


Figura 19. Cruz de Malta sobre un bronce de Tiahuanaco. Según Pierre Honoré, *La leyenda de los dioses blancos*, Barcelona, 1965.

Otras cruces patés no menos europeas, pero en este caso lineales, se añaden a los símbolos anteriores y los confirman. Por ejemplo, la que aparece en la estela 1 de Monte Albán, México (véase la figura 23),



Figura 20. Cruz de Malta o cruz juanista sobre el sello del gran maestre secreto de la Orden del Temple. Según la revista *Atlantis*.

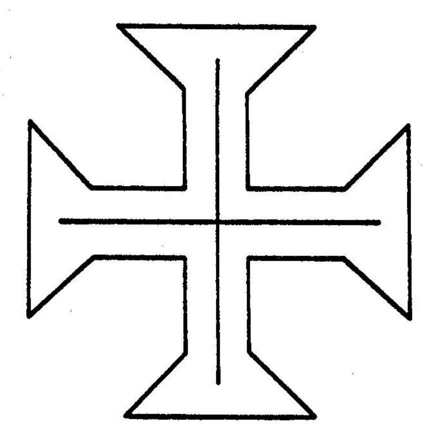


Figura 21. Cruz templaria de ocho puntas.

y que volvemos a encontrar, aunque en una posición diferente (véase la figura 24), entre los signos de origen diverso (runas, letras latinas, cifras llamadas árabes, etc— que, según el cronista inca Phelipe Guaman Poma de Ayala,[80] adornaban la túnica y el cinturón del emperador de Cuzco, y cuyo conjunto sigue siendo incomprensible para nosotros. Otra (véase la figura 25), tres de cuyos brazos se ramifican en el extremo en dos ramas divergentes, figura en un litoglifo del Cerro Negro, cerca de Tinogasta, en la provincia argentina de Catamarca, que formaba parte del imperio de Tiahuanaco y del de Cuzco. Fritz Berger, ingeniero alemán, consejero del ejército paraguayo entre

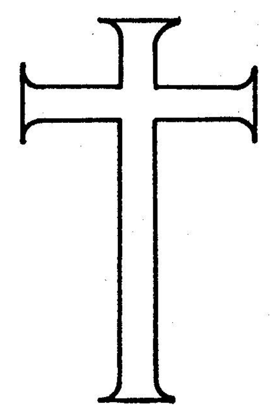


Figura 22. Cruz templaria en forma de T.

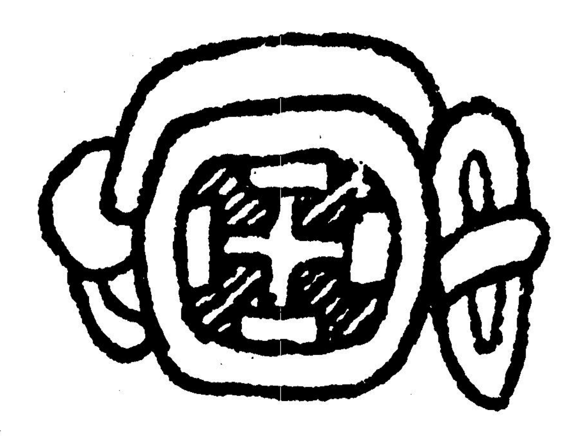


Figura 23. Cruz de Malta sobre la estela 1 de Monte Albán.

1940 y 1946, del que he hablado extensamente en una obra anterior[26] y al que se deben muchos descubrimientos de gran importancia en el Amambay, reproduce esta misma cruz pero completa, en una carta dirigida a una amiga de Munich (véase la figura 26), aunque desgra-



Figura 24. Túnica del emperador inca, con signos alfabetiformes. Según Phelipe Guanan Poma de Ayala.[80]

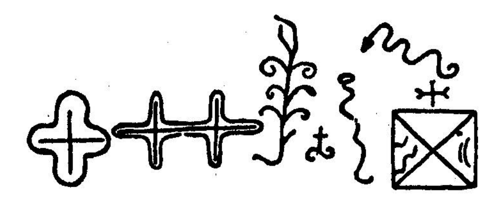


Figura 25. Cruz cátara en una inscripción del Cerro Negro, Tinogasta, Argentina. Según Adán Quiroga.[76]

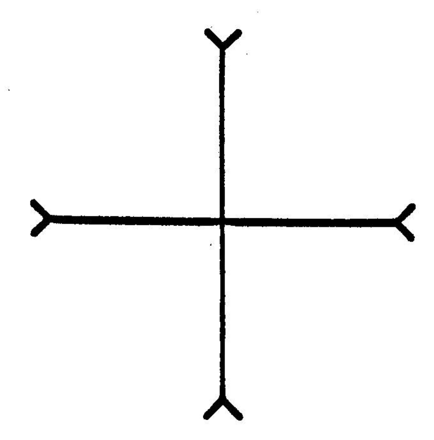


Figura 26. Cruz cátara en el Amambay, Paraguay. Según Fritz Berger.

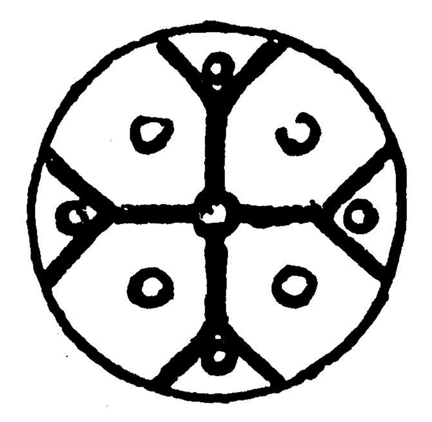


Figura 27. Cruz cátara de Montségur.

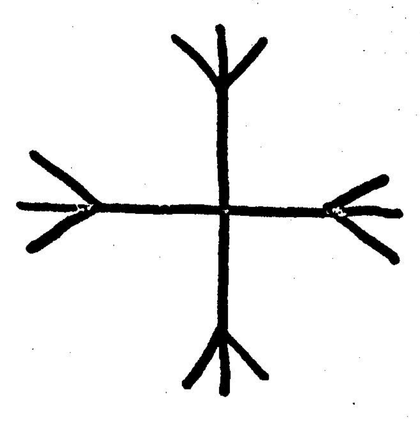


Figura 28. Cruz cátara del cerro Tuja Og, Amambay, Paraguay.

ciadamente sin precisar su emplazamiento. Ahora bien, ese signo no nos es desconocido. Figura en un medallón desenterrado en Montségur durante las excavaciones de 1965 (véase la figura 27). No hay necesidad de recordar que Montségur es la fortaleza que, en manos de los cátaros, resistió durante un año, en el siglo XIII, al sitio del senescal de Arcis y sus cruzados. Yo mismo localicé, en la cima del cerro Tuja Og, en Paraguay, en la región en que había trabajado Berger, otra cruz un poco diferente (véase la figura 28), cuyos brazos se dividen en tres ramas, idéntica a la que adorna otro medallón cátaro (véase la figura 29). Ahora bien, ya expuse brevemente en el capítulo I las razones que inducen a creer en una coincidencia ideológica y, por consiguiente, en ciertas relaciones entre albigenses y templarios, razones que refuerza poderosamente la presencia en América del Sur de símbolos cátaros, que no pueden haber sido aportados más que por los barcos de la Orden.

3. Símbolos herméticos

Es también, en cierta medida, una variedad de cruz la que yo descubrí asimismo en la región paraguaya de Amambay, a unas decenas de kilómetros de la fortaleza vikinga de Cerro Corá, al pie de la cual se encontraba la fundición de metales preciosos de la que ya hemos hablado. Situado a tres kilómetros al noreste del Yvyty Perö, ese cerro que las tradiciones indígenas presentan como la antigua morada del rey blanco Ipir y bajo el cual se advierte una enorme cavidad que

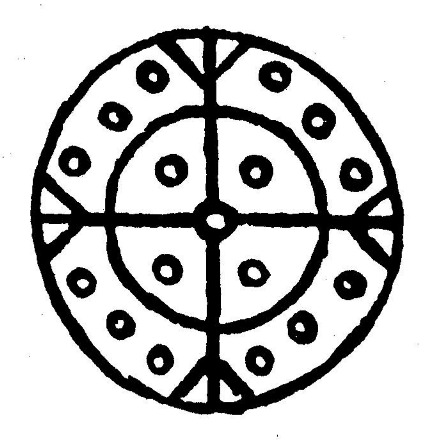


Figura 29. Cruz cátara de Montségur.

no he podido abrir todavía por falta de medios, se alza el Cerro Kysé, en el que, en la superficie del banco de piedra tallada que constituye su cima, se observa un conjunto de signos sorprendentes.[26] Uno de ellos, que se repite dos veces, recuerda a primera vista un algiz (*R*) del antiguo futhark rúnico o a un hagalaz (*h*) del nuevo. Por lo demás, así fue como lo definí en mi obra anterior.[26] Demasiado rápidamente.

El signo en cuestión está constituido por un asta que pasa por el centro de una cruz de san Andrés (véase la figura 30). Lo que, con independencia del contexto, me hace dudar en la actualidad de que se trate en efecto de una letra rúnica es el hecho de que el asta esté «plantada» en una especie de pedestal. En efecto, la figura toma así la apariencia del crisma simple de la simbología cristiana, formado por las letras griegas I y X (iota y ji), iniciales de *Iêsous Kristós*. Pero simboliza también el Sol en la cima del Árbol del Mundo. Bajo estos dos aspectos conjuntos, no es más que una representación esquemática del Cristo solar, que expresa de manera más concreta el ostensorio o custodia de la liturgia católica.

Si se elimina el pie de la «cruz» y se unen de dos en dos las puntas de los seis rayos, se obtiene, nos dice René Guénon, «la figura bien conocida del hexagrama, o sello de Salomón, formado por dos triángulos equiláteros opuestos y entrelazados [...]. El hermetismo cristiano medieval veía entre otras cosas en los dos triángulos del hexagrama una representación de las dos naturalezas, divina y humana, existentes en la persona de Cristo; y el número seis, con el que el símbolo se relaciona de manera natural, tiene entre sus significados el de unión y mediación [...]. Ese mismo número es también, según la Cábala he-

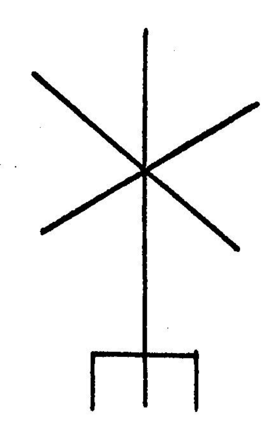


Figura 30. El crisma del cerro Kysé, Amambay (Paraguay).

braica, el número de la creación (la "obra de los seis días" del Génesis, vinculada a las seis direcciones del espacio); [...] la atribución de su símbolo al Verbo se justifica también: es, en suma, una especie de traducción gráfica del *omnia per ipsum facta sunt* del evangelio de san Juan».[81] Añadiremos que, en el plano místico, los dos triángulos del sello de Salomón expresan uno de ellos la iluminación por el Verbo y el otro la contemplación en el amor, mientras que, en arquitectura, su equilibrio simboliza el Arte real en su conjunto y, más particularmente, el *rasgo* de los oficiales de la cofradía de artesanos. Por esta razón, los Hijos de Salomón habían adoptado el hexagrama como marca. Aparece en un gran número de iglesias construidas por ellos.

Como puede observarse, el sello de Salomón, con sus múltiples significaciones herméticas —pagana, judía, cristiana; todas orientales—, es un símbolo eminentemente sincretista que, por su sentido, su nombre y el uso que hacían de él los afiliados a la Orden, no era extraño para el Temple. Por el contrario, los pueblos germánicos de la era pagana en general y los vikingos en particular lo ignoraban. Ahora bien, Fritz Berger lo encontró grabado dos veces en las rocas del Amambay, en los alrededores de Cerro Corá (véase la figura 31), de lo que da fe su correspondencia. Lástima que no indica su emplazamiento exacto, y no he logrado localizar esas figuras. Pero no cabe la menor duda de su existencia.

En cambio, sí pude hallar, también en la cima del cerro Kysé otro signo que nuestro ingeniero-arqueólogo señala igualmente. Su presencia en el Paraguay constituye, como dije en mi obra anterior, «un misterio que tal vez logremos aclarar algún día».[26] Se trata, en efecto,

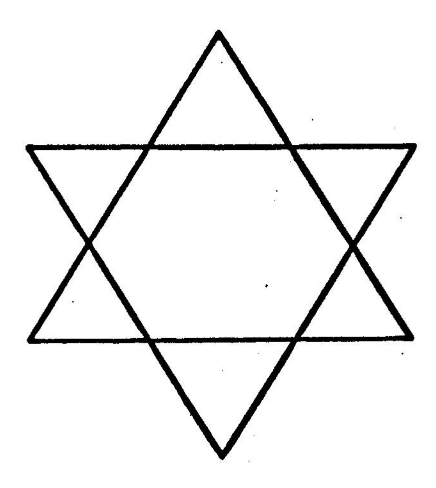


Figura 31. Sello de Salomón en el Amambay, según Fritz Berger.

de un pantáculo o pentagrama, aparentemente muy próximo al sello de Salomón, pero en realidad muy diferente. Berger reprodujo uno de ellos, impecable (véase la figura 32), que no he conseguido situar. El que figura al lado del crisma en el cerro situado frente al Yvyty Perö está incompleto, mal dibujado (véase la figura 33), pero es perfectamente reconocible. Sale de él una línea discontinua, en el extremo de la cual vemos un grupo de pequeños caracteres, los tres primeros de los cuales —los demás están borrados— tienen una clara apariencia rúnica, aunque resulta imposible transcribirlos con certeza, por lo que la duda puede persistir.

El pantáculo, que los alemanes llaman *Drudenfuss*, «pata de hechicero», es de origen pitagórico. Para los miembros de la secta, expresaba la unidad del universo y la eternidad del ciclo cósmico. Los neoplatónicos y los gnósticos lo adoptaron para simbolizar la perfección de la naturaleza. En la Edad Media, los alquimistas veían en él la imagen de la Gran Obra, es decir, de la comprensión microcósmica de la armonía universal. Lo utilizaban en común con los hermetistas musulmanes, quienes lo legaron a los marroquíes, cuya bandera adorna. Naturalmente, los templarios no podían ignorarlo, aunque no hayan dejado su huella en ninguna parte, cosa normal si consideramos el cuidado con que disimulaban su doctrina secreta, apenas manifestada públicamente por el *abacus*, el bastón de pomo plano de los pitagóricos —y de los Hijos de Salomón— que sus grandes maestres portaban a guisa de báculo. No resulta sorprendente, por lo tanto, que el pentagrama figure al lado del crisma.

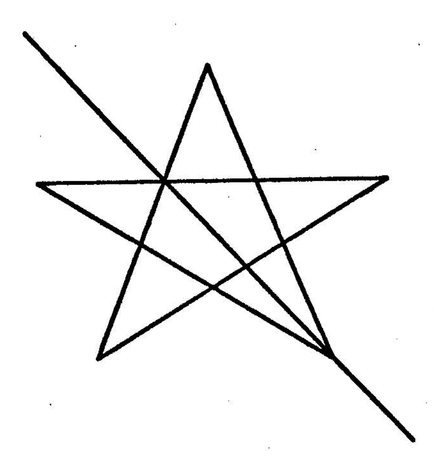


Figura 32. Pantáculo en el Amambay, según Fritz Berger.

Queda el símbolo templario por excelencia, el del triple recinto, formado por tres cuadrados concéntricos unidos entre sí por cuatro líneas rectas perpendiculares. Se ha querido ver en él los tres círculos de la existencia admitidos por la tradición druídica,[81] los tres círculos celestes que, entre los hindúes, rodean el *Meru*, es decir, la Columna del Polo, eje del mundo, y los tres grados de una sociedad iniciática. Esta última explicación es más satisfactoria que las dos anteriores, ya

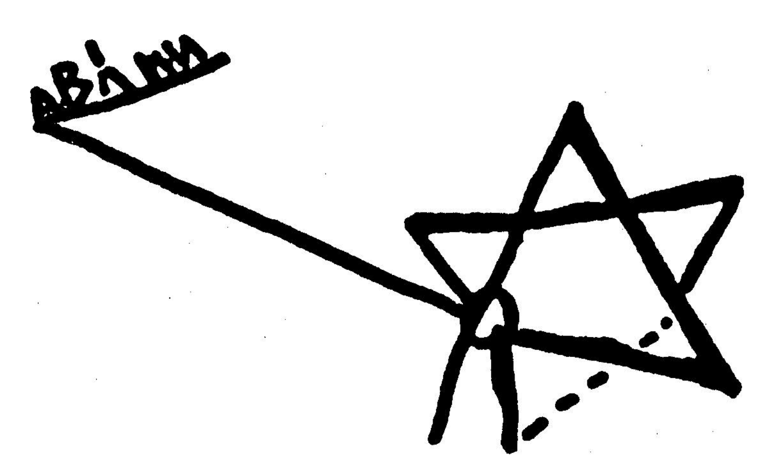


Figura 33. Pantáculo del cerro Kysé, Amambay (Paraguay).

que parece verdaderamente muy extraño que un pueblo cualquiera haya tenido jamás la extravagante idea de representar un círculo por un cuadrado, aun invocando, para justificar la cosa, la cuadratura del círculo (¡*sic*!). Aun a riesgo de parecer demasiado prosaico, confieso, sin embargo, que para mí el triple recinto no es otra cosa que el Templo de Salomón, expresión material, tanto para los cristianos y los musulmanes como para los judíos, de la Sabiduría atribuida a su constructor y, al mismo tiempo, de la Orden, que se había fijado como objetivo restaurarlo a su manera. Tenemos así un triple símbolo; el de la unión de las tres confesiones monoteístas, el de las tres categorías de hermanos en el seno de la Orden (caballeros, capellanes y sargentos) y el de la sociedad futura, basada en el triple poder del Espíritu, las armas y el dinero.

Como todos los demás, salvo el crisma, naturalmente, el símbolo del triple recinto es anterior al cristianismo, que no hizo más que modificar su sentido. Se ve en monumentos megalíticos de Francia y España, lo mismo que en la Acrópolis. Reaparece en la Edad Media, por ejemplo en el claustro de San Pablo de Roma, que data del siglo XIII, y también en Tierra Santa, en Siria y en Chipre. Está grabado en los muros del castillo templario de Gisors y garrapateado en las paredes de las mazmorras de Chinon, cubiertas de *graffiti* por los hermanos que fueron encerrados en ellas tras la disolución de la Orden. Pierre Carnac, de quien he tomado la figura 34 (en la que faltan las referencias megalíticas), lo señala también en Colombia, en la meseta de Cundinamarca (Kondanemarka, Marca Real Danesa, en norrés) y en Bolivia.[82] Evidentemente, no fueron los indios ni los vikingos quienes lo trazaron.

4. El ostensorio de Tezcatlipoca

La cruz no es el único símbolo cristiano que los templarios introdujeron en América. La liturgia del culto de Tezcatlipoca, tal como nos la describen los cronistas españoles de la primera época, conservaba todavía muchos aspectos del ritual romano. En los templos de los tecpantlacas, el altar tenía la misma forma y ocupaba el mismo lugar que en las iglesias católicas, y se mantenía el fuego encendido constantemente, como lo está ante el Santo Sacramento.[42] Durante las ceremonias, el oficiante utilizaba un incensario (véase la figura 35), adornado con una cruz de san Andrés y sostenido en la mano, no mediante una cadena, sino por un mango, que alzaba y bajaba rítmicamente. Podría tratarse sólo de coincidencias, ya que el altar, el fue-

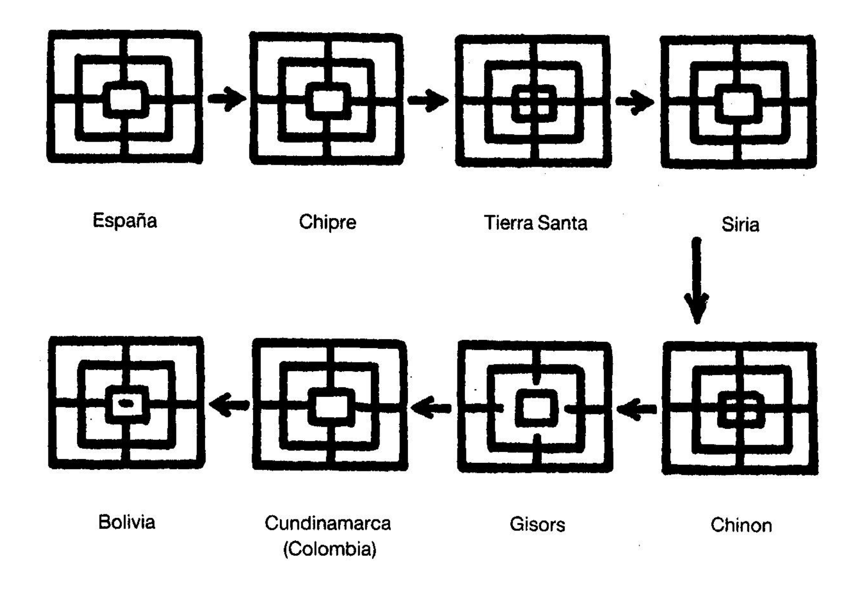


Figura 34. El «triple recinto» templario, según Pierre Carnac.[82]

go y el incienso son comunes a muchas religiones no cristianas, si no hubiese otro utensilio vinculado a ellos y que resulta mucho más significativo.

Las estatuas de Tezcatlipoca llevaban en la mano derecha un objeto al que se llamaba *itlachiayán*. Esa palabra, afirma Eugène Beauvois,[44] al que nos limitamos a seguir aquí, viene del náhuatl *tlachia*, ver, con el prefijo *i*, «su», y el sujifo *yan*, que corresponde en español a «orio» y expresa la destinación. *Itlachiayán* significa, pues, «lo que sirve para ver». Basándose en esto, los cronistas tradujeron el término por «espejo». Dos de ellos describen el utensilio en cuestión como una especie de abanico, provisto en su centro de un disco de oro muy brillante, en medio del cual estaba trazado un pequeño círculo concéntrico del que partían cuatro líneas en forma de cruz.[42, 71] El padre Durán nos lo muestra en el álbum de dibujos adjunto a su obra, cuyas ilustraciones están tomadas de los códices mexicanos (véase la figura 36). Nos da también una variante (véase la figura 37), una estrella rodeada de rayos, en cuyo centro se ve un soporte en semicírculo.

Tanto en un caso como en el otro, dice Beauvois, se trata de una imitación del ostensorio, o sol, que en la Europa del siglo XIII tendió a sustituir a la antigua mostranza. Según F. de Mély,[83] la fiesta del Santo Sacramento, que se celebró por primera vez en Lieja en 1247,



Figura 35. Sacerdote mexicano con un incensario, según el *Codex Mendoza.*

«aporta las diversas modificaciones del ostensorio [...]. Cierto que, mientras la fiesta no estuvo bien establecida, se utilizaron en el primer momento antiguas mostranzas, en las que se reemplazaron las reliquias por una media luna de oro o de plata que sujetaba la hostia [...]. Con las transformaciones sucesivas y la apropiación en sol ra-



Figura 36. El ostensorio de Tezcatlipoca. Dibujo del padre Diego Durán.

diante del ostensorio, la media luna fue sustituida por una luneta de cristal, en la que se metía la hostia».[83] Nuestro autor añade que «en realidad, el ostensorio propiamente dicho debe ser estudiado solamente desde finales del siglo XIII [...]. Todo lo más, se podría admitir como verdadero ostensorio el de 1286, donado por Heildewige al priorato de Herkenrode, que se guarda actualmente en la iglesia de San Quintín de Hasselt». Esta fecha resulta demasiado tardía, y el propio F. de Mély nos da la prueba al escribir que «el ostensorio es el atributo de santa Clara, de san Norberto y de san Bernardo». Este último, cuyo papel en la fundación de la Orden del Temple ya hemos visto, debía, pues, conocerlo en el siglo XII, aunque no hubiese tomado aún su forma definitiva.

El pretendido espejo —o el soporte en semicírculo— del atributo de Tezcatlipoca no era, por consiguiente, otra cosa que el equivalente de la lúnula en que está colocada la hostia, es decir, el Cristo solar transustanciado. Lo mismo que en los estandartes de las procesiones católicas del Corpus Christi, el ostensorio, o *nauholin* (el Sol creador), figuraba en el estandarte de los Comendadores del Sol, suspendido en el altar de su templo, en la escuela militar donde se educaban los jóvenes nobles.[42] «Fue sin duda ese Portador de Dios, o *Teomama*, como se le llamaba en náhuatl —escribe Beauvois—, lo que dio su nombre al dignatario encargado del ostensorio en los estados de los tecpantlacas.»[44]

Los tlacochcalcas llevaban el ostensorio en procesión durante la gran fiesta de su Dios, que comenzaba el primer día del mes de *toxcatl*, es decir, según el padre Durán, el 20 de mayo, y cuyas ceremonias «igualaban las del Corpus Christi, que, casi siempre, caen en la misma época [...]. Tenía por objeto pedir el agua del cielo, de la misma manera que lo hacen nuestras rogativas y nuestras letanías, que tienen siempre lugar en el mes de mayo; así se celebraba en este mes, empezando el noveno día para terminar el decimonono».[42] Chimalpáhin[45] cuenta que, en 1332, los tlacochcalcas de Yacapichtlán Cohuatepec, maltratados por la población, se retiraron a Coyohuacán con el Teomama, que llevaba a Tezcatlipoca. A esto siguió una sequía de cuatro años. Los chichimecas tuvieron que presentar excusas y ponerse bajo la protección de las «gentes del Templo». Su rey se fue a buscar la estatua del Dios, que hizo colocar en un tabernáculo y a la que devolvió el «brillante bastón curvado», es decir, el báculo, símbolo de la jerarquía episcopal en la Iglesia católica, que portaba ya Quetzalcóatl (véase la figura 38). Los sacerdotes le concedieron entonces el título de Teohuateuctli, «señor espiritual», y la abundancia retornó a la región.

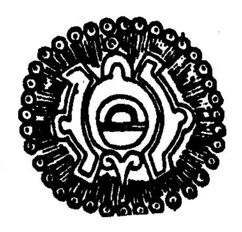


Figura 37. Otra representación del ostensorio de Tezcatlipoca, según el padre Durán.

No hacía tanto tiempo que los templarios, en contra de lo que se podría pensar de una orden militar, organizaban procesiones de este tipo. Contamos con el testimonio de Antoine Syci, notario apostólico e imperial, capellán y escribano del Temple, testimonio que reproduce Michelet.[2] «He visto varias veces una cruz [...] de la que se decía que era la del estanque en que fue bañado Cristo. Los templarios la conservaban en su tesoro y, a veces, cuando el calor y la sequía eran excesivos, el pueblo de Ancon (Acco, o Aca, es decir, San Juan de Acre, precisa Beauvois, cuya traducción he utilizado) les suplicaba que la sacasen en una procesión del clero. He visto a veces en esta ceremonia al patriarca de Jerusalén, acompañado por uno de los caballeros del Temple, que portaba esa cruz con la devoción apropiada. Después de esas procesiones, y gracias a la clemencia divina, el agua del cielo regaba la tierra y templaba el calor del aire.»

En ocasiones, en lugar del ostensorio, los tecpantlacas utilizaban



Figura 38. Quetzalcóatl, portador de un báculo episcopal. En Jacques Soustelle.[61]

para sus rogativas un libro sagrado. Chimalpáhin[45] emplea la palabra *tlacuilolquiauh*, que viene de *tlacuilolli*, pintura y, por extensión, escritura, y de *quiauitl*, lluvia. La traducción española la transcribe por «lluvia pintada», lo que carece por completo de sentido. Beauvois, en cambio, y todo inclina a creer que tiene razón, lee «lluvia de escritura», la lluvia «obtenida por medio de libros».[44] El cronista indio añade que los tecpantlacas perdieron gran parte de su influencia cuando, en 1347, fueron impotentes para conjurar la sequía por ese procedimiento. Los culdees de Escocia, en las mismas circunstancias, acostumbraban a llevar en procesión manuscritos de san Columbano o, a falta de ellos, evangelios, misales o formularios de letanías.[84] Por lo tanto, no resulta nada sorprendente que la misma práctica haya sido adoptada por sus sucesores en el Anáhuac.

Los templarios encontraron en México poblaciones que habían recibido la marca de los monjes gaélicos y que, naturalmente, les habían acogido bien. De ahí derivó una interpenetración de costumbres, con resultados a veces sorprendentes. Por ejemplo, los sacerdotes de Tezcatlipoca, herederos directos de los hermanos del Temple, iban tonsurados a la manera de los culdees: se rapaban el pelo sobre la frente, hasta la altura de las orejas, y lo dejaban crecer y caer como una cola sobre la espalda. Los de Uitzilopochtli, por el contrario, puramente aztecas, tomaron de los capellanes de la Orden, a los que sin embargo no habían conocido, puesto que llegaron a México mucho después que ellos, la tonsura en forma de corona de los religiosos medievales del continente. Por lo demás, ¿acaso no se dieron a sí mismos, cuando intentaron identificarse ante los españoles en la época de la conquista, el nombre de *papas*, que, lejos de ser náhuatl, correspondía a los culdees? ¿No llevaban todos «sotanas» negras y capuchones «como los dominicos»?[28]

A principios del siglo XVI, la Iglesia mexicana gozaba de una estructura sólida. Estaba dirigida por dos grandes sacerdotes, uno de ellos encargado del culto de Uitzilopochtli, el otro del de Tlaloc. Llevaban el título común de quequetzalcoa, sucesor de Quetzalcóatl. Para elegirlos, escribe Sahagún, «no se tenía en cuenta el origen, sino solamente las costumbres y la práctica religiosa, el conocimiento de las doctrinas y la pureza de la vida. Se elegía al que era virtuoso, humilde y pacífico, razonable y serio, no ligero, sino grave, riguroso y escrupuloso en sus costumbres, lleno de amor y de misericordia, de compasión y de amistad por todos, devoto y temeroso de su dios».[40] Como dice muy bien Soustelle, esos dos pontífices consagraban con su doble presencia «la síntesis de las dos ideologías fundamentales de México, amalgamadas por los aztecas, convertidos en nación domi-

nante: la de los nómadas belicosos y la de los campesinos, cada uno con su ideal y su paraíso»,[61] pero ambas situadas bajo el signo del rey dios de los toltecas, sacerdote modelo. Bajo su dirección, un clero jerarquizado como el de la Iglesia romana —el padre Sahagún no vacila en comparar a sus jefes con los obispos— servía en los templos, consagrados a los innumerables dioses «nacionales» y locales, en cierto modo como las iglesias católicas están consagradas a diversos santos. Sus miembros debían permanecer solteros, cosa muy extraña en el marco de una religión pagana. Eran, pues, monjes, como los culdees y los capellanes del Temple. La tradición cristiana, procedente de dos aportes sucesivos, rápidamente unificados, les había marcado a todos.

5. Huellas tangibles

Los datos que preceden confirman sólidamente las conclusiones a las que me condujeron mis análisis de los capítulos anteriores. Planteé para empezar un triple problema: de dónde venía la plata del Temple, para qué servía su puerto de La Rochelle y dónde se había refugiado su flota atlántica, verosímilmente cargada con el «tesoro» de la Orden. Dejando aparte el anacronismo toponímico, la solución cabe en una sola palabra: América. A partir del «nuevo mundo», todavía ignorado oficialmente, los vikingos de Tiahuanaco exportaban, no se sabía adónde, el metal que los templarios importaban por la misma época, no se sabía de dónde. Era lógico establecer la relación entre estos dos hechos complementarios, con mayor motivo aún puesto que un sello de la Orden, descubierto recientemente, nos muestra la imagen indiscutible de un amerindio. La razón de ser de La Rochelle se hacía así evidente. En efecto, el tráfico que se efectuaba a través del Atlántico exigía no sólo puertos de embarque, cuya existencia se conoce en América del Sur, sino también un puerto de desembarque, que debía estar situado en el océano y ofrecer todas las garantías para el «secreto del Temple». Por otra parte, la llegada a México, en una fecha que coincide con la de la disolución de la Orden, de monjes-soldados con una organización similar en todos sus puntos a la de los templarios, de los que llevaban el nombre correspondiente en náhuatl, me permitió, siguiendo a Eugène Beauvois, situar en el Anáhuac el lugar de asilo de los fugitivos.

En esas condiciones, hubiera sido muy sorprendente que los hombres del Temple no hubiesen dejado en América del Sur y en la América media signos materiales de su presencia. Sin duda hay que atribuirles por lo menos algunos de los libros y de las «pinturas» de origen

precolombino que existían todavía en México en el siglo XVI. Pero esos manuscritos han desaparecido, lo mismo que la mayoría de los códices indígenas, quemados sistemáticamente por los españoles, los cuales no hicieron más que seguir, por razones religiosas, el ejemplo de Itzcóatl, cuarto rey de los aztecas, quien ordenó destruir todos los que relataban la historia anterior a su reinado con el pretexto de que «contenían numerosas mentiras».[40] Se sabe que los incas, por su parte, habían prohibido el uso de la escritura, a fin de borrar el recuerdo de la derrota sufrida por sus antepasados hacia 1290 y para hacer remontar su historia a la creación del Nuevo Imperio, obra de Manco Cápac. Por lo tanto, no hay que asombrarse de que no existan en México las inscripciones que normalmente hubieran debido dejar los *papas*, los vikingos y los templarioss, cuya influencia fue lo bastante fuerte para introducir centenares de palabras de origen europeo en el mapa, punto que abordé en una obra anterior[20] y sobre el que volveré en el capítulo siguiente. Por este motivo, no subsiste en Perú ninguna inscripción rúnica, mientras que yo he señalado centenares de ellas en Paraguay y Brasil, antiguas provincias del imperio de Tiahuanaco que los incas no recuperaron nunca y donde no se produjo hasta muy tarde la penetración española y portuguesa, cuando ya se había calmado el impulso iconoclasta de los conquistadores.

Los soberanos aztecas no podían, claro está, pensar en «depurar» su religión de los elementos cristianos que se habían introducido en ella. Aunque su mentalidad sincretista no se opusiera a ello, no tenían poder para hacerlo, ya que no dominaban más que una parte de la América media. Por otra parte, Itzcóatl constituyó una excepción. Sus sucesores, por el contrario, como hemos visto en el caso de Moctezuma, se jactaban a menudo de su parentesco con los blancos desaparecidos. Por eso los españoles encontraron todavía, tanto en el Anáhuac como en el país maya, no sólo tradiciones teológicas y litúrgicas cuyo origen cristiano no pusieron ni por un instante en duda, a pesar de su renuencia a admitirlo, sino también cruces. Cruces lineales, sin duda, que acaso no sean más que simples figuras geométricas o que, cuando están asociadas al culto, no tengan más que una significación naturalista, pero asimismo cruces patés, algunas de las cuales por lo menos —cruces de Malta o de san Juan— se vinculan exclusivamente con la tradición monástica de Europa y, en particular, con la del Temple. En México, sin embargo, se podría vacilar en atribuirlas a los tecpantlacas con preferencia sobre los *papas*. La duda se desvanece cuando se piensa que aparecen también en América del Sur, adonde los culdees no llegaron nunca. Además, las encontramos también en Paraguay, en la región en que los vikingos poseían una plaza

fuerte que protegía el camino del Atlántico y donde habían instalado una fundición de metales preciosos, asociadas con otros signos que no podían provenir más que de los hermanos del Temple: no sólo cruces cátaras, sino también el sello de Salomón, insignia de los artesanos afiliados a la Orden, y el pantáculo —la «pata del hechicero»—, uno de los símbolos de los alquimistas. El triple recinto de Colombia y de Perú, que aparece en todas partes por donde pasaron los templarios, completa el cuadro.

La similitud entre el *itlachiayán* mexicano y el ostensorio de las ceremonias católicas podría no ser más que una coincidencia fortuita, si se diese en otro contexto. Pero el hecho de que no existiese más que en los templos de Tezcatlipoca, atendidos por los tecpantlacas —templos cuya disposición era en muchos puntos idéntica a la de las iglesias romanas—, con la circunstancia de que se utilizaba en las procesiones de mayo, que el padre Durán no vacila en comparar con las del Corpus, hacen esta explicación poco verosímil, sobre todo si se piensa que otros objetos litúrgicos —el incensario, el báculo— vienen a completar un cuadro tan evocador que los religiosos españoles de la época de la conquista se vieron obligados, aunque de muy mala gana, a rendirse a la evidencia.

V

Irlandeses, vikingos y templarios

1. Las tres llegadas

Los análisis de los capítulos precedentes nos permiten ahora trazar un cuadro exacto de los asentamientos europeos en la América media y del Sur antes de la conquista. Y digo «asentamientos» porque no está excluido —aunque no haya nada probado al respecto— que se hubieran dado otros contactos previos, si bien esporádicos, que no dejaron ninguna huella o cuyos rastros no se han descubierto todavía.

La primera llegada histórica fue la de monjes irlandeses pertenecientes a la orden columbita de los culdees. Se sabe que, del siglo IV al XII, los lazos que unían con Roma a las Iglesias gaélicas de Gran Bretaña y de la Armórica fueron muy flojos. En efecto, el cristianismo había sido introducido en esas regiones por monjes sirios y coptos y, si bien los predicadores enviados por el papa —Germán de Auxerre, Lupo, Patricio— para combatir el pelagianismo e imponer el rito romano tuvieron una gran influencia, las particularidades de una organización eclesiástica basada en el monasterio no desaparecieron hasta mucho más tarde. Durante siglos no hubo obispos en Irlanda, en Escocia, en el País de Gales ni en la Bretaña. Los abades hacían sus veces. Y cuando Roma consiguió por fin nombrarlos, su autoridad fue muy restringida y sólo a la larga se impuso a los religiosos. Ahora bien, y ése es el punto que nos interesa, los culdees huían del mundo. Por una parte, sus conventos fortificados constituían los centros de verdaderos feudos; cada uno de ellos, con sus monjes, que eran también sacerdotes, y sus hermanos conversos, administraba sus tierras, que cultivaban los oblatos, laicos y casados. Al principio, sólo los primeros llevaban el título de *paba*, deformación gaélica de la palabra *papa*, que se empleaba paralelamente en latín. Pero, poco a poco, el privilegio se extendió a todos los miembros de la comunidad. Por otra parte, los columbitas, fieles a las costumbres que les venían de los anacoretas orientales, se aislaban con frecuencia, individualmente o en pequeños grupos, para ir a hacer penitencia en algún lugar retirado,

lo más agreste posible. Las islas del Norte atraían de un modo muy particular a esos hombres, nacidos de un pueblo de marinos. Por lo tanto, a finales del siglo VIII, cuando el monasterio de Iona, en las Hébridas, al norte de Escocia, se sintió demasiado amenazado por los vikingos, sus monjes no vacilaron en emigrar a Islandia, con sus conversos y sus oblatos. Hacía mucho tiempo que conocían su existencia y sus recursos. Otras comunidades les siguieron. Durante unos cien años, tres monasterios, cuyos nombres característicos —Papeys, Papos y Papyli— se han conservado, se implantaron sólidamente, gracias a la aportación continua de monjes llegados de Irlanda. Después, los vikingos aparecieron de nuevo. Una parte de los religiosos prefirió cederles el terreno. En el año 877, unos cincuenta coraclos se hicieron a la mar. Por cuanto sabemos, nunca se volvió a oír hablar de ellos.

Menos de cien años más tarde, en 963, el vikingo Ari Marssón fue arrojado por una tempestad contra una costa deconocida, «al oeste, cerca del buen Vinland», nos cuenta el *Landnámabók*, la costa del «Huitramannaland [Tierra de los Hombres Blancos], que otros llaman Irland it Mikla [Gran Irlanda] [...]. No se permitió a Ari partir de nuevo. Fue retenido allí y bautizado. Esto fue relatado por Rafn, comerciante de Limerick [en Irlanda]. Y además, Thorkill Geltssón, conde de las Orcadas, aseguraba que Ari había sido visto en el Huitramannaland y que, si bien no obtuvo el permiso de regresar, era muy estimado allí». Este relato, importante porque nos muestra que en el siglo X había contactos entre Irlanda y su «colonia» de América, se completa con la saga, incorporada al *Flatteyjarbók*, en que el propio hijo de Ari Marssón, el escalda Ari el Sabio, cuenta que su padre, recogido por un barco islandés, había regresado a su país, donde se había casado. No son éstas las únicas menciones del Huitramannaland que se encuentran en las sagas. Sabemos por ellas que, en 1007, Thorsfinn Karlsefni hizo prisionero, en el Vinland, a dos indios. Más tarde, en Groenlandia, después de haber aprendido el norrés, éstos le contaron que al norte de su país vivían hombres vestidos de blanco que, ciertos días, salían en procesión portando grandes trozos de tela atados a pértigas y «hablando muy alto». En 1029, durante un viaje de Dublín a Islandia, el vikingo Gudhleif Gudlangssón fue desviado hacia el Suroeste por una violenta tempestad y lanzado sobre una costa desconocida, donde le hicieron prisionero hombres que hablaban el irlandés. Salvó la vida gracias a un anciano que llegó a caballo y le dirigió la palabra en norrés. Era Bjorn Asbrandssón, el héroe de Breidavik, exiliado en el año 999 a causa de una aventura amorosa que había terminado mal.

¿Dónde se encontraba la Gran Irlanda, cuya existencia era hasta tal punto conocida en la Edad Media que el geógrafo árabe El-Edrisi la menciona en el siglo XII con el nombre de *Irlandeh-el-Kabirah*? Los autores no se muestran de acuerdo en este punto, aunque sus opiniones no se excluyen mutuamente. Algunos la sitúan al sur del Vinland; otros, al norte. En una obra sin pretensiones científicas, pero bien documentada, el escritor de Quebec Eugène Achard la localiza en Acadia (Nueva Escocia y Nueva Brunswick) y en Gaspesia.[63] Sin duda tiene razón. El nombre del Huitramannaland figura, abreviado y latinizado, en un mapa de 1515 debido a Jón Godmindssón: *Albania*, la Blanca. El de Nueva Escocia es también muy significativo, puesto que en la Edad Media se llamaba frecuentemente *scotii* a los irlandeses, lo mismo que a los escoceses.

Todo induce a creer que los culdees que emigraron de Islandia en el 877 fueron a establecerse en América, donde, llegaran como llegasen, los encontramos en el 963, fecha del naufragio de Ari Marssón. Quizá otros grupos les habían precedido. En todo caso, conocían la existencia del «nuevo mundo» por los relatos de los viajes de san Brandán, que los monjes pusieron muy pronto por escrito, ya en el siglo IX, y que hablaban de una isla de clima paradisiaco, situada más allá del mar del oeste. Y también, aunque de manera difusa, por las leyendas que se contaban durante las veladas en toda Irlanda, en las que se hablaba del Hy Breasail, o Hy Brasil, la tierra fantasmagórica que se aparecía a veces, entre la bruma, a los habitantes de la isla de Arán.

Los columbitas eran tanto marinos como religiosos. Acostumbrados a navegar por las aguas heladas del Ártico, combinaban el espíritu de aventura con el deseo de mortificación y el deber del apostolado. Queda excluido que, al llegar a América, cambiasen bruscamente de mentalidad y se encerrasen en sus monasterios. Sin duda partieron muy pronto hacia el sur, en viajes de exploración a lo largo de las costas, atraídos probablemente por la isla de san Brandán, es decir, si los análisis de Louis Kervran son correctos, y yo creo que lo son, por Cuba, de la que México no se hallaba más que a unas horas de navegación.[85] Ahora bien, sabemos por las tradiciones indígenas que la primera llegada de blancos a la América media fue la de religiosos vestidos con largas túnicas blancas, llamados *papas* (*papi*, plural de *papar*, el nombre norrés de los *paba* irlandeses).[20] En el Anáhuac, su jefe, o su grupo personificado, dio nacimiento al Quetzalcóatl ascético y, en el país maya, a Itzamma, su *alter ego* (véase la figura 39). Su influencia fue extraordinaria, puesto que consiguieron no sólo predicar un cristianismo cuyo recuerdo no se había desvanecido todavía



Figura 39. Itzamná, portador de un cáliz y una hostia. Dibujo de Alberto Beltrán, en Victor von Hagen, *El mundo de los mayas*, México 1964.

quinientos años más tarde, sino también transformar las costumbres de los indios. No obstante, su presencia debió de ser breve; al parecer, se trataba sólo de monjes que, con voto de celibato y separados de su base, no fueron reemplazados. Si algunas familias de oblatos formaron parte del grupo, sus descendientes no podían más que desaparecer, por mestizaje, en el curso de unas cuantas generaciones. Todo nos inclina a creer que no quedaba nada de los monasterios culdees —con mayor probabilidad simples ermitas— cuando el jarl Ullman tocó tierra en Pánuco, en el golfo de México, en el año 967.

No es necesario ocuparse aquí detenidamente de esta segunda llegada, la «última» para los mayas. He dedicado cuatro obras a la presencia vikinga en la América media y del Sur. Recordemos simplemente que Ullman llegó con siete navíos, con unos setecientos vikingos, hombres y mujeres, originarios del Schleswig, y se apoderó del Anáhuac, donde se convirtió en el quinto rey de los toltecas, el Quetzalcóatl guerrero. Al cabo de unos veinte años, se dirigió al Yucatán con una parte de sus hombres, donde se le recordaba con el nombre de Kukulkán. Más tarde, tras algunas dificultades con los indígenas, continuó su camino hacia la meseta. Allí encontró a algunos de los vikingos que había dejado unidos a mujeres indígenas, de las que habían nacido ya algunos pequeños mestizos. Abandonó entonces Mé-

xico, zarpó de nuevo, desembarcó en las costas de la Venezuela actual, atravesó América del Sur hasta el Pacífico, donde un nuevo jefe, Heimlap, en norrés «Trozo de Patria», hizo construir embarcaciones con pieles de foca. Los vikingos descendieron a lo largo de la costa hasta llegar a la altura de Arica, no sin detenerse en el camino para fundar el reino de Quito e imponer su autoridad a los chimúes, ascendiendo después al altiplano. Desde su capital, Tiahuanaco, situada a orillas del lago Titicaca, se lanzaron a la conquista del subcontinente. Su imperio se extendió muy pronto desde Bogotá, en la actual Colombia, hasta Valparaíso, en Chile, con dos salidas al Atlántico: el Amazonas, al norte, y el *Peaviru*, al sur, el «Camino Blando» que llevaba a Paraguay y al océano, pasando por la sierra de la Plata. Eran unos cuarenta mil[25] cuando, hacia 1290, los araucanos del cacique Kari, venidos de Chile, se apoderaron de Tiahuanaco. Algunos de los supervivientes de la matanza que se produjo remontaron la costa hasta Ecuador, donde embarcaron en balsas con rumbo a la Polinesia. Otros, entre ellos las famosas amazonas, se refugiaron en la selva amazónica y paraguaya, donde he encontrado a sus descendientes. Otros, por último, rehicieron sus fuerzas en el Apurímac, en Perú propiamente dicho, y unos diez años más tarde descendieron sobre Cuzco, donde fundaron el Nuevo Imperio, el de los incas, es decir, en norrés, de los descendientes.

Vinieron después los templarios. La fecha de esta «tercera llegada» no se ha establecido muy exactamente, puesto que Chimalpáhin sitúa el hecho primero en 1294, luego en 1272, no sin mencionar la inmigración de un nuevo grupo en 1304. Por muy descendiente que fuese de los príncipes de Chalco, el cronista escribía en el siglo XVII, y apenas se puede exigir de él una mayor precisión. Digamos que los templarios aparecieron en México en los últimos años del siglo XIII, es decir, en la época en que en Europa se les oponía una resistencia creciente. Sin duda trataban de prepararse una base de repliegue o, más simplemente, de conquistar un territorio donde se viesen libres de toda presión por parte de Roma y de París. De todos modos, en 1307 —y no en 1304—, el año en que zarpó de La Rochelle su flota atlántica, bendijeron sin duda a Dios —o a Bafomet— por haberles inspirado una idea que resultaba tan oportuna.

Estamos ahora en condiciones de establecer la cronología —imperfecta, pero satisfactoria— de la llegada y los desplazamientos de las diversas oleadas de europeos que llegaron al «nuevo mundo» en la Edad Media:

877	Llegada de los *papas* a Acadia. Poco después, desplazamiento hacia México de un grupo, cuyos miembros se extinguen en medio siglo, puesto que los más jóvenes de ellos, dado que eran sacerdotes, debían de tener como mínimo treinta años. Las familias de sus oblatos, si es que los llevaron consigo, desaparecieron por mestizaje en dos o tres generaciones.
967	Llegada a México del jarl Ullman.
969	Partida de Ullman y de la mayor parte de sus compañeros.
± 1000	Llegada de los vikingos a Tiahuanaco. En una obra anterior, indiqué como probable una fecha entre 1050 y 1100. Tengo que rectificar, ya que el cambio de dinastía se produjo entre los chimúes alrededor del año 1000.
Entre 1272 y 1294	Llegada de los templarios a México.
±1290	Destrucción del imperio de Tiahuanaco.
±1300	Fundación del imperio de los incas.
1307	Llegada a México de la flota templaria huida de Francia.

No nos hemos ocupado de las expediciones noruegas al Vinland, realizadas a partir del año 1000. En efecto, no tienen ninguna relación directa con nuestro tema.

2. Palabras francesas en el maya

Una investigación como la que llevo realizando desde hace treinta años con vistas a definir la aportación racial y cultural de los europeos al «nuevo mundo» precolombino implica una progresión que no está exenta de rectificaciones. Cuando, en una obra anterior,[20] resumí el estudio lingüístico de Étienne Brasseur de Bourbourg, quien demostró la presencia en el quiché-maya de centenares de raíces indoeuropeas, las cuales revisten formas germánicas, latinas, inglesas, gaélicas y francesas, ignoraba todavía que los vikingos de Ullman habían partido, no del Schleswig, de donde eran originarios, sino de las posesiones danesas de Gran Bretaña. El análisis de las inscripciones rúnicas de Paraguay,[24, 26] cuyo «alfabeto» contiene caracteres pertenecientes al futhorc anglosajón, no me lo revelaría hasta unos años más tarde. Por lo tanto, no tomé entonces en consideración más que los términos germánicos y latinos. Los primeros sólo podían provenir de los vikin-

gos; atribuí los segundos exclusivamente a los monjes irlandeses. Dejé de lado los vocablos de forma gaélica porque, aunque podían deberse también a los culdees, eran idénticos o muy semejantes a sus equivalentes germánicos, lo que planteaba serias dudas en cuanto a su origen. Quedaban los términos de forma inglesa y francesa. A falta de una explicación mejor, consideré los primeros como derivados del antiguo germánico, y los segundos, como derivados del latín o del alemán antiguo. Eso es lo que he de rectificar ahora. En cambio, no hay nada que modificar en la recensión que hice en la misma obra del análisis filológico del quechua debido a Vicente Fidel López, ya que este último se limitó a comparar el idioma de Perú con el sánscrito, considerado unánimemente en el siglo XIX como la lengua madre de todos los idiomas europeos, cuando en realidad deriva, en la misma medida que éstos, del indoeuropeo original. Dado que no soy lingüista, no me fue dado completar su trabajo. Apenas pude añadir algún que otro vocablo danés o latino que, incluso para un profano como yo, parecía constituir la forma primitiva de uno u otro de los términos citados.

Me limitaré aquí también a la transcripción de Brasseur de Bourbourg, no sin recordar que éste fue, a mediados del siglo pasado, párroco de Rabinal, Guatemala, un gran pueblo de seis mil habitantes, indios de lengua quiché, y de San Juan de Sacatepéquez, donde se hablaba un dialecto maya muy próximo al anterior, el cakchiquel. Como sólo disponía de diccionarios de las lenguas modernas, a excepción, claro está, del latín, no pudo hacer su análisis filológico más que en función de los derivados actuales —daneses, alemanes, holandeses, ingleses, gaélicos y franceses— de los términos empleados en la Edad Media. De ahí algunos errores. Por ejemplo, un cierto número de palabras inglesas indicadas como raíces de términos quichés son, en realidad, francesas, incorporadas al inglés después de la conquista normanda y, por lo tanto, posteriormente a la llegada a México de los vikingos y los irlandeses. De ahí también una lamentable imprecisión, ya que no sabemos hasta qué punto tal o cual vocablo a los que Brasseur de Bourbourg atribuye un origen inglés auténtico proviene del término anglosajón correspondiente o de uno de sus análogos norrés o germánico continental. No obstante, este último problema resulta secundario para mi propósito, ya que en ambos casos la introducción en el quiché del vocablo en cuestión sólo puede deberse a los vikingos. Sólo me interesan aquí las raíces francesas. Las que nuestro lingüista menciona como tales no son numerosas. Las incluyo en cursiva, después del término quiché —en mayúsculas— y de su significado:

BOB, algodón. *Bobine*, bobina.
BOL, redondo. *Boule*, bola.
BU, ablandar la tierra. *Boue*, barro. (La *u* quiché se pronuncia como en español. Tiene, por lo tanto, el mismo sonido que la *ou* francesa.)
BUR, estar hinchado. *Bourré*, relleno, atiborrado.
BUX, obstruir, cerrar. *Boucher*, taponar, cerrar. (La *x* quiché se pronuncia como la *ch* francesa.)
CHER, engordar. *Chair*, carne.
EN, EM (prefijo), en. *En*, en.
GOL, resina, ungüento. GOLIH, pegar. *Colle, coller*, cola, pegamento; pegar.
HIG, sollozar, asfixiarse, ahogarse. *Hoquet*, hipo.
HUN, un, uno. *Un*, un, uno.
HUR, arrancar, sacar, desenvainar. *Hors, dehors*, fuera.
LACH, separarse, divorciarse. *Lâcher*, soltar, abandonar.
LIM, concordar, ordenar. *Limer*, limar.
LUZ, torcer. *Luxer*, dislocar.
MAX, duro, áspero. *Masse, massif*, masa, masivo, macizo.
MU, MUB, mojar, poner en remojo. MUD, barro. *Mouiller*, mojar.
OREL, agujero. *Oreille*, oreja.
PAM, vientre. *Panse*, panza.
PARAN, poner al abrigo. Palabra de la que viene *parapluie*, paraguas. (*Parer*, precaver.)
PATAH, cazar pájaros con liga. *Pâte, empâter*, pasta, empastar.
PAYOH, contratar gente para trabajar. *Payer*, pagar.
PITZITZ, estallar como un fruto maduro, cuyo jugo se derrama. *Pisser*, mear.
POZ, especie de piedra que sirve para bruñir. *Ponce, poncer*, piedra pómez, pulimentar con piedra pómez.
QUI, ellos, suyos. (Arcaico: qui.) *Qui*, quien, el cual.
QUIT, cortar, separar, quitar. *Quitter*, quitar, dejar.
RUL, descender. *Rouler*, rodar.
TANBAL, instrumento para llamar golpeando. *Timbale, tambour*, timbal, tambor.
TATON, andar a tientas. *Tâton*, tienta.
TAZ, orden, rango, nivel, grado; colocar las cosas poniéndolas unas encima de otras. *Tasser*, amontonar, apilar.
TI, carne, comer. *Titi*, palabra anticuada con que se designaba la carne en algunas provincias de Francia. (Pero TI puede venir directamente del alemán antiguo *Thier*, animal, origen del *titi* dialectal francés.)
TIR, ajustar, entumecerse, ponerse rígido. *Tirer*, tirar.

TOPOTA, tocar con la punta de los dedos. *Tapoter*, dar golpecitos.
TUB, pecho de la mujer. *Tube*, tubo.
TUTAH, proteger. *Tutelle*, tutela.
VOR, sodomizar. *Forer*, perforar, sodomizar.

A estos términos, cuyo origen parece muy claro, aunque algunas semejanzas —no todas— pueden atribuirse al azar, se añaden algunos que Brasseur de Bourbourg hace remontar, como hemos dicho, a palabras inglesas, pero que en realidad provienen, no del anglosajón ni del norrés, sino del francés antiguo:

BOZ, abrirse —la flor, el huevo—. (Inglés, *to butt*, abrirse, nacer.) *Bouter*.
CHEK, vencer. (Inglés, *to check*.) *Eschec*.
QACH, tomar, asir, alcanzar, morder. (En inglés, *to catch*, tomar, asir, alcanzar.) Francés dialectal normando, *cachier*.
RUZ, precipitado. RUZRUT, que corre con ansiedad, con precipitación. (En inglés, *rush*, carrera precipitada.) *Reusser*, correr con precipitación.
TON, hacer ruido golpeando con las manos o los pies, o como el tambor. (Inglés, *tone*, tono, ruido.) *Ton, tonnerre*, tono, trueno.
TUN, trompeta, tambor de madera hueca. TUNAH, tocar un instrumento. (Inglés, *to tune*, entonar el canto o la música.) *Ton*, tono.

Mencionemos también algunos términos que nuestro filólogo relaciona con el latín, olvidando la forma francesa, de la que están, sin embargo, más próximos:

AM, año. (Latín, *annus*.) *An*, año.
BOM, bueno. Plural BOMBON. (Latín, *bonus*.) *Bon*, bueno.
CUR, andar con paso cruzado. (Latín, *curvatim*.) *Courbe*, curva.
GUZ, sabroso. (Latín, *gustus*.) *Goût*, gusto.
MUL, vez, partícula para contar. (Latín, *multus*.) *Moult*, muchos.
PUH, pus, y PUZ, podredumbre, lo que está podrido. (Latín, *putrefactio*.) *Pus*.
RAM, gran trozo de madera. (Latín, *ramus*.) *Rame*, remo.

Hay otra palabra, CUN, cuyo significado da el abate Brasseur de Bourbourg en el púdico lenguaje de su tiempo y de su estado: «partes secretas de la mujer», sin indicar su raíz, cosa que hice yo por mi cuenta en una obra anterior, la palabra latina *conus*.[20] El empleo de este término por parte de los ascéticos culdees con tal insistencia que

terminó por pasar al quiché no dejó de sorprenderme. Pero en aquella época no disponía de ningún elemento que me permitiese pensar en la posibilidad de una influencia francesa sobre las lenguas de la América media. No ocurre lo mismo ahora. Incluso me parece absolutamente normal que los templarios, cuya grosería, como sabemos, es todavía proverbial, hayan usado y abusado de un término francés más próximo a *cun* que *conus*, el cual, ya en la Edad Media, no pertenecía exactamente al lenguaje eclesiástico.

No son en total más que unas decenas de palabras. Fuera del contexto de este estudio, estaría permitido dudar, como lo hice anteriormente, de su origen real. Pero sabemos ahora que hombres de lengua francesa llegaron a principios del siglo XIV a instalarse en México, que sin duda habían explorado ya con anterioridad. La lingüística confirma que uno de sus grupos, siguiendo las huellas de los dos Quetzalcóatl, se estableció en el país maya, donde las crónicas señalan, en efecto, la presencia de nonohualcas.[21] Pero fue en el Anáhuac donde ocuparon una posición dominante. Debieron, pues, de dejar en él rastros del mismo orden, mucho más profundos. Por desgracia, a pesar de todas mis investigaciones, no me fue posible leer los dos estudios dedicados a las raíces indoeuropeas del náhuatl.[87,88] Apenas si puedo mencionar la palabra *papalotl*, mariposa, que, aunque no pertenece al lenguaje litúrgico, puede proceder del latín *papilio*, pero que, más probablemente, se originó en el término francés del mismo significado (*papillon*).

3. Los navíos de la Edad Media

Tengo que responder a una objeción que me ha presentado con insistencia el doctor O. G. Landverk, colaborador de Alf Mongé, al que la runología debe una aportación fundamental: el descubrimiento en ciertas inscripciones rúnicas de Escandinavia y de América del sur, incluso en algunos textos latinos medievales del área nórdica, de inserciones criptográficas —fechas y nombres propios— basadas en el calendario perpetuo de la Iglesia noruega.[89] Un descubrimiento que permitió eliminar la duda que se cernía sobre la piedra de Kensington[20] y sobre el mapa de Vinland[15] adjunto a la *Relatio tartara* de 1440, todavía tachada de falsificación por la Universidad de Yale en 1974, pese a haber proclamado su autenticidad en 1965. En efecto, el doctor Landsverk sostiene que las embarcaciones de la Edad Media no permitían una travesía directa desde Europa hasta América. Sólo servían para la navegación costera. Por lo tanto, era imposible en aque-

lla época llegar al «nuevo mundo» por otra ruta que no fuese la del norte —pasando por Islandia y Groenlandia—, dominada por completo por los noruegos, que gozaban en ella de un «monopolio de pabellón». Los vikingos de México y Perú no podían proceder más que de las colonias groenlandesas del Vinland. Aunque la fecha de su llegada y, sobre todo, el hecho de que hablasen un dialecto del Schleswig eliminan esta interpretación, merece la pena detenerse en el argumento «marítimo».

Estamos muy mal informados sobre el tema de la navegación medieval. De creer a ciertos autores, que se apoyan en una afirmación interesada de El-Edrisi —los árabes llegaron hasta las Indias e incluso más allá—,[15] se creería que, en los tiempos del «oscurantismo», los europeos, ocupados en arañar el suelo con las uñas para arrancar las raíces de que se alimentaban, no se atreverían a aventurarse lejos de las costas. Se admite así, al menos tácitamente, un hiato de un milenio entre los últimos barcos romanos y las carabelas de Colón. Nada más falso. Las poblaciones del litoral Atlántico —por limitarnos a las que nos interesan aquí— no renunciaron en ningún momento a sus actividades marítimas.

Una vez más, debemos a Louis Kervran un estudio, breve pero abundante en datos, sobre los navíos de que disponían durante la época en cuestión los pueblos gaélicos.[85] El más conocido era el coraclo, descrito ya por César. Estaba formado por una armazón de ramas de árbol, recubierta con pieles de vaca cosidas unas con otras y con las costuras impermeabilizadas mediante la aplicación de mantequilla. Algunas traviesas gruesas de madera aseguraban la rigidez natural del conjunto y servían de bancos para los remeros. El modelo más pequeño —de cuatro a ocho remeros— medía de 12 a 18 pies celtas (de 3,5 a 5,5 m) de largo por 4 de ancho. Todavía los hay en Irlanda, pero las pieles han sido sustituidas en la actualidad por lona embreada. El mayor (véase la figura 40) medía 36 pies celtas (11,5 m) de largo por 8 de ancho. Tenía espacio para dieciséis remeros, pero en alta mar recurría regularmente a su vela rectangular, muy baja, que sólo le permitía navegar con viento de popa o de tres cuartos de popa. Como señala muy justamente Kervran, ahora que las balleneras y las chalupas de los barcos de guerra y mercantes han sido reemplazadas por embarcaciones flexibles, no hay necesidad de demostrar la fiabilidad de tales barcos. Por lo demás, gracias a esos grandes coraclos, que podían transportar unas dos toneladas de carga útil, los culdees alcanzaron Islandia y más tarde América, sin duda por la vía del Norte.

Los bretones preferían las grandes embarcaciones de madera que

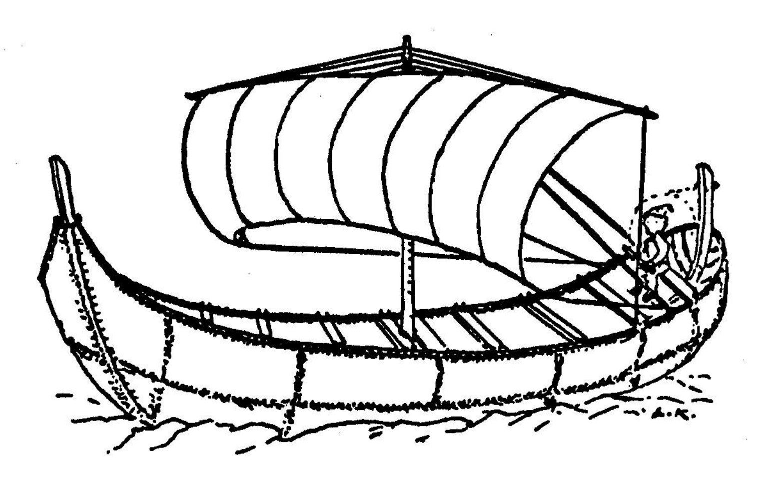


Figura 40. Coraclo irlandés, según Louis Kervran.[85]

César llamaba *pontones*. Se trataba de grandes barcas (véase la figura 41), dotadas de puente, como su nombre indica, que medían unos 72 pies celtas (cerca de 23 m) de largo por 24 de ancho. Estas dimensiones, que los convertían en barcos «redondos», los hacían particularmente aptos para la navegación de altura por el Atlántico. Los atuneros de madera bretones presentan todavía esas dimensiones. Su mástil estaba aparejado con una vela cuadrada. Gracias a su segundo mástil, muy inclinado, situado a proa, que sostenía una pequeña vela cuadrada que, debidamente orientada, ayudaba al timón, podían remontar el viento. Probablemente Brandán hizo su viaje a Cuba en un *ponto*. Y los pescadores bretones de nuestros días navegan aún por el Atlántico, hasta Terranova, en barcos del mismo tipo, dejando aparte el velamen, y no tuvieron motor auxiliar hasta hace unas decenas de años.

No creo necesario detenerme demasiado en los drakkares vikingos. Se trataba de navíos muy finos (la proporción entre la longitud y la anchura era igual a seis, contra tres para los *pontones*), de unos ochenta pies de largo, con un arqueo de unas veinte toneladas. Cabían en ellos de treinta y dos a sesenta remeros, pero en alta mar navegaban a la vela, siempre con el viento de popa, lo que reducía su capacidad de maniobra. Tuvimos la prueba de que estaban en condiciones de atravesar el Atlántico en 1893, cuando una réplica fiel del navío de Gokstad unió Noruega con Terranova, con mal tiempo, exactamente en veintiocho días. Hay que señalar que se trataba de barcos de guerra. La mayor parte de la flota vikinga se componía de barcos mercan-

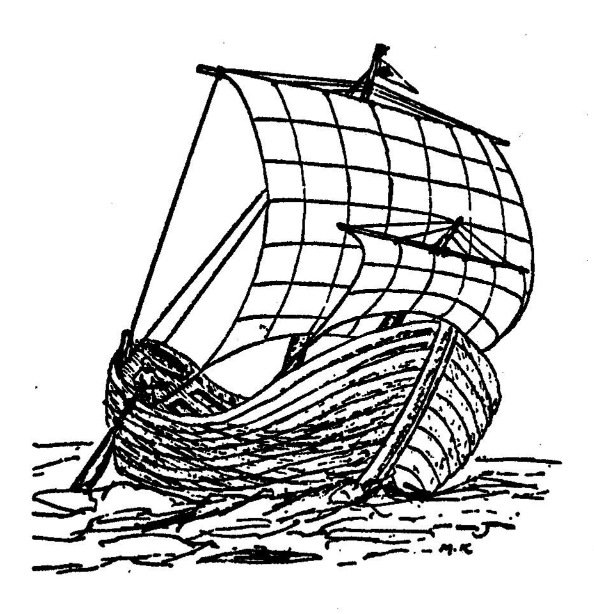
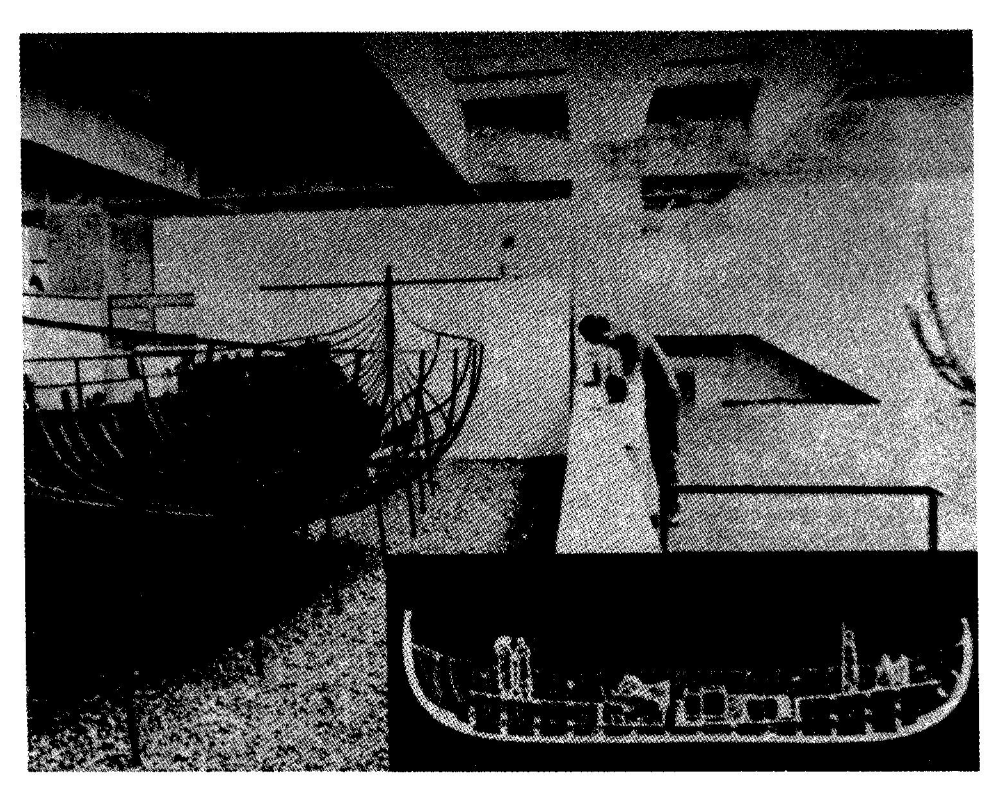


Figura 41. Ponto bretón, según Louis Kervran.[85]

tes, cuyo tipo más común era el *knörr* (véase la foto de la p. 137), un barco «redondo», de entre 15 y 20 metros de largo por 4,5 a 6 metros de ancho (proporción: 3,3), con puente en la proa y en la popa y, en el centro, una cala abierta, particularmente apta para el transporte del ganado. Construido como el drakkar con tablazón superpuesta, pero mucho más alto sobre el agua, estaba ideado para navegar en alta mar, con cualquier tiempo, a vela, puesto que no disponía más que de algunos pisones de boga, a proa y a popa, para las maniobras. Por comodidad de lenguaje, se abusa con frecuencia —yo también lo he hecho— del término drakkar cuando se habla de los viajes de conquista y de colonización efectuados por los escandinavos. En esos casos, sus flotillas incluían generalmente uno o varios barcos de guerra, pero los «civiles» y su ganado embarcaban en *knerrir* (plural de *knörr*), y eran los *knerrir* los que aseguraban más tarde el tráfico de hombres y mercancías con la metrópoli.

En el siglo XII, los navíos de carga habían sido ya un poco perfeccionados con respecto a los del siglo X (véase la figura 42). Su tonelaje había aumentado. No poseían todavía el timón de codaste —tendrán que esperar todavía un siglo para ello—, pero su velamen múltiple los había hecho más manejables. Al mástil tradicional se habían añadido un palo de mesana y, en los castillos de popa y proa, dos pequeños



Restos de un knörr vikingo (Museo de Roskilde, Dinamarca).

mástiles de timonería. Cuatro velas, en lugar de una o dos, les permitían también remontar el viento sin grandes dificultades. Fueron barcos de ese tipo los que aseguraron el transporte de los cruzados. Detalle extrañamente moderno, algunos estaban provistos incluso de paneles abatibles, para facilitar el embarque de los caballos. Con mayor razón, esas naves podían navegar por el Atlántico, mucho menos peligroso, con su gran oleaje, que el Mediterráneo de olas rompientes.

De manera que ni los *pontones* gaélicos, ni los drakkares y *knerrir* vikingos, ni las naves templarias estaban reducidos a la navegación de cabotaje. Nada les impedía seguir, a través del océano, una ruta directa, como lo hicieron sin duda Brandán desde las Canarias y seguramente Ullman desde las posesiones danesas de Gran Bretaña, y después de ellos los templarios y los normandos, y los cazadores de ballenas durante siglos y, hasta nuestros días, los pescadores de bacalao de toda la costa francesa. Vino después la época del descubrimiento ofi-

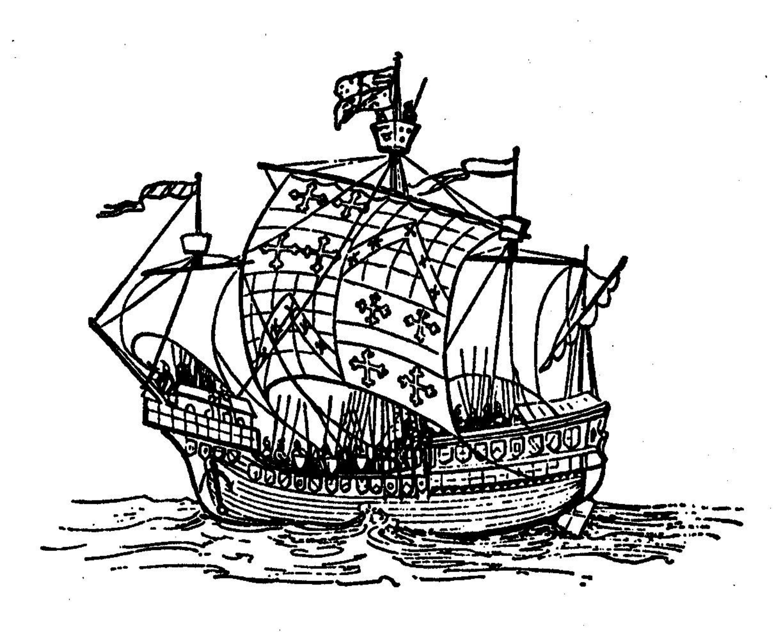


Figura 42. Nave europea del siglo XII, según un grabado de la época.

cial de América. De los tres navíos de Colón, uno era una nave clásica, de ciento cuarenta toneladas, muy próxima a las que acabamos de describir, mientras que las otras dos, dos carabelas de ochenta toneladas, tenían un casco semejante al de los *pontones*, pero contaban con cuatro mástiles, los dos principales aparejados con velas latinas. Con excepción de su timón de codaste, que era una innovación importante pero no determinante, esos barcos no eran sensiblemente diferentes a los que se utilizaban quinientos años antes. No hay necesidad de añadir que la flotilla del Gran Almirante cruzó el Atlántico sin el menor inconveniente por la ruta de las Canarias y que, después de ella, innumerables naves y carabelas siguieron el mismo camino. Cuando Jacques Cartier, natural de Saint-Malo, se fue en 1534 a «descubrir» el Canadá, cuyas costas frecuentaban sus conciudadanos, en el mayor secreto, desde hacía siglos, no tomó en modo alguno la ruta de Islandia. Puso rumbo directamente a Terranova, adonde, por lo demás, había ido ya a pescar muchas veces. Ahora bien, no disponía más que de una cáscara de nuez de cuarenta toneladas, apenas mayor que un *ponto*, si es que no era uno de éstos.

La objeción «navíos» se derrumba, pues, por su propio peso. Los barcos de la Edad Media eran perfectamente capaces de cruzar el Atlántico sin pasar por Groenlandia, cuyas aguas, dicho sea de paso,

son mucho más peligrosas que las del mar abierto. No se diferenciaban apenas de las naves ni de las carabelas de la época de la conquista, ni de los barcos de pesca de altura que visitan todavía en la actualidad los bancos de Terranova, ni de los yates que todos los años se lanzan al mar a centenares, con una tripulación de aficionados. Por consiguiente, el control noruego de la ruta del Ártico no podía más que dejar indiferentes a daneses y templarios.

4. Los negros de México

Hasta el primer viaje de Colón a las Antillas, la historia de la navegación, tal como se nos enseña, no sobrepasa apenas el marco del *Mare Nostrum*. Tenemos, gracias a la Biblia, una vaga idea sobre el comercio de los fenicios con las tierras mal definidas de Ofir y el Punt y, por Herodoto y Estrabón, sobre sus expediciones a las costas de África. Sabemos, por sus geógrafos, que los árabes de la alta Edad Media navegaban por el océano Índico hasta Indonesia. Pero estamos empezando a no dudar de la autenticidad del viaje de Piteas a Thule, en el siglo IV antes de nuestra era. Y desde hace poco, gracias a Jürgen Spanuth, contamos al fin con un estudio serio sobre las migraciones de los «Pueblos del Mar» en el año 1200 a. de C.[90] No obstante, seguimos sin saber nada en lo que se refiere a las travesías que condujeron a los constructores de megalitos desde la Europa occidental hasta Corea y Polinesia.

En lo que respecta a América, todo se vuelve todavía más difícil. El conformismo es la norma. Como observa muy bien Patrick Ferryn,[91] los etnólogos —por desgracia, ya casi no quedan verdaderos antropólogos— no vacilan en admitir las migraciones a través del Pacífico de primitivos que no disponían más que de piraguas. En cambio, cierran los ojos, o sonríen, con una suficiencia teñida de conmiseración, cuando se les presentan las pruebas materiales de la llegada al «nuevo mundo», antes de la conquista, de representantes de los pueblos civilizados, cuyos navíos equivalían prácticamente a los del siglo XVI. En realidad, todo el mundo estuvo en América antes que Colón, empezando por el propio Colón, si su viaje a Thule tuvo efectivamente lugar, lo cual es probable.[15] Todo el mundo o, para hablar con mayor precisión, todo el Viejo Mundo, los pueblos costeros de Asia, Europa y África del Norte. Así lo prueban las extraordinarias estatuillas precolombinas reunidas en México por el profesor Von Wuthenau.[92] «No parecen ser la representación de dioses, demonios ni héroes —escribe Patrick Ferryn—. Hay un "maya medio", un "tolteca común",

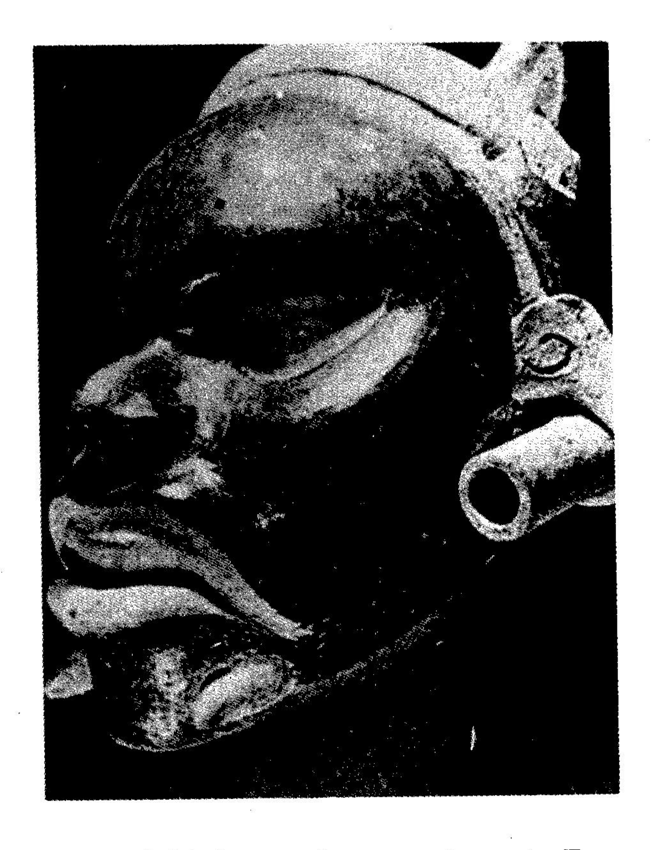
una madre con su hijo, un hombre que toca la flauta, un pequeño aguador, un comerciante, una encantadora joven, una cabeza de hombre un poco grotesca. Muchas de ellas, verdaderas pequeñas obras de arte, son desconcertantes [...], ya que se trata de un aspecto del arte precolombino con el que estamos poco familiarizados. No se trata aquí de personajes terribles, con tocados increíbles de sacerdotes o de guerreros zapotecas; nada de cabezas inquietantes y macabras, abrumadas por la multitud de atributos del complicado simbolismo de los mayas. No, aquí no hay más que unos seres humanos de una gran sencillez, simplemente con sus alegrías, sus esperanzas, sus temores y sus angustias inscritas en la arcilla por una mano hábil.»

Esta cita, demasiado larga, se debe no sólo a la exactitud del análisis que expone, sino también al deseo de eliminar toda sospecha de parcialidad por mi parte. En efecto, las estatuillas en cuestión no presentan únicamente personajes indios de la vida corriente. Muestran también tipos raciales que, «oficialmente no pueden figurar entre ellas». Se ven rostros barbados de europeos y facies chinas, cuya presencia no nos sorprende, perfiles semíticos bien caracterizados, que la barba de algunos de ellos nos prohíbe confundir con el de los mayas, por lo demás muy semejantes, y sobre los que no se ha dado todavía ninguna explicación satisfactoria, y asimismo cabezas negroides o francamente negras (véase la foto de la p. 141).

¿Qué importa que en 1964, en el Congreso Internacional de Americanistas de Barcelona, un etnólogo, portavoz de los conformistas, respondiese al profesor Von Wuthenau, que acababa de exponer en él sus trabajos, que esas figuras, «pretendidamente no indias», no podían ser más que «fantasías de artistas»? La imaginación tiene sus límites. Admitamos que un escultor haya inventado pura y simplemente una u otra característica extraña a los individuos que le rodean. El cálculo de probabilidades excluye que pudiese hacerlo con todas las particularidades de un rostro, comprendida la expresión, que revela los matices biopsíquicos más delicados de la pertenencia racial. En lo que respecta a los tipos negroides que nos interesan aquí particularmente, ningún recurso a la imaginación explica la conjunción de las características propias del *Homo afer*, como el prognatismo, los labios gruesos, el color de la piel y el pelo crespo, tan distintas de las correspondientes a los indios. Los artistas tuvieron que disponer de modelos. Y sabemos que los tenían.

La primera mención de la presencia de los negros en América central se debe al propio Colón. Es cierto que sólo se trata de una referencia indirecta. En efecto, los indígenas de Hispaniola (Haití) le contaron, durante su segundo viaje, que de vez en cuando les atacaban

Cabeza de negro africano, México (Colección del profesor Alexander von Wuthenau).



hombres de color negro que habitaban en el sur o en el sureste. Esos hombres, completamente distintos de los caribes de las pequeñas Antillas, iban armados con azagayas hechas con una aleación de oro, plata y cobre, lo cual interesó hasta tal punto al Gran Almirante que fijó el itinerario de su tercer viaje para descubrir su origen. «Colón dijo que, al seguir esta ruta, pensaba verificar lo que los indios de la Hispaniola decían a propósito de los hombres de color negro que venían con azagayas, cuyas puntas estaban hechas de un metal al que ellos llamaban guanín.»[93] El segundo testimonio es más concluyente. Vasco Núñez de Balboa, durante la expedición que, a través del istmo de Darién, le permitió alcanzar el Pacífico, «entró en la provincia de Quareca, donde no encontró oro, pero sí algunos negros esclavos del señor del lugar. Preguntó al señor de dónde había sacado tales esclavos negros, y éste le respondió que la gente de ese color habitaba cerca de allí y que estaban constantemente en guerra con ellos». El cronista López de Gomara, a quien debemos la información, añade:

«Esos negros eran idénticos a los negros de Guinea, y yo pienso que, en las Indias, nunca se han vuelto a ver negros».[94] De lo que se deduce que eran muy poco numerosos.

La comparación con los negros de Guinea excluye tanto a los dravidianos asiáticos como a los melanesios, cosa que confirman las estatuillas reunidas por el profesor Von Wuthenau. En efecto, en algunas de ellas se ven rostros que reúnen rasgos negroides y semíticos. A juzgar por su contexto arqueológico —pero ya se sabe lo dudoso que resulta este factor—, parecen ser las más antiguas y pueden datar de antes de nuestra era. Otras, en cambio, cuyos sujetos son negros africanos de la costa occidental, parecen pertenecer a la época llamada posclásica (900-1521), es decir, a nuestra Edad Media. Se puede concebir que los modelos de las primeras —mestizos— llegaron a América en los barcos de semitas desconocidos —imposible no dejar de pensar en los fenicios— que, a juzgar por otras estatuillas ya mencionadas, alcanzaron el golfo de México hace dos o tres milenios. Los modelos de las más recientes no pudieron llegar más que con los templarios.

Los negros africanos no tienen la menor vocación de marineros. Ninguna de sus tribus ribereñas del océano ha construido nunca embarcaciones de ningún tipo. Todas ellas se han limitado siempre, en el mejor de los casos, a piraguas monoxilas destinadas a la pesca costera. Naturalmente, no se puede excluir que algunas de esas embarcaciones precarias hayan sido arrastradas hasta América, ni tampoco, por muy improbable que parezca, que su tripulación sobreviviese a las condiciones de semejante travesía. Pero, de haber sido así, todo inclina a creer que los indios habrían tomado a los supervivientes por demonios y se habrían apresurado a darles muerte. En cambio, los templarios, que habían adoptado en Palestina, como ya hemos visto, muchas de las costumbres musulmanas, poseían esclavos negros, capturados como botín o recibidos como regalo y a los que, sin la menor duda, no dejaron tras ellos.

5. El padre Gnupa, capellán del Temple

Cerremos este paréntesis sobre la navegación medieval a través del Atlántico para volver a las actividades de la Orden en el «nuevo mundo». Dichas actividades nos aportan no sólo la solución de los problemas planteados en el marco europeo por el «secreto del Temple», sino también datos que arrojan una viva luz sobre tres aspectos de la historia americana. Acabamos de analizar uno de ellos, que se

refiere a México. Los otros dos se relacionan con el imperio de Tiahuanaco.

Cuando tuve en mis manos las pruebas de que los navíos templarios cargaban en el golfo de Santos y en el puerto de Parnaiba los lingotes de plata que permitían a la Orden acuñar moneda y financiar la construcción de las catedrales góticas, me planteé de inmediato la cuestión siguiente: ¿cuál era la contrapartida? Marinos, guerreros, si se terciaba piratas, los vikingos eran también comerciantes. Nunca se les hubiera ocurrido la idea de regalar un metal que no les servía de nada, cierto, pero cuyo valor no ignoraban. Además, su extracción y su fundición exigían trabajo. Por consiguiente, sólo podía tratarse de un trueque. Ahora bien, ¿qué podían ofrecer los templarios a cambio de la plata? Algunos productos suntuarios, sin duda, tejidos y vinos, por ejemplo. También armas, quizá. Sin embargo, todo lo que se puede imaginar en ese campo está muy lejos de equilibrar la balanza. Por lo tanto, hay que buscar otra cosa.

Pongámonos en el lugar de los pocos miles de vikingos instalados hacia 1150 sobre el emplazamiento de una antigua aglomeración indígena, cuyos habitantes, sin ser exactamente salvajes, no habían sobrepasado la edad de la piedra pulimentada. Sus antepasados, que desembarcaron en México en el año 967, habían llegado en una expedición de conquista, puesto que se habían traído caballos, pero no ganado.[26] No debían de figurar entre ellos más que algunos artesanos versados en las artes relacionadas con la marina, carpinteros y herreros. Desde luego, no había canteros, puesto que en Escandinavia, en el siglo X, se construía únicamente en madera. Ni arquitectos. Ahora bien, en el altiplano no existía ningún bosque susceptible de proporcionar el material indispensable para las construcciones tradicionales. Por otra parte, los indios, a juzgar por la ausencia total de edificios anteriores al año 1000, estaban muy lejos de poseer el Arte real. De ahí se deduce que los vikingos debieron de vivir durante más de un siglo en cabañas muy poco confortables. La cosa no tenía mayor importancia durante la época que pasaron guerreando, en compañía de las tropas aymaráes a las que dirigían por toda la América del Sur, a fin de conquistar y de organizar su futuro imperio. Muy pronto, sin embargo, se dejó sentir la necesidad de una capital digna de su poderío. En nuestro lenguaje actual diríamos que, para construirla, les faltaba la tecnología indispensable. Los templarios se la proporcionaron. Ésa fue su moneda de cambio.

No es una simple suposición. He dicho en otro libro[20] que el edificio principal de Tiahuanaco, que los indígenas llaman *Kalasasaya* y que no estaba aún terminado en 1290, cuando los araucanos de Kari

se apoderaron de la ciudad, era una iglesia cristiana, cuya maqueta logró reconstruir el difunto profesor Hector Greslebin reproduciendo en yeso, a escala reducida, las ruinas actuales y los bloques de piedra trabajada que aparecieron a un kilómetro de distancia, en lo que sin duda constituía un taller. Más aún, la estatua de dos metros de alto que los indios llaman *El Fraile* es la copia exacta, dejando aparte el estilo, de la de uno de los apóstoles del pórtico de la catedral de Amiens: el mismo libro con cierre metálico en la mano izquierda, el mismo ramo con «mango» cilíndrico en la derecha, las mismas proporciones del rostro (véase la foto de la p. 145). Por otra parte, la abertura de la puerta monolítica conocida con el nombre de Puerta del Sol, que se encontró, caída y rota, en el recinto de Kalasasaya, una de cuyas entradas constituía sin duda, estaba ornamentada con un friso que reproduce, también en el estilo de Tiahuanaco, la Adoración del Cordero, tal como aparece en el tímpano de la catedral de Amiens. El motivo central responde en sus menores detalles a la descripción del Cordero en el Apocalipsis. Las cuarenta y ocho figuras de las tres filas superiores representan, con sus atributos respectivos, a los doce apóstoles, los doce profetas menores y los veinticuatro ancianos portadores de cítaras y de copas de oro descritos por san Juan. En la fila inferior se ve a dos ángeles tocando la trompeta, instrumento desconocido en la América precolombina. Por lo demás, el perfil de las figuras con rostro humano es claramente nórdico. Amiens está situada en Picardía, en la frontera de Normandía, y Dieppe, que pertenece a esta última provincia y que constituye en cierto modo su puerto natural, se halla a unos cien kilómetros. La catedral de Amiens fue construida entre 1220 y 1288, y el pórtico, entre 1225 y 1236. Por lo tanto, fue preciso que un arquitecto y un imaginero —o un arquitecto-imaginero— llegasen a Tiahuanaco después de esta última fecha. En realidad, las crónicas indígenas, que he citado abundantemente en una obra anterior,[24] nos hablan de un monje católico que apareció hacia 1250 en el altiplano, después de haber desembarcado en el golfo de Santos y atravesado Paraguay.

Me refiero a ese Pa'i Zumé que ya he mencionado anteriormente y del que se acordaban los indios de Perú con el nombre —seminorrés, semiquechua— de Thul Gnupa Vihinkira, el padra Gnupa, Hijo de Vikingo, un hombre delgado, alto, blanco, con los ojos azules y la barba roja, cuyo pelo ondulado estaba cortado en forma de corona. Nos lo pintan vestido con una larga túnica blanca y un cinturón, a veces con una camiseta violeta y un manto rojo oscuro. Lleva en la mano un breviario y un báculo o un bordón. Se había traído con él una gran cruz, hecha con una madera desconocida en Perú y que se



A la izquierda: *El Fraile, Tiahuanaco (Instituto de Ciencias del Hombre, Buenos Aires)*. A la derecha: *Apóstol del gran pórtico de la catedral de Amiens (foto J. Roubier)*.

encontró más tarde en Carabuco, donde se sigue venerando en la actualidad. Sin duda hay que relacionar con su venida el descubrimiento realizado en el siglo XVI, entre las cenizas del volcán de Arequipa, de una «túnica inconsútil, de color tornasolado»,[95] «hecha con una materia desconocida»,[96] que no podía ser otra cosa que una cota de mallas, pieza de equipo que los vikingos del siglo X no utilizaban todavía y que los españoles del siglo XVI habían dejado de llevar desde hacía mucho tiempo, pero que constituía en el siglo XIII el elemento esencial del hábito militar de los templarios.

Todo induce a creer, por lo tanto, que el padre Gnupa era un capellán de la Orden, un monje normando —o que por lo menos conocía bien la catedral de Amiens— encargado de evangelizar a los vikingos paganos de Tiahuanaco, una misión de la que iban a quedar muchas huellas en la religión de los incas.[20] Trajo con él los planos de una iglesia, o llegó acompañado por un arquitecto capaz de trazarlos sobre el lugar. No una iglesia gótica, que hubiera exigido la venida de demasiados artesanos, sino un edificio de estilo normando, es decir, románico —así lo indica la maqueta de Greslebin—, para cuya construcción bastarían algunos capataces. Lo cual demuestra que los blancos de Tiahuanaco disponían ya de una mano de obra indígena altamente cualificada —canteros, albañiles, imagineros—, la misma que había construido anteriormente, en la capital y en otras partes, los numerosos templos y palacios en piedra tallada cuyas ruinas son todavía visibles, y otros muchos que sin duda han desaparecido por completo. Una mano de obra que sólo pudo ser formada por los maestros artesanos proporcionados por los templarios. No me sorprende, pues, que en 1933, mucho antes de que yo emprendiese mis investigaciones, Edmund Kiss escribiese, como conclusión a un artículo sobre la arquitectura preincaica, cuyas ilustraciones —la reconstrucción de los monumentos de Tiahuanaco— son un poco audaces, pero exactas en su conjunto (véase la figura 43): «Hombres de raza nórdica debieron de residir en la ciudad de Tiahuanaco. A ellos se deben probablemente las obras de arte de la capital prehistórica. Manifiestamente, no se trata de arquitectura india».[97]

El cuadro se nos presenta ahora con toda la claridad posible. Fue hacia 1150 cuando los hombres del Titicaca, una vez conquistado su imperio y aseguradas, gracias a su alianza con los guaraníes,[25] sus vías de comunicación hasta el Atlántico, restablecieron el contacto con Europa, sin duda en Dieppe, a unos kilómetros del puerto templario de Saint-Valéry-en-Caux. Con el mayor secreto, conforme a la costumbre de la época, los vikingos y los templarios se pusieron de acuerdo y, muy pronto, los navíos de la Orden empezaron a frecuentar las

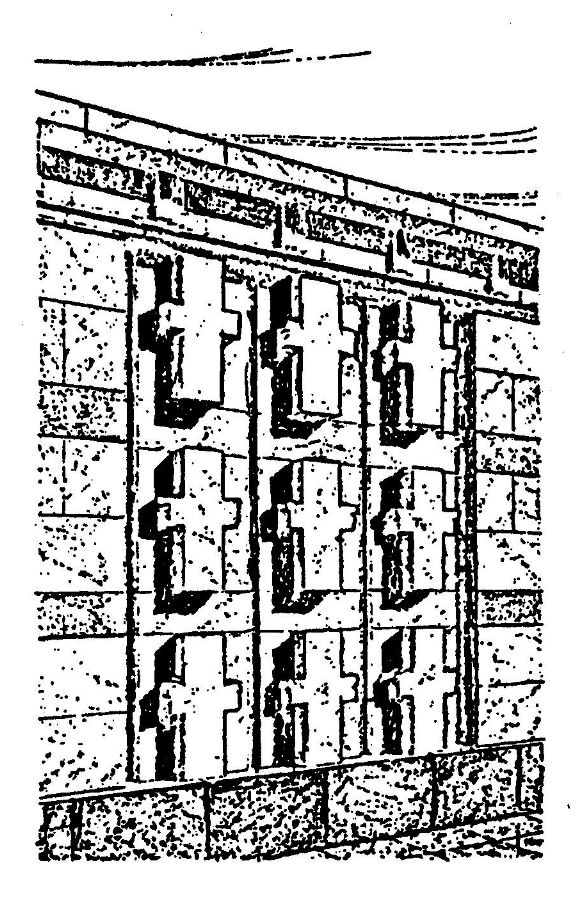


Figura 43. Fachada de un edificio de Tiahuanaco. Reconstrucción de Edmund Kiss (véase la foto de la p. 98).

costas sudamericanas. Gracias a los artesanos del Temple surgieron en Tiahuanaco y en otros lugares grandes edificios de piedra tallada para reemplazar las cabañas de adobes o de piedra seca, cada vez más rápidamente, a medida que los indios asimilaban las técnicas europeas. Por la misma razón, la metalurgia experimentó un nuevo impulso. A la orfebrería asiática, que los indígenas de la costa peruana conocían ya, vinieron a añadirse procedimientos más complejos, como el moldeado a cera perdida y el trabajo del hierro. Herramientas de bronce y de acero reemplazaron a las hachas y los cinceles de piedra. Se abrieron minas que permitieron a los navíos de la Orden cargar los lingotes de plata que partían regularmente en dirección a La Rochelle.

Se trataba exclusivamente de intercambios fructuosos para ambas partes, sin ninguna interferencia de los templarios en la vida del imperio. No se debe sólo a la casualidad el hecho de que no se hayan descubierto huellas del paso de estos últimos más que en el Amambay paraguayo, no lejos de la fundición de metales preciosos que funcionaba allí. Sin duda, únicamente los artesanos «contratados» y algunos embajadores tenían acceso a Tiahuanaco. Por fin, alrededor de 1250, un grupo de capellanes del Temple, siguió el rastro de los constructores, no sin que su predicación suscitase muchos incidentes.[24] Bajo su influencia, el imperio empezó a cristianizarse, al menos superficialmente, y se emprendió en la capital la construcción de una iglesia cuyos motivos esculturales provenían de Amiens. Pero muy pronto, en 1290, los araucanos vinieron a interrumpir las obras. Aislada de las minas abandonadas de la sierra de la Plata, la fundición de Cerro Corá tuvo que abandonar sus actividades. Quizá los navíos del Temple pudieron continuar durante algunos años cargando lingotes en Parnaiba. De todas maneras, la aventura se acabó en 1307, a consecuencia de la disolución de la Orden. En plena anarquía, Perú, que por lo demás nunca les había abierto verdaderamente sus puertas, no constituía un lugar de refugio satisfactorio para los hermanos fugitivos de Europa. Prefirieron México.

6. Tres problemas menores

Los capítulos anteriores me permitieron resolver los tres grandes problemas planteados por la historia del Temple y que habían permanecido hasta ahora sin explicación, es decir, los que se relacionaban con el «secreto» de la Orden. En las páginas que preceden he podido completar mi análisis desde el punto de vista de América, dando respuesta a dos cuestiones, secundarias pero importantes, una respuesta que mis estudios precedentes no habían aportado, y arrojando una nueva luz sobre un tercer punto, que ya había tratado de manera satisfactoria en su conjunto.

En efecto, la tercera llegada de los europeos a México, la de los templarios, me demostró que Brasseur de Bourbourg no se equivocó al reconocer en el quiché-maya la existencia de algunas raíces francesas, entre otras, mucho más numerosas, de origen germánico. Incluso minimizó involuntariamente esta aportación haciendo remontar al inglés ciertos vocablos franconormandos que todavía no se habían incorporado a aquel idioma en la época en que los vikingos de Ullman partieron de Gran Bretaña, y a la lengua de Roma otros que están

mucho más próximos a términos franceses que a las palabras latinas de los que éstos proceden. La primera llegada, la de los monjes irlandeses que se encontraban ya en México en los primeros decenios del siglo X, explica de manera satisfactoria la doble aportación lingüística latina y gaélica, y la segunda, la de los vikingos del Schleswig, venidos de Gran Bretaña en el año 967, explica la introducción de términos norreses, alemanes y anglosajones. Quedaban los vocablos franceses, reconocidos o no como tales por Brasseur de Bourbourg. Sabemos ahora de dónde procedían.

La llegada de los templarios explica igualmente la presencia en la estatuaria precolombina de México de personajes negroides, incluso francamente negros. No se puede excluir que algunos de los sujetos representados sean, como sus características raciales permiten pensar, mestizos traídos mucho tiempo antes por los semitas, cuyo tipo puro nos muestra también la colección del profesor Von Wuthenau. Pero esa explicación no resulta válida en lo que respecta a ciertos negros, puesto que las estatuillas que los representan parecen corresponder al período llamado posclásico, es decir, a la Edad Media. En la época de las expediciones irlandesas y vikingas, los negros eran desconocidos en la Europa occidental. Los templarios, por el contrario, habían traído de Palestina esclavos de raza africana. El problema queda, pues, resuelto.

Falta un tercer punto referente al padre Gnupa, el evangelizador llegado a Perú hacia 1250. Sabíamos que procedía de Normandía y que había introducido en Tiahuanaco, a la vez que el cristianismo, modelos arquitectónicos claramente europeos y motivos esculturales de la catedral de Amiens. Podemos añadir ahora que se trata verosímilmente de un capellán del Temple. El hecho no presentaría gran importancia si no nos permitiese comprender de modo indirecto en qué consistía la contrapartida de los lingotes de plata proporcionados por los vikingos. Una contrapartida que en la actualidad se puede resumir en una sola palabra: tecnología. Tal era el último de los problemas menores que faltaba por resolver. Está resuelto. El conocimiento de América del Sur por los templarios va a permitirnos aun explicar un último aspecto de la cuestión, que mis investigaciones anteriores no habían aclarado plenamente.

VI

La herencia portuguesa

1. Templarios y normandos

Para comprender bien el encadenamiento de los datos cuya exposición acabamos de completar, tenemos que volver a situarnos en el ambiente de la Edad Media europea, tan diferente como quepa imaginar de la imagen que se nos ha trazado de ella desde el siglo XVIII. Ese ambiente era de una increíble efervescencia intelectual, mantenida con dificultad por la Iglesia en el marco, mucho menos rígido de lo que la existencia de la Inquisición permite suponer, de una doctrina mal definida y de una jerarquía que no siempre se distingue bien de la del mundo feudal. Sacerdotes y obispos están casados o viven en concubinato, sin que nadie tenga nada que objetar. La mitología germánica, los relatos de los evangelios apócrifos y el ciclo del Graal inspiran a los imagineros al menos en la misma medida que el Antiguo Testamento. Las hadas y los korrigans se mezclan en las leyendas de que se nutre la imaginación popular con los dragones de una hagiografía plena de maravillas. La teología se pierde por vías múltiples que no tienen en común más que su heterodoxia, y rivaliza, en este orden de ideas, con una filosofía que busca su camino a través de los textos griegos y romanos, los cuales se redescubren ahora con fervor.

En el campo que nos ocupa, la cosmografía renace de sus cenizas. Los geógrafos de lengua árabe traen a Occidente los conocimientos de los antiguos que, por su parte, los cruzados descubren en Bizancio. Nadie en los medios cultivados ignora que la tierra es redonda. Incluso se conoce su circunferencia prácticamente exacta —40.033.400 metros, en lugar de 40.007.520—, medida por los musulmanes, después de Eratóstenes, en el siglo IX. Se empieza a leer de nuevo a Ptolomeo, que repite la historia, relatada por Marino de Tiro, del capitán griego Alexandros, el cual, en el siglo I de nuestra era, alcanzó por el Pacífico, después de «un número de días tan grande» que no había «sido posible contarlos», la ciudad bien conocida de Cattigara.[15] Se sabe

por Plutarco, por Teopompo, por Macrobio, que más allá del mar Tenebroso existe una inmensa tierra de ensueño o, por lo menos, una isla paradisiaca, cubierta de bosques que surcan ríos navegables, cuyo descubrimiento atribuye el Seudo-Aristóteles de las *Narraciones maravillosas* a los cartagineses, y Diodoro de Sicilia a los fenicios.[15] Los capellanes del Temple no pueden ignorar de ningún modo todo esto, puesto que en el siglo XII se benefician del apoyo de los eruditos monjes del Císter, estrechamente relacionados con los rabinos de Borgoña, cuyos colegas de España sirven de traductores a los árabes. Tienen además en Bizancio la ocasión de remontarse a las fuentes de la información. Tanto en las encomiendas como en los conventos y los castillos, se lee el relato de la navegación de san Brandán hacia las costas del Oeste. Por otra parte, no resulta abusivo pensar que el servicio de información de la Orden recoge, tanto en el Oriente Medio como en Irlanda, todos los datos útiles sobre la materia. Ahora bien, los mercenarios vikingos de Bizancio han oído hablar sin duda del Vinland y de los culdees, de la Gran Irlanda y tal vez incluso, aunque esto es mucho menos seguro, de México.

Todo esto explica muy bien que los templarios hayan podido lanzar sus navíos al océano, persiguiendo el descubrimiento de una tierra cuya existencia no suscita la menor duda. Sin embargo, basándose en estos datos, hubieran debido dirigirse hacia el norte o, en rigor, hacia el centro del «nuevo mundo». Ahora bien, abordaron América del Sur, precisamente en el punto en que se encontraba el metal precioso que buscaban, en esa América del Sur en que los vikingos daneses estaban ya establecidos desde hacía cerca de ciento cincuenta años. ¿Por casualidad, arrastrados por la tempestad? Se puede eliminar de inmediato toda explicación de ese tipo. En un caso semejante, hubieran ido a parar a una costa desierta y, si hubiesen regresado por milagro, no hubieran podido obtener ninguna indicación sobre unas minas situadas a distancia, en el interior de las tierras; o bien hubieran caído en manos de los vikingos, poco inclinados a mostrarse tiernos con nadie, y menos aún con respecto a unos intrusos. Aun aceptando esta última hipótesis, hubiera sido preciso todavía que los hombres de Tiahuanaco se hubiesen establecido a orillas del Atlántico sin ningún motivo, cosa inverosímil. Por el contrario, es difícil admitir que, una vez conquistado y consolidado su imperio, no hubieran sentido el deseo de restablecer el contacto con su país de origen. Es lógico que sus puertos de la isla de Santa Catalina y del golfo de Santos, y los «Caminos Blandos» que conducían a ellos, fuesen construidos con esta intención. Todo induce, pues, a creer que fueron los vikingos los que establecieron la relación con Europa. No en 1250, como yo había su-

puesto,[24] aunque sin excluir la posibilidad de viajes anteriores, sino ciento y pico de años antes.

¿Por qué y cómo se dirigieron a Dieppe? Lo ignoramos, pero no resulta muy difícil de imaginar, ya que las relaciones entre Normandía e Inglaterra, de donde habían partido sus antepasados, eran muy estrechas en el siglo XII. De todas formas, no cabe duda de que fueron los normandos los que, hacia 1250, empezaron a importar a Europa la madera brasil de Amazonia.[25] Y fueron ellos también los que, en la misma época —anteriormente la cartografía era inexistente—, dibujaron un mapa en el que figuraban a la vez el Vinland y América del Sur, es decir, que fue establecido de acuerdo con unos datos que, procedentes de los vikingos noruegos y de los vikingos daneses, respectivamente, sólo pudieron verse reunidos en Dieppe, como ya he demostrado.[15] Los hombres de Tiahuanaco no tenían ningún motivo para ponerse en contacto con los templarios, cuya existencia, por lo demás, era seguro que ignoraban. Y si lo hubieran hecho de manera involuntaria, si, por ejemplo, su navío hubiera sido capturado por la flota de la Orden, se puede afirmar rotundamente que las informaciones obtenidas por ésta no hubiesen llegado jamás a oídos de los habitantes de Dieppe, ni a los de ninguna otra persona. En cambio, es comprensible que las autoridades templarias del puerto de Saint-Valéry-en-Caux hayan vigilado muy estrechamente la costa —ésa era su razón de ser—, en primer lugar el puerto de Dieppe, y que se hubiesen procurado fácilmente —no se podía negar nada a la Orden— la información recibida del otro lado del Atlántico. Con su flota ya imponente, la Orden estaba mejor situada que unos simples pescadores para explotar esa información. Los armadores de Dieppe no estuvieron en condiciones de irse a hacer intercambios en el «nuevo mundo» hasta cien años más tarde. Es sintomático que no se arriesgasen a entrar en competencia con los templarios yendo a buscar metales preciosos. Por el contrario, se limitaban a traer de la Amazonia cargamentos de madera, que no presentaba el menor interés para sus vecinos. Sólo podían hacerlo, claro está, de acuerdo con los vikingos, que controlaban toda la región. ¿Cuál era su moneda de cambio? Lo sabemos: caballos de tiro y ganado, que desembarcaban quizá en Parnaiba —así lo da a entender la presencia de caballos en el Piaui, al que pertenece dicho puerto, antes de la conquista—,pero sobre todo en el golfo de Santos, desde donde los enviaban a los ricos pastizales del Ivinheima.

No creo apenas necesario recordar aquí lo que he demostrado exhaustivamente en otro lugar, esto es, que los datos geográficos que permitieron trazar el mapa de Dieppe no podían proceder ni de los

normandos ni, añadiré ahora, de los templarios.[15] Unos y otros se limitaron a navegar hacia los puertos y, todo lo más, a lo largo de las costas americanas. Ahora bien, el mapa en cuestión muestra el contorno completo del subcontinente, además del curso de todos sus grandes ríos y la posición de sus principales cadenas montañosas, como ha descubierto Paul Gallez en un planisferio de Enrico Martelo, que data de 1489.[98] Tal trazado sólo podía ser obra de marinos en posesión de profundos conocimientos geográficos y asentados desde hacía mucho tiempo en la zona.

2. Templarios y portugueses

La base más sólida del Temple, después de la de Francia —incluida Normandía, que, aunque en el siglo XIII permanecía aún unida a Inglaterra, formaba parte de Francia—, estaba constituida por Portugal. La Orden se había instalado allí incluso antes de su fundación oficial. En 1126, la princesa Teresa, hija natural de Alfonso VI de Castilla, que había aportado como dote a su marido, Luis de Borgoña, lo que no había sido hasta entonces más que un condado, para colmo ocupado en gran parte por los moros, y cuyo hijo se convertiría en el primer rey de Portugal, hizo donación de un castillo a Hugues de Payns. Evidentemente, su intención era asegurarse el concurso de la futura milicia en la guerra de reconquista, y Bernardo, consejero de la Casa de Borgoña, debió sin duda de prometérselo.

El hecho es que los templarios distraen una parte de sus fuerzas en favor del futuro reino, que contribuyen poderosamente a liberar. Gualdim Pais, que se convertirá en el prior provincial de la Orden, participa en todas las batallas, incluso en la toma de Santarém y de Lisboa. Para agradecérselo, el rey Alfonso Enrique ofrece a Bernardo el terreno y los fondos necesarios para construir la abadía de Alcobaça, y al Temple, al que encarga de la protección de la frontera que separa Portugal de una Andalucía todavía en manos de los infieles, todas las tierras situadas entre Santarém y Tomar. Gualdim Pais construye en este último punto una fortaleza, a la que rodean pronto una decena de encomiendas, sin hablar del puerto militar de Serra del Rei, en el Atlántico, al que acaso llegasen también cargamentos de plata. Tomar seguirá siendo la sede del priorazgo provincial hasta 1320, fecha en la cual, sin transición, pasará a ser la del Gran Maestrazgo de la Orden de Cristo.

En Portugal, como en todas partes, el Temple es soberano. Sin embargo, su influencia es mucho más intensa que en otras provincias.

Francia, Inglaterra, Alemania y Castilla lo soportan poque le temen. Los reyes borgoñeses de Lisboa, por el contrario, no sólo le deben en gran parte la reconquista de su territorio y su propia entronización, sino que dependen de él desde el punto de vista militar, a causa de la amenaza musulmana, siempre latente. Además, la Orden es tan poderosa en el reino que los hermanos y sus encomiendas rodean la capital, de la que podrían apoderarse con la misma facilidad con que la protegen. Por lo tanto, se establece desde el principio un *modus vivendi* basado en un apoyo mutuo. Digamos que los templarios pueden contar con el rey del mismo modo que el rey puede contar con los templarios. No obstante, no se trata de una alianza en pie de igualdad. Hasta 1307 es la Orden la que, a pesar de las apariencias, manipula la monarquía. Después, es la monarquía la que hace de la Orden su instrumento.

Cuando Felipe el Hermoso toma sus medidas contra el Temple, y Clemente V decreta su «disolución provisional», los demás soberanos aceptan la resolución, la mayoría de ellos de muy buena gana, puesto que sufren a su pesar, lo mismo que el rey de Francia, la invasión de sus Estados por una potencia que escapa a su autoridad. Sólo uno constituye la excepción, el rey de Portugal, Dionisio. ¿Por agradecimiento? Ésa es una virtud muy poco corriente en política. Mucho más probablemente, el rey calcula que, al quedar privados los templarios de su estatuto y, por consiguiente, de su soberanía, dejarán de representar para él ningún peligro y, al contrario, le será factible servirse de ellos. Podría apoderarse de sus riquezas. Pero quizá prefiere beneficiarse de su secreto.

El caso es que Dionisio no sólo no toma ninguna medida contra el Temple, sino que acoge a los hermanos fugitivos que consiguen llegar a sus Estados. La flota templaria del Mediterráneo se refugia en el puerto de Serra del Rei. Durante trece años, el priorazgo de Portugal se mantiene como si no hubiese ocurrido nada. Después, en 1320, el rey funda la Orden de Cristo, que lo absorbe. Nada ha cambiado en apariencia: la misma regla, la misma organización, los mismos hombres, los mismos bienes. Salvo un detalle. El gran maestre deja de ser elegido por los caballeros para ser nombrado por el soberano. El nuevo Temple es el heredero del antiguo, pero pierde su autonomía. Ha pasado a ser una Orden nacional.

Cabe pensar que Dionisio no se interesa de manera muy particular por la protección de la frontera; ahora que el reino se ha fortificado, pueden asegurarla sus tropas ocupando las fortalezas templarias. Se interesa por la flota replegada en Serra del Rei. Portugal no es una potencia marítima. Sus tierras son pobres, y aunque el océano baña

sus costas, cuyos recursos ictiológicos explotan ya los vascos, los bretones y los normandos, sin que se sepa muy bien dónde cazan la ballena o pescan el bacalao. Puede suceder incluso que el rey no ignore que los barcos del Temple traían de tierras lejanas el metal precioso, factor principal de la riqueza y el poderío de la Orden.

Sin embargo, pasa el tiempo sin que ocurra nada. ¿Se callan los hermanos en espera de que sea anulada la medida que Clemente V ha tomado contra ellos? ¿O bien Portugal no está en condiciones de explotar la información que le proporcionan? Sea cual fuere la verdad, transcurrirán cien años antes de que el infante Enrique el Navegante empiece a preparar la expansión marítima del país. Gran maestre de la orden de Cristo —¿una casualidad?—, Enrique crea la Academia de Sagres, donde reúne a una serie de científicos árabes y, sobre todo, judíos, que se entregan al estudio de los libros y los mapas misteriosamente reunidos. Organiza un servicio de información que interroga a todo capitán que aborda Portugal. Funda talleres navales de los que no tardan en salir naves sólidas, capaces de afrontar el océano, para las cuales los navíos templarios le proporcionan un modelo que basta con perfeccionar. Cuando muere, en 1460, los barcos del reino han alcanzado ya Madeira y las Azores, como otros lo habían hecho antes que ellos, y trafican ya en el Senegal, de donde traen el marfil y, sobre todo, los primeros de esos esclavos negros que modificarán a la larga la raza de los portugueses. Después, los descubrimientos se aceleran. En 1484, Diego Cam alcanza la desembocadura del Congo. Dos años más tarde, Bartolomé Díaz dobla el cabo de las Tormentas, rebautizado después con el nombre de cabo de Buena Esperanza. Así queda abierta la ruta de las Indias. Vasco de Gama le seguirá poco después.

¿En qué consiste la participación de los templarios en esta aventura increíble de un país minúsculo, poblado por un millón y medio de habitantes? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que los navíos que se lanzan al océano llevan en sus velas la cruz de la orden de Cristo, es decir, la cruz paté roja del Temple. ¿Simple reconocimiento con respecto a la Orden, proclamada así como la iniciadora de los marinos que van a hacer de Portugal la primera potencia marítima del mundo? ¿O bien los armadores de esos barcos están afiliados obligatoriamente al nuevo Temple en la época de los grandes descubrimientos como lo estaban al antiguo, en la época de la construcción de las catedrales, los Hijos de Salomón? Una pregunta sin respuesta. No sabemos más acerca de las actividades de los caballeros de Cristo que acerca de los templarios propiamente dichos.

3. De Dieppe a Lisboa

Nada permite afirmar ni negar, puesto que no queda ningún rastro —lo que se explicaría, por lo demás, gracias al secreto del Temple y al secreto del rey—, que las expediciones portuguesas partidas antes que Colón en busca de las tierras transoceánicas —la de Diego de Teive, en 1452; José Vigado, en 1462; Gonzalo Fernández de Tavira, en el mismo año; Ruy Gonçalves de Cámera, en 1472; Antonio Leme, en 1476, y muchas otras más— hayan alcanzado las costas de América del Sur. Por otra parte, tal vez se tratase de simples viajes de exploración, puesto que la destrucción del imperio de Tiahuanaco había cortado la ruta de la plata. De todas formas, no se puede dudar que los portugueses conocieran la existencia del «nuevo mundo». En efecto, disponemos al respecto de un indicio y de una prueba.

El 4 de marzo de 1493, Colón llega a Lisboa de regreso de su primer viaje, en el curso del cual no ha «descubierto» más que las Antillas. El día 15 entra en el puerto de Palos. El 3 de mayo, el papa español Alejandro VI promulga una primera bula, que concede al reino de Castilla las Indias descubiertas y por descubrir, y, al día siguiente, una segunda que divide el globo terrestre en dos mitades por medio de una línea que, de un polo al otro, corta en dos el océano Atlántico, a cien leguas «de una cualquiera de las islas conocidas como Azores y Cabo Verde». Las tierras que todavía no han sido conquistadas en el oeste pertenecerán a Castilla; las del este, a Portugal. La corte de Lisboa, que al principio se había mostrado de acuerdo, no tarda en protestar con vehemencia. Se inician entonces unas negociaciones que desembocan, en junio de 1494, en el Tratado de Tordesillas. La línea de demarcación se desplaza a trescientas cincuenta leguas al oeste de Cabo Verde. ¿Cuál es la diferencia? Simplemente Brasil, cuya enorme punta oriental se incorpora así al dominio portugués. Ahora bien, en 1494 nadie ha reconocido aún oficialmente las costas del subcontinente austral, y Colón no ha alcanzado siquiera la Tierra Firme. Algo debió de ocurrir en Lisboa para que se cambiase tan pronto de actitud. Evidentemente, se ha consultado un mapa del «nuevo mundo», un mapa que los españoles no poseen, ya que, sin darse cuenta, ceden a su competidor la mitad de las tierras que el soberano pontífice acaba de atribuirles en América del Sur.

Ese mapa existe efectivamente, como he demostrado en una obra anterior.[15] Es el que Colón había consultado clandestinamente unos años antes en la *Tesouraria*, donde el rey de Portugal conservaba sus archivos secretos. Es también el que, unos años más tarde, copiará Magallanes antes de ir a ofrecer sus servicios a Carlos V. Y el que Re-

nato II, duque de Lorena, hará publicar en 1507 por el Gimnasio vosguiano. Un mapa que sitúa exactamente el continente «desconocido» y que incluye, además del Vinland, al que se reduce América del Norte, el trazado completo de América del Sur, con el estrecho. Permite a Colón afirmar, en contra de los datos más sólidamente establecidos por los geógrafos, que la tierra del Gran Kan, es decir, el Asia oriental, está mucho más cerca de Europa de lo que se cree y que ocupa un emplazamiento que es en realidad, aunque se guarda mucho de decirlo, el del «nuevo mundo». Da también a Magallanes un argumento decisivo para convencer al emperador y a sus ministros, a los cuales muestra el estrecho que se propone alcanzar, un estrecho sobre el que, al decir de Pigafetta, diplomático pontifical que le acompaña en su viaje, conoce no solamente su latitud aproximada, sino también los menores detalles topográficos. Y proporciona al rey de Francia, que ha pedido verosímilmente a Renato II que lo publique, deseoso de oponer a la bula que le cierra las puertas de América una prueba de que ésta era bien conocida antes de su descubrimiento oficial por los castellanos, el arma que le permitirá conquistar el Canadá.

Se sabe muy bien dónde fue dibujado ese mapa: en Dieppe (Normandía). En efecto, sólo allí era posible reunir durante la Edad Media los datos geográficos necesarios, que provenían de los vikingos noruegos colonizadores del Vinland y de los vikingos daneses que se habían construido un imperio en América del Sur. Sólo allí, y en otros puertos normandos secundarios, había barcos que descargaban el bacalao de Terranova y la madera brasil de la Amazonia. Fue allí donde debió de embarcar un monje venido de Amiens, a unos cien kilómetros, decidido a ir a América para evangelizar a indios y vikingos. Fue allí donde se trazaron los mapas que mostraron, por primera vez, un «nuevo mundo» separado de Asia. Fue de allí, por último, de donde partió Jean Cousin, que alcanzó sin duda las bocas del Amazonas en 1488. Y de allí zarpará Gonneville, quien, en 1503, pasará seis meses en las costas del Guayrá, es decir, en el Paraguay de la época, un poco al sur del golfo de Santos.[24]

He demostrado ampliamente todo esto en mi libro *L'imposture de Christophe Colomb*.[15] Faltaba únicamente resolver una cuestión: ¿cómo cayó en manos de los portugueses el mapa de Dieppe? A falta de mejor explicación, sugerí una operación de espionaje. Los agentes de Lisboa, que se mostraban muy activos en todos los grandes puertos europeos, pudieron darse cuenta de que algunos de los navíos que oficialmente regresaban de Guinea venían cargados de pescados de una especie desconocida en las costas de Europa y África, o de una madera tintórea que no podía provenir sino de una isla misteriosa del At-

lántico. Se procuraron entonces, de la manera que fuese, el mapa de que se servían los pilotos normandos para esos viajes, el secreto de cuyo destino e itinerario se rodeaba de tantas precauciones que se hacía jurar sobre el Evangelio a los miembros de la tripulación que lo guardarían de la manera más estricta.

Esta hipótesis era falsa. Mis análisis anteriores han demostrado que los templarios conocían muy bien lo que he llamado el «secreto de Dieppe», un secreto que ellos explotaban ya antes de que los armadores normandos estuviesen en condiciones de hacerlo.[15] Ahora bien, aunque no había ninguna relación entre Dieppe y Lisboa, sí la había, y muy estrecha, entre el Temple y el reino de Portugal, que constituía su provincia más importante después de Francia. Y es en Portugal donde la Orden subsiste, mientras desaparece del resto de Europa, aunque sometida ahora al Estado. Si el Temple tuvo la prudencia de asegurarse así una base de repliegue, hay que suponer que puso allí al abrigo desde la primera alerta —y hacía mucho tiempo que se sentía amenazado—, si no sus archivos, cuya suerte desconocemos, sí por lo menos las copias de los documentos indispensables para un posible renacimiento. Lógicamente, pues, la del mapa de Dieppe debió de ser depositada en Tomar o en Serra del Rei. Y aun en el caso de que falle la lógica, aunque el priorazgo no poseyese más que sus archivos provinciales, algunos de los templarios que lograron escapar de Francia debían de pertenecer a la administración del *secretum Templi*.

De todos modos, el mapa de Dieppe acaba por pasar a manos del rey. Sin embargo, es ya demasiado tarde para utilizarlo. Los proveedores de metales preciosos han desaparecido de las costas americanas. Sin duda, las expediciones emprendidas de vez en cuando confirman que la situación no ha variado. A falta de la plata, las especias constituyen la más deseable de las fuentes de riqueza. Pero sólo en Oriente puede uno procurárselas. Los barcos portugueses toman, por lo tanto, la ruta de las Indias. Inútil por el momento, el mapa de Dieppe va a parar a la *Tesouraria*, donde el rey guarda sus archivos secretos. Allí conseguirán robarlo, uno tras otro, Colón y Magallanes.

4. El final del misterio

Todo está claro ahora. Siguiendo los pasos de los culdees irlandeses, los vikingos del Schleswig, procedentes de las posesiones danesas de Gran Bretaña, descubren primero México y luego América del Sur, donde se instalan alrededor del año 1000. Una vez terminada la

conquista de su imperio, que se extiende por la costa del Pacífico desde la meseta de Kundanemarka —Marca Real Danesa—, en la actual Colombia, hasta el Chile central, sienten la necesidad de reanudar el contacto con Europa. Para ello, abren hacia el Atlántico dos vías de comunicación, cuya custodia confían a sus aliados guaraníes: el *Peaviru*, el «Camino Blando», que corta la selva paraguaya, y el Amazonas. En su puerto de la isla de Santa Catalina construyen una embarcación que, hacia 1150, zarpa en dirección del antiguo *Danelaw* británico. No se sienten allí muy fuera de lugar, puesto que la región está gobernada por una dinastía normanda de origen danés, que la ha reconquistado, menos de cien años antes, cuando reinaba en Ruán el duque al que llamamos Guillermo, pero al que la tapicería de Bayeux da el nombre de Willelm. Inglaterra no es todavía más que un país agrícola. Normandía, en cambio, ha conservado las tradiciones marítimas de su población vikinga. Las dos regiones obedecen al mismo soberano. Se comprende, por lo tanto, que el navío americano fuese desviado finalmente hacia Dieppe, el puerto normando más próximo a la costa inglesa.

Los vikingos de Tiahuanaco no tienen ningún motivo para disimular a sus parientes sus conocimientos acerca de América del Sur. Al contrario, seguramente se jactan de ellos. Dejan que los habitantes de Dieppe copien el mapa que han trazado gracias a ciento cincuenta años de navegación a lo largo de las costas del subcontinente y de exploración del territorio que ocupan al oeste de los Andes y que controlan, al norte y al este, desde el Orinoco al río de la Plata; un mapa que no tardará en ser ampliado —gracias a las informaciones recibidas de los escandinavos, con los cuales Normandía mantiene estrechos contactos— con el contorno del Vinland, es decir, las tierras colonizadas o reconocidas en América del Norte por los vikingos noruegos.

De acuerdo con la costumbre de la época, los habitantes de Dieppe guardan cuidadosamente un secreto del que esperan, no sin razón, sacar más tarde ventajas comerciales. Pero no son los únicos en conocerlo. El Temple es todopoderoso en la región, más aún que en otras partes. Posee, en efecto, un puerto de una importancia vital en Saint-Valéry-en-Caux, del que dependen en gran parte sus comunicaciones con Gran Bretaña; un puerto cuyas autoridades no pueden ignorar la llegada de un navío inesperado, tripulado por hombres con vestiduras extrañas, que lucen, sin duda, joyas magníficas de oro y plata. Los templarios se informan. Su relato no debe de sorprender excesivamente al gran maestre. No hace más que confirmar otras muchas informaciones reunidas en Bizancio y en otros lugares a propósito del «nuevo mundo». No obstante, abre perspectivas inesperadas, puesto

que se habla ahora de metales preciosos. El Temple se pone, pues, en contacto con los vikingos americanos y negocia un acuerdo. Pronto los navíos de la Orden ponen rumbo a América, donde sus técnicos organizan, por una parte, la explotación de los yacimientos de la sierra de la Plata y, por otra parte, trazan los planos a la nueva Tiahuanaco, que empieza a construir rápidamente gracias a la mano de obra indígena, a la que forman. El metal no tarda en afluir al puerto de La Rochelle, dedicado en especial a la navegación transatlántica. Con ello, los recursos del Temple se multiplican extraordinariamente, y los utiliza para financiar la construcción de las catedrales góticas. Además, a las minas de los Andes vienen a añadirse muy pronto las del Piaui y, cuando estas últimas se agotan, las de Minas Gerais, que se ponen a su vez en explotación a costa de los gigantescos trabajos de desecación de la Gran Laguna. El *secretum Templi* del que dan testimonio los sellos descubiertos recientemente, comprendido el que nos muestra un amerindio característico, oculta una operación tan importante que justifica la creación de una jerarquía, la cual, al menos en su propio dominio, está por encima de la otra, aquella de la que el gran maestre constituye la cabeza.

Sin embargo, los vikingos, que son paganos, no permiten que los templarios se establezcan en su imperio. Sólo al precio de las mayores dificultades y, por último, de su propia vida, un capellán de la Orden, al que los guaraníes llaman Pa'i Zumé, y los daneses, en su lengua, Thul Gnupa, el padre Gnupa, consigue penetrar en América del Sur hacia 1250 y evangelizar superficialmente sus poblaciones. A él se debe la construcción en Tiahuanaco de una iglesia románica, no terminada aún hacia 1290, cuando la capital vikinga cayó en poder de los araucanos sublevados, y la introducción de motivos esculturales procedentes de la catedral de Amiens.[20]

Una vez desaparecido el reino franco de Jerusalén, cuando los soberanos de Occidente empiezan a mostrar su inquietud ante el poderío de la Orden y del papa, ante una heterodoxia teológica que proviene de un contacto demasiado estrecho con los judíos y los musulmanes, el Temple piensa en asegurarse al otro lado del océano una base de repliegue y en constituir un Estado soberano que le permita evitar toda coacción. Envía entonces un barco a América central, donde los miembros de la tripulación son acogidos con entusiasmo por los indígenas, que esperan desde hace tres siglos el retorno de Quetzalcóatl. Los templarios se sienten decepcionados, sin duda, al no descubrir metales preciosos en cantidades apreciables. En cambio, les sorprende agradablemente el encontrar poblaciones que no han olvidado por completo las enseñanzas de los *papas* irlandeses. El Tem-

ple se establece, pues, en México, a las orillas del lago de Chalco. Unos años más tarde, en 1307, la escuadra de La Rochelle desembarca en Pánuco no sólo los archivos de la Orden, sino también un fuerte contingente de caballeros, con sus capellanes, sus sargentos y sus conversos.

Así reforzada, la comunidad impone su autoridad a toda la región de Chalco, a la que transporta, *mutatis mutandi*, las instituciones feudales de Europa. No puede hacerlo de otro modo que adaptándose a las creencias y las costumbres locales, a lo que le empuja, además, su vocación sincretista. Pero, a partir de 1307, se corta todo contacto con el Antiguo Continente. Los templarios, que son célibes, mueren unos tras otros sin dejar descendencia, a excepción sin duda de algunos bastardos mestizos. El francés de la vida cotidiana y el latín de la liturgia desaparecen muy de prisa, aunque se introducen en el maya —tenemos la prueba— y probablemente en el náhuatl algunas palabras, igualmente atribuibles, en el caso del latín, a los culdees. El Temple se mexicaniza a un ritmo acelerado, perdiendo al mismo tiempo su ascendiente sobre las poblaciones indígenas. A la llegada de los españoles, no queda de él más que una estructura eclesiástica todavía diferenciada en el seno de la Iglesia azteca y algunas creencias, tradiciones, ritos y símbolos, más o menos confundidos con la herencia dejada por el Quetzalcóatl irlandés y el Quetzalcóatl vikingo.

Por su parte, los normandos tardan más tiempo que los templarios —no disponen de su capital, ni de su flota— en explotar las informaciones recibidas de los emisarios de Tiahuanaco. Sólo hacia 1250 sus navíos empiezan a cargar en Amazonia leños de madera brasil y a entregar a cambio, tal vez en Parnaiba y, con toda seguridad, en el golfo de Santos, caballos y ganado. Naturalmente, la disolución de la Orden del Temple no les afecta. Incluso les deja el campo libre en América del Sur. Y aunque los vikingos, cuyo imperio ha sido destruido poco antes, abandonan las costas, el comercio continúa con los indígenas, a los que se paga con artículos de trueque hasta la llegada de los portugueses. E incluso hasta mucho más tarde, puesto que Francia, de la que Normandía forma parte desde el siglo XIII, ocupa aún en el siglo XVII la Gran Guayana, que delimitan el Orinoco, el Amazonas y el mar, el actual estado del Marañón, al sur del Gran Río, y el valle del Tocantins, a excepción de la ciudad de Pará. Sin hablar de la base efímera que establece a finales del siglo XVI en Río de Janeiro, con el apoyo de los indios.

Ahora bien, los templarios no han desaparecido por completo. Portugal, país al que habían prestado grandes servicios durante la Reconquista y que constituía su provincia más importante después de

Francia, ha respetado sus personas y sus bienes, e incluso ha creado para ellos, dentro del marco del Estado, la orden de Cristo. Es probable que conserven en Tomar, su priorato provincial, o en Serra del Rei, su puerto de guerra, la copia de sus archivos marítimos o que algunos caballeros que se hallaban al corriente del «secreto de la Orden» se hayan refugiado allí en 1307. En todo caso, es un hecho que el mapa de Dieppe, ahora inútil, puesto que las minas de plata de América del Sur han sido abandonadas por los vikingos, se encuentra en el siglo XV en el Tesoro del rey, en Lisboa. Colón copia sus datos y se sirve de ellos para obtener de Isabel de Castilla la autorización de ir a «descubrir» una tierra que hace pasar por el reino del Gran Kan, cuando sabe muy bien que se trata de un continente que todo el mundo visita desde hace siglos. Unos años más tarde, Magallanes roba a su vez el secreto y lo utiliza para convencer a Carlos V de que le permita «descubrir» el paso del Sur, que los vikingos conocían perfectamente y que figura ya en el globo construido en 1515 por Johannes Schönner, copia exacta del mapa de Dieppe, probablemente entregado por el rey de Francia y que el duque de Lorena ha hecho publicar ocho años antes, sin el estrecho.

Por consiguiente, de los irlandeses a los españoles, pasando por los vikingos, los normandos, los templarios y los portugueses, todo se encadena, sin que subsista la menor laguna. El único punto que seguía siendo hipotético en mis conclusiones de *L'imposture de Christophe Colomb* queda ahora aclarado.[15] Sabemos que el Temple obtenía en América del Sur el metal con el que acuñaba moneda, que el puerto de La Rochelle le servía para su tráfico con el «nuevo mundo», que sus archivos, precipitadamente evacuados de París la víspera del golpe de mano de Felipe el Hermoso, fueron embarcados en dirección a México o que, por lo menos, todo parece indicarlo así. Sabemos también que se debe a los templarios la introducción de palabras francesas en el maya y acaso en el náhuatl, que los negros representados en ciertas estatuillas encontradas en la América media eran sus esclavos, que el padre Gnupa, evangelizador en el siglo XIII de Paraguay y el altiplano, era uno de sus capellanes. Pero sabemos también que, por mediación de ellos, el mapa de Dieppe, que permitió a Colón y Magallanes «descubrir» lo que tantos otros conocían muy bien desde siglos atrás, pasó de Normandía a Portugal. Mi investigación está lejos de haber terminado. Pero su marco histórico ha quedado ahora completo.

Referencias bibliográficas

1. Maillard de Chambure, *Règle et statuts secrets des templiers*, París, 1840.
2. Michelet, Jules, *Le Procès des templiers*, París, 1841-1851.
3. Charpentier, John, *L'Ordre des templiers*, París, 1945.
4. Michelet, Jules, *Histoire de France*, París, 1858, vol. I.
5. Paris, Geffroy de, *Recueil des histoires des Gaules et de Franc.* Vol. XXII, París, 1865.
6. Boudin, Amédée, *Histoire de Marseille*, París y Marsella, 1852.
7. Charpentier, Louis, *Les Mystères de la cathédrale de Chartres*, París, 1969.
8. Guillotin de Corson, *Les Commanderies de Nantes*, Nantes, 1897.
9. Guéry, abbé, *Les Commanderies dans le département de l'Eure*, Évreux, 1903.
10. Perdiguier, Agricol, *Mémories d'un compagnon*, París, 1943.
11. Kervran, Louis, *Brandan, le grand navigateur celte du VI^e siècle*, París, 1977.
12. Charpentier, Louis, *Les Mystères templiers*, París, 1970.
13. Archivos secretos del Vaticano, Register Averr. nº 48 Benedicti XII, vol. I, folios 448-451. Citado por Sède, Gérard de, *Les Templiers sont parmi nous*, París, 1962.
14. Bibliothèque nationale, París. Manuscrito latino 10919, folio 84, verso, *id.*
15. Mahieu, Jacques de, *L'imposture de Christophe Colomb*, París, 1979.
16. Delaville Le Roulx, *Documents concernant les templiers extraits des archives de Malte*, París, 1882.
17. Bertrand, Louis, *Louis XIV*, París, 1923.
18. Varende, Jean de la, *Les Gentilshommes*, París, 1955.
19. Agustín, san, *La Ciudad de Dios*, L. XVI, c. VIII.
20. Mahieu, Jacques de, *Le Grand voyage du Dieu-Soleil*, París, 1971.
21. Krickeberg, Walter, *Las Antiguas culturas mexicanas*, México, 1961. (*Altmexicanische Kulturen*, Berlín, 1956.)

22. Heine-Geldern, Robert von, y Ekholm, Gordon F., *Significant parallels in the symbolic art of Southern Asia and Middle America*, en Actas del XXIX^{e} Congreso Internacional de americanistas, vol. I, Chicago, 1951.
23. Verrill, Hyat, *Old Civilizations of the New World*, Nueva York, 1938.
24. Mahieu, Jacques de, *L'Agonie du Dieu-Soleil*, París, 1974.
25. Mahieu, Jacques de, *Drakkars sur l'Amazone*, París, 1977.
26. Mahieu, Jacques de, *Le Roi viking du Paraguay*, inédito en francés. Véase la edición alemana, *Der weisse König Ipir*, Tübingen, 1978, o la edición española, *El Rey vikingo del Paraguay*, Buenos Aires, 1979.
27. Boman, Eric, *Antiquités de la région andine de la république Argentine et du désert d'Atacama*, París, 1908.
28. Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, 1960.
29. Posnansky, Arthur, *Tiahuanaco, the Cradle of American Man — Tiahuanaco, cuna del hombre americano*, edición bilingüe, vol. II, La Paz, 1947.
30. Cieza de León, Pedro, *La Crónica del Perú*, Sevilla, 1553.
31. Alonso, Álvaro, *Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por açogue*, Madrid, 1640.
32. Díaz de Guzmán, Ruiy, *Historia argentina del descubrimiento, conquista y población del río de la Plata*, Asunción, 1845.
33. Gandía, Enrique de, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Buenos Aires, 1929.
34. Jover Peralta, Anselmo, y Osuna, Tomás, *Diccionario guaraní-español y español-guaraní*, Buenos Aires, 1950.
35. Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Décadas* (IV, L. I, cap. I), Madrid, 1601.
36. Schwennhagen, Ludwig, *Antigua história do Brasil*, Teresina, 1920.
37. Fawcett, P. H., *Exploration Fawcett*, Londres, 1953.
38. López de Gomara, Francisco, *Conquista de México*, Barcelona, 1887.
39. Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*, Sevilla, 1615.
40. Sahagún, Bernardino de, *Historia de las cosas de Nueva España*, Madrid, 1829.
41. Kingsborough, Lord, *Antiquities of Mexico*, Londres, 1830.
42. Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, México, 1867-1880.
43. Rendón, Sonia, Introducción a.[45]

44. Beauvois, Eugène, *Les Templiers de l'ancien Mexique*, en Le Museon, nueva serie, volumen 3, Lovaina, 1902.
45. Chimalpáhin Cuauhtlehuanítzin, Francisco de San Antón Muñon, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, 6.ª y 7.ª relaciones, México, 1965.
46. Isidoro de Sevilla, *Liber etymologiarum*, L. XIV.
47. Beauvois, Eugène, *La Tula primitive, berceau des papas du Nouveau Monde*, en Le Museon, n.º 2, Lovaina, 1891.
48. Tezozómoc, Hernando Alvarado, *Arte en lengua mixteca*, México, 1593.
49. *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, publicada por Icazbalceta, Joaquín García, México, 1886-1892.
50. Rojas, G. de, *Relación de Cholula*, citado por Beauvois, Eugène, *Les Blancs précolombiens figurés et décrits dans le plus anciens documents du Mexique et de l'Amérique centrale*, en Revue des questions scientifiques, 2.ª serie, vol. XVI, Lovaina, 1899.
51. Vetancur, Agustín de, *Teatro mexicano*, citado por Beauvois, Eugène.[47]
52. Ixtlilxóchitl, Francisco de Alva, *Historia chichimeca*, en Kingsborough[41], vol. IX.
53. Ixtlilxóchitl, Francisco de Alva, *Obras históricas. Cuarta relación: de la vida de los reyes toltecas*, México, 1891.
54. Anónimo, *Popol vuh*, México, 1953.
55. Ponce, Alonso, *Relación breve y verdadera de algunas de las muchas cosas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España*, en *Colección de documentos para la historia de España*, vols. LVII y LVIII, Madrid, 1873.
56. Anónimo, *Título de los Señores de Totonicapán*, citado en la introducción de[54].
57. Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de, *Historia de Guatemala, o Recordación florida*, Madrid, 1882.
58. *Codex Telleriano-Remensis*, Bibliothèque nationale, París, reproducido por Hamy, E. T., París, 1899.
59. Chimalpáhin Cuauhtlehuanítzin, Francisco de San Antón Muñon, *Annales*, traducción francesa de[45] por Simeón, Rémi, París, 1889.
60. Brinton, Daniel G., *Ancient Nahuatl Poetry*, en *The Library of Aboriginal American Litterature*, vol. VII, Filadelfia, 1887.
61. Soustelle, Jacques, *La Vie quotidienne des Aztèques*, París, 1955.
62. Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, México, 1892.
63. Achard, Eugène, *Un Couvent de moines en Nouvelle-Écosse avant l'an mille*, Québec, 1972.

64. Beauvois, Eugène, *Analyse de l'étude de M. Gravier «Les Colonies européennes du Markland et de l'Escociland (Domination canadienne) au XIVᵉ siècle et les vestiges qui en subsistèrent jusqu'aux XVIᵉ et XVIIᵉ siècles*, Congreso internacional de americanistas, Luxemburgo. Actas, Luxemburgo-París, 1878.
65. Tezozómoc, Hernando Alvarado, *Crónica mexicana*, México, 1878.
66. Aguilar, Francisco de, *Breve relación de la Conquista de la Nueva España*, en Anales del Museo de México, vol. VII, fasc. 1, México, 1900.
67. Séjourné, Laurette, *El Universo de Quetzalcóatl*, México, 1962.
68. Pomar, Juan Bautista, *Relación de Tezcuco*, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, publicado por Icazbalceta, Joaquín García, México, 1886-1892.
69. Le Conteulf de Cantelen, comte, *Les Sectes, et les sociétés secrètes politiques et religieuses*, citado por Nilus, Serguei, *Antichrist*, Moscú, 1911.
70. Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Relación del origen de los xuchimilcas*, en Kingsborough,[41] vol. IX.
71. Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Décadas*, II, Madrid 1601.
72. Mendieta, Gerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, México, 1945.
73. García, Gregorio, *Predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo*, citado por Kingsborough.[41]
74. Musset, Lucien, *Introduction à la runologie*, París, 1965.
75. Pizarro, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, 1844.
76. Quiroga, Adán, *La Cruz en América*, Buenos Aires, 1901.
77. García, Gregorio, *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, Madrid, 1729.
78. Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios Reales*, Madrid, 1722.
79. Jiménez de la Espada, Marcos, *El Hombre blanco y la cruz precolombina en el Perú*, Congreso internacional de americanistas, Bruselas. Actas, Bruselas, 1879.
80. Poma de Ayala, Phelipe Guaman, *Corónica y buen gobierno*, La Paz, 1944.
81. Guénon, René, *Symboles fondamentaux de la science sacrée*, París, 1962.
82. Carnac, Pierre, *Les Conquérants du Pacifique*, París, 1975.
83. Mély, F. de, Ostensoir, *La Grande Encyclopédie*, vol. 25, París, 1892.

84. Brand, J., *Observations on the Popular Antiquities of Great Britain*, Londres, 1853.
85. Kervran, Louis, *Brandan, le grand navigateur celte du XI*[e] *siècle*, París, 1977.
86. Brasseur de Bourbourg, Étienne, *Grammaire de la langue quichée*, París, 1862.
87. Denison, T. S., *The Primitive Aryans of America*, Chicago, 1908.
88. Mendoza, Gumersindo, director del Museo Nacional de Antropología, México. Sin referencia.
89. Mongé, Alf, y Landsverk, O. G., *Norse Medieval Cryptography in Runic Carvings*, Glendale, California, 1967.
90. Spanuth, Jürgen, *Le Secret de l'Atlantide*, París, 1978.
91. Ferryn, Patrick, *Races extracontinentales en Mésoamérique*, en Kadath, Bruselas, mayo-junio, 1975.
92. Wuthenau, Alexander von, *Terres cuites précolombiennes, l'image humaine du Nouveau Monde*, París, 1969.
93. Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Décadas*, I, Madrid, 1601.
94. López de Gomara, Francisco, *Historia general de las Indias*, Madrid, 1858.
95. Ramos, Alonso, *Historia del célebre y milagroso Santuario de la insigne imagen de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros e invención de la Cruz de Carabuco*, Lima, 1621.
96. Techo, Nicolás del, *Historia provinciae paraquariae*, Lille, 1673.
97. Kiss, Edmund, *Nordische Baukunst in Bolivien*, en Germanien, Berlín, 1933.
98. Gallez, Paul, *Les Grands fleuves d'Amérique du Sud sur le Ptolémée londonien d'Henri Hammer (1489)*, en Erdkunde, Bonn, 1975.